LA FIRMA DEL MIEDO

LIBRO I



TERESA PÉREZ LANDA

JANE DOE #23-7431

La Firma del Miedo. Libro I

Teresa Pérez Landa

Copyright © 2026 Teresa Pérez Landa

Todos los derechos reservados

Esta obra es una ficción. Los personajes, situaciones y diálogos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia. Algunos de los lugares que se describen en la novela existen, otros han sido inventados o modificados con fines narrativos.

Al Sr. Gregorio.
Te hemos amado con intensidad,
la misma que has dejado en nuestros corazones tras tu marcha.
Siempre con nosotras, amor eterno.

«Cada caso te arrebata un pedazo de alma»

CONTENTS

Title Page
Copyright
Dedication
Epigraph
La Firma del Miedo
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
EPÍLOGO
GLOSARIO
SI QUIERES ESCUCHAR LA MÚSICA QUE ME ACOMPAÑÓ MIENTRAS ESCRIBÍA ESTA NOVELA LEE EL CÓDIGO
AGRADECIMIENTOS
SOBRE LA AUTORA
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

LA FIRMA DEL MIEDO

Libro I

JANE DOE #23-7431

Teresa Pérez Landa

PRÓLOGO

El día en el que decidió cruzar la línea que delimitaba lo que los demás esperaban de ella y caminar hacia el lado salvaje, llegó ese punto de inflexión que lo cambiaría todo. Se adentró en la oscuridad y la soledad del bosque, y gritó. Gritó hasta quedarse sin voz. Partió su alma en dos: la Beth Malone que había existido hasta ese momento y la Beth Malone que existiría a partir de ese instante de escisión. Razón y corazón, cada uno en un compartimento estanco. Un salto de fe. Un salto hacia el destino. Se arrodilló en el suelo y sus lágrimas resbalaron por las mejillas hasta quebrarse en el suelo. Impotencia. El fin de su carrera o el fin de su amor. No había marcha atrás. Ya no. Imposible. Segundos después de poner las manos tapando su rostro para desbravecer las lágrimas se levantó, con valentía; siempre había seguido su instinto desde niña, y ahora debía hacerlo más que nunca. Continuó caminando por la colina que conducía a Raven´s Manor. Cuando cogió la pesada y fría aldaba de la puerta no tuvo ocasión de llamar, una sombra la abrió dejando un resquicio para que pudiera entrar. El graznido de un cuervo se confundió con el ruido de la puerta cerrándose tras ella.

CAPÍTULO 1
SEGUNDA VÍCTIMA

Lunes, 27 de noviembre

El cuerpo de una mujer había aparecido a primera hora en el lago Reservoir de Central Park. Cuando Elizabeth Malone apareció acompañada del subinspector Lloyd Conoly los compañeros de la veintidós ya habían acordonado la zona. El aviso les había llegado disfrutando del primer café que siempre tomaban juntos, camino de los juzgados para una reunión con la fiscalía por otro caso.

—Buenos días inspectora Malone.

—No me trates con tanta pompa Paul, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? —El detective Paul Williams, un poco parado, de un cabello rubio envidiable por lo suave y cuidado que lo llevaba siempre y algo soñador, frunció el ceño—. ¿Qué tenemos?

—Aún no ha llegado la científica, a priori el cuerpo no presenta lesiones, salvo la de la herida mortal. No creo que tenga ni veinticinco años. La dejaron en la orilla con un ramo de flores en la mano. Nunca he visto algo así, excepto el año pasado. Es como si de nuevo hubieran compuesto... un cuadro.

—¿Identificación?

—Ninguna. No sabemos quién es.

—Habrá que esperar hasta que cotejen las huellas —dijo posando un dedo sobre los labios, un gesto muy de Beth Malone cuando su mente daba vueltas sin parar—. Sinceramente, dudo que esta chica esté fichada, pero nunca se sabe.

Segunda mujer que aparecía en las mismas circunstancias. Segunda Jane Doe. Caucásicas, pelirrojas. A la primera víctima nunca consiguieron identificarla, sus huellas no estaban en el AFIS y de poco sirvieron las muestras de ADN sin nada con lo que poder comparar. Se quedó en el CoDIS a la espera de que en el futuro

apareciera algo que les diera una pista. No había más ADN que el de ella. Nunca dieron con el asesino y la joven fue bautizada nuevamente con el nombre de Jane Doe #23-7431. Para Beth Malone era una espina clavada, su primer caso como inspectora. Aquella chica tendría una familia, o amigos, o una pareja en algún lugar que no sabían qué le había pasado. Difundieron fotos de ella por todas las cadenas de televisión y en la prensa, en páginas web, en redes sociales; pero cada pista que les daban solo llevaba a un callejón sin salida. Todos parecían haber visto a aquella muchacha en algún lado, o creían que era una vecina a la que hacía tiempo que no veían, y después de tirar del hilo la pista era inútil. Agradecía la buena voluntad de la gente, a veces ayudaban a resolver casos, pero otras solo les hacían perder el tiempo. Es curioso qué y cómo recuerda cada uno las cosas, los momentos, los rostros.

Después las llamadas se fueron enfriando hasta que quedó como caso sin resolver. Nadie se presentó para reclamarla.

Cada caso les arrebataba un pedazo de alma, se resolviera o no. Y Beth creía que no era la única a la que le sucedía esto. Lo veía en el semblante de sus compañeros. No hablaba mucho con ellos fuera del trabajo, a excepción de con Lloyd. No solía quedar a tomar copas o compartir sus sentimientos, no era una persona que necesitase seguir hablando de lo mismo una vez que se iba a casa. Desconectar del todo era imposible, pero sabía que si compartía más de ella de lo que debía entonces sí que sería imposible relajarse y dedicarle tiempo a esa vida personal que parecía resbalársele entre los dedos a Beth Malone.

A ella también le pareció un cuadro desde el principio, en concreto, el de Ofelia del pintor inglés John Everett Millais. Un año atrás la investigación la llevó hasta el estudio del pintor David Smith, un tipo curioso. Había muchos indicios que apuntaban hacia él, como por ejemplo, restos de pintura en el cuerpo de la víctima, motivo por el que pensaron en un pintor, pero pruebas... solo circunstanciales y decidieron no arriesgar con una acusación. No era el único pintor que usaba ese tipo de óleo. Óleo de lino, por desgracia una opción muy común entre los artistas porque tarda más en secar y permite más tiempo para trabajar en la obra. Y la

marca que determinó el laboratorio era de las más vendidas en Nueva York.

Tomó unas cuantas fotografías, quería ir cuanto antes a ver al señor Smith. Allí ya no podía hacer nada más hasta que no llegase la científica y su equipo inspeccionase la zona. Mirarían hasta en la última brizna de hierba del parque si fuese necesario, tenían órdenes expresas. Esta vez la evidencia era clara: o estaban ante un imitador, o tenían un asesino en serie.

—Me voy.

—Beth, oye Beth escucha —dijo Lloyd poniéndose delante de ella—. ¿No pensarás ir a verle?

—Es la mejor pista que tenemos.

—Es la única, y el año pasado no nos condujo a nada, ¿por qué crees que ahora va a ser diferente?

—Lloyd, aparta, algo tengo que hacer hasta que nos llegue el informe forense. ¿Has visto la puesta en escena? ¿Has visto esa herida?

—La misma que la de la víctima del año pasado, sí. Y restos de pintura, también.

Beth puso sus brazos con las manos apoyadas en la cadera y enarcó una ceja.

—¿Entonces? ¿Me dejas pasar o quieres seguir quedándote aquí sin hacer nada? Solo voy a tener una charla informal.

Si algo tenía claro Lloyd Conoly es que cuando a Beth se le metía algo en la cabeza era imposible detenerla, no había conocido jamás a una mujer más terca. Así es que se apartó y le dejó el paso libre.

—¡Debería acompañarte!

—¡Me las apañaré sola, tú quédate hasta que llegue la científica! —dijo gritando; ya había saltado la pequeña valla que rodea el Reservoir, era rápida. Lloyd se quedó mirándola hasta que su figura desapareció camuflada entre el gentío y sonrió, después se dio la vuelta, resignado.

David Smith no estaba en su estudio, así que tomó la dirección de su domicilio, en la zona de Hillcrest, Queens. Allí tenía su casa, y en ella otro pequeño estudio. El año anterior la

removieron de arriba abajo. Beth llegó a media mañana. Terminaba el mes de noviembre y hacía un frío helador insoportable que calaba hasta lo más hondo del alma. Había nacido en Nueva York, pero nunca se acostumbraría a esos inviernos tan salvajes. Llamó al timbre, parecía no haber nadie, las contraventanas estaban cerradas. Cuando ya iba a marcharse la puerta se abrió de repente.

—Adelante inspectora.

—Señor Smith, veo que me recuerda —dijo mientras entraba con la mano puesta en su Glock 23.

—¿Puedo invitarla a un café?

—No es una visita de cortesía.

—Imagino, he visto las noticias. ¿Otra vez pensando en mí?

David Smith era un hombre muy atractivo, hecho que podría facilitarle atraer a mujeres de todas las condiciones y edades, pensaba Beth. Barba de dos días, ojeras de muchas noches sin dormir, mente atormentada y para culminar, una irónica y enigmática sonrisa. Sin embargo todo ese atractivo desaparecía cuando le imaginaba quitándole la vida a aquellas pobres chicas. Dos de momento, pero ¿habría más?

—¿Me está tomando el pelo?, claro que he pensado en usted.

—¿No quería hablar conmigo? Entre por favor, y quite la mano de su pistola, no voy a asesinarla.

Entró. Quizás nunca debió hacerlo, desde el primer momento en el que pisó aquella propiedad algo le dijo que estar allí no era una buena idea, y su instinto nunca solía fallarle.

—Si ya ha visto las noticias sabrá acerca de qué quiero preguntarle.

—Anoche no estuve en Nueva York inspectora, puede comprobarlo, cogí un vuelo a Boston para asistir a la inauguración de la exposición de Luc Moreau. Ahí tiene los billetes, he regresado esta mañana —dijo señalando los papeles que había sobre una mesa —. ¿Quiere café o no?, estaba preparándome uno.

—Señor Smith, voy a decirle algo de lo que seguro me arrepentiré, pero deme ese café, está siendo una mañana larga.

—No ha comido, ¿verdad?

—Verdad, pero no he venido hasta aquí para comer con usted, con el café es suficiente.

—Puede tutearme inspectora Malone.

—No, no lo haré, gracias.

—Lástima.

Su soberbia la ponía enferma, Beth era muy consciente de que la primera vez se había ido de rositas y aun así se permitía cortejos dialécticos. Se bebió el café lo más deprisa que pudo, no iba a sacar nada de aquella visita. ¿O sí?

—¿Puede enseñarme sus últimas obras?

—¿Trae una orden de registro?

No, no llevaba una orden de registro.

—Es una visita amistosa, pero no se preocupe, volveré con ella.

Él rio con ganas y Beth no entendió qué tenía de gracioso lo que acababa de decir.

—No es necesario, no tengo nada que ocultar. Venga conmigo.

Caminaron por un pasillo largo y estrecho que nacía de la cocina y conducía hasta el estudio, una habitación que solo tenía un pequeño ventanuco en una esquina, «poca luz puede entrar por aquí», pensó ella. Había varios caballetes con lienzos a medio pintar y otros bien envueltos y apilados en una de las paredes. Cuando le miró con ojos de interrogación él contestó que estaba preparando una exposición, por eso los cuadros estaban envueltos; en breve viajarían hasta una galería de Los Ángeles.

—¿Va usted a estar mucho tiempo fuera de la ciudad?

—El necesario para acudir a la presentación de mi exposición, ¿le parece bien? —Le miró una vez más con el gesto acusatorio al que David Smith estaba más que acostumbrado desde que Elizabeth Malone había entrado en su vida.

—En serio, no sé qué espera encontrar aquí.

—¿Usted ve sus lienzos?, ¿realmente los observa una vez los ha terminado?

—¿A dónde quiere llegar?

—Circunstancialmente siempre pinta mujeres muertas en posturas y paisajes extraños.

—¿Extraños?

—Mire este —dijo señalando uno de los lienzos que estaba en los caballetes—. Es exactamente la misma postura en la que encontramos el año pasado a quien usted ya sabe, y la misma postura en la que hemos encontrado a nuestra segunda víctima esta mañana.

—Perdone mi petulancia, pero es una postura muy común. Es Ofelia en el río. Un tema harto repetido en obras pictóricas. Ya lo han tratado antes que yo muchísimos pintores a lo largo de la historia, y es algo que ya le dije.

—Lo sé.

—Si eso es todo lo que tienen están perdiendo el tiempo e insisto, yo no soy su hombre.

—¿Cuándo saldrá de la ciudad?

—El viernes, y volveré el domingo. Le daré mi teléfono personal por si tiene alguna otra consulta. Y que conste que no debería darle tantas explicaciones.

—¿Ha cambiado de número?

—Muy perspicaz agente —musitó mientras apuntaba.

—Bien.

Tomó el papel con el número y salió de allí. Había aparcado una calle más arriba. Mientras andaba llamó a sus compañeros de Los Ángeles, necesitaba vigilancia para el señor Smith las veinticuatro horas. Iba a por todas, esta vez no le dejaría escapar. Resolvería los dos casos.

Media hora más tarde la llamó Anderson desde Los Ángeles para decirle que no había ningún pasajero registrado como David Smith con vuelo a California para dentro de cuatro días. «¡Maldita sea!» Ese bastardo se estaba riendo en su cara. «¿En serio pensaba que no iba a seguir sus pasos?».

Estaba enfurecida cuando volvió a la unidad. Allí se encontraba el bueno de Lloyd, con el que era su quinto café del día, a falta de algo más fuerte. Se había quedado en la escena del crimen hasta que terminaron con los forenses y retiraron el cadáver,

deseando que a Beth no se le ocurriera ninguna temeridad que pudiera poner en peligro la investigación.

—¿Ya de vuelta?

La inspectora tiró el abrigo y el bolso encima del escritorio con cara de pocos amigos.

—Ese tipo es un bastardo hijo de la gran...

—¿Qué ha pasado?

—Me ha mentido a la cara Lloyd. Me ha dicho que iba a estar en una exposición en Los Ángeles este fin de semana y no hay ningún billete de avión comprado a su nombre.

—Hay más modos de ir.

—¿Cómo cuál?

—Tiene fachada de bohemio, pero se nota a la legua que está podrido de pasta, ¿has pensado que quizás vaya en un vuelo privado? ¿Eres consciente además de que no deberían haberte dado ese tipo de información sin una causa probable? ¿Liam?

—Me debía un favor. ¿Un vuelo privado?

—No desvíes la conversación, no involucres a Liam ni a nadie más en esto, es solo un consejo. Queda poco para que los federales asomen sus narices por esa puerta y lo sabes —dijo señalando con energía la puerta de la unidad. Ella suspiró.

—Tienes razón, pero no podemos dejar que se escape otra vez.

—Te entiendo, pero no es justificación para hacer las cosas bajo manga. Creo que tu mente ya va a mil por hora, calma Beth. Deberíamos ir a comer algo. Nos espera un largo día.

Ella asintió. El subinspector Conoly la conocía muy bien. Cogió de nuevo el abrigo y el bolso. Solían comer en un restaurante tranquilo cerca de allí. Beth odiaba el ruido. Una vez les hubieron servido el sándwich de pastrami, especialidad de la casa, volvieron al tema.

—¿Te mueres por una copa de bourbon verdad inspectora?

—Cómo lo sabe usted subinspector... pero tendrá que esperar. ¿Qué tenemos hasta ahora?

—Un enorme dolor de cabeza.

—¿Y aparte de eso?

—Lo que ya sabes Beth. Aparentemente es calcado al asesinato del año pasado. En el parque no había nada que nos pueda ayudar, estaba limpio. Y sin el informe de la autopsia poco más podemos hacer. Le hemos tomado huellas, pero tampoco están en el AFIS.

—¿Y la abrasión?

—Igual, mismo tamaño, mismo aspecto.

Beth miró fijamente los brillantes ojos verdes de Lloyd. Cuando estaban con un caso solían brillar tanto que tenían aspecto febril. Sentía una rabia indescriptible cuando se hallaba en un callejón sin salida, y solo su compañero sabía exactamente cómo era esa rabia, llevaban trabajando juntos muchos años. Al verse reflejada en sus ojos sabía que él estaba sintiendo lo mismo que ella, y que la comprendía.

—¿Crees que ha sido producida por nieve carbónica? —preguntó la inspectora.

—A juzgar por el aspecto yo diría que sí.

—Lloyd, ¿cuándo tendremos la autopsia? ¿Hablaste con Sam?

—Sí, hablé con él. Puede que la tengan hoy mismo, van a darle máxima prioridad.

—Bien, ¿y el CoDIS?

—Cuando esté la autopsia, ya sabes que eso va más lento. Beth, escúchame, tómate esto con calma, esta vez no fallaremos. Le encontraremos, te lo prometo, pero debes bajar el ritmo.

—No sé si podré. ¿Qué móvil tienen los asesinatos? ¿Qué tienen en común esas dos chicas además de su aspecto físico? ¿Las busca solo por su físico? ¿Por qué ellas?

El subinspector Conoly cogió la mano de Beth con firmeza.

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Y desde cero, olvídate de los pintores.

—No podemos descartarlos.

—Sigamos mi instinto esta vez, a un pintor no le pega utilizar un puñal de hielo para asesinar.

Lloyd y ella estuvieron esperando la llegada del informe forense hasta bien entrada la noche, hasta que se resignaron a lo

evidente, que no iba a llegar. Él no aceptó un «no» por respuesta cuando le dijo a Beth que debían volver a casa. Ninguno de los dos tenía alguien que les esperase con los brazos abiertos, o durmiendo en la cama, con el contoneo de su silueta bajo las sábanas. En sus pensamientos más de una vez Lloyd Conoly había deseado que esa silueta fuera la de Beth. Él se deslizaba sin hacer ruido y ella al darse cuenta de que por fin había regresado se daba la vuelta y lo besaba con pasión desenfrenada. Piel con piel. En sus pensamientos. Sabía que Beth nunca le había mirado de ese modo, sus intensos ojos azules nunca habían dejado entrever deseo. Lo sabía, aunque la delgada línea que separa en ocasiones la amistad del amor quizás se acabase de difuminar algún día.

CAPÍTULO 2
EL PUÑAL DE HIELO

Martes, 28 de noviembre

A Elizabeth jamás le gustó bajar aquellas escaleras, sentía su vello erizarse al pisar los resbaladizos escalones, que sonaban de una manera u otra según el calzado que llevaras. Imaginaba que al final de los mismos encontraría una gran sala de tortura en un antiguo psiquiátrico. No habían modernizado las instalaciones desde que ella estaba en el cuerpo y seguro que no lo habrían hecho una vez lo dejase. Se preguntaba si conseguiría jubilarse o su carrera acabaría antes de tiempo como la de su padre. Beth sonrió recordándole. Por una fracción de segundo pudo oler la fragancia amaderada de su perfume. El gran inspector Henry Malone. Aún le echaba de menos, hasta el punto de sentir una punzada de dolor en el estómago cada vez que pensaba en él. De adolescente había descendido con su padre por esos mismos peldaños multitud de veces. Evocó el tacto de su mano apretando la de ella con fuerza. Nunca olvidaría esa sensación. Tomó aire y lo expulsó en una larga exhalación.

Al final de un largo pasillo estaba la sala de autopsias y en ella la nueva Jane Doe y el jefe forense, Sam Hickins, esperándola. Vio la camilla con la inmaculada sábana y los instrumentos de frío metal.

—Buenos días Sam.

—¡Elizabeth!, te estaba esperando —dijo mientras sostenía una taza de té ardiendo en la mano. Se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Pues ya estoy aquí. ¿Cómo estás?

—Mayor. —Sam era irónico por naturaleza, cosa que a Beth le encantaba, pues dejaba entrever su inteligencia y sabiduría—. ¿Quieres uno?

—No, gracias. ¿Qué puedes contarme?

—Aquí tienes el informe, podría habértelo enviado.

—Prefería venir, habría venido igualmente aunque hubiera llegado anoche. Quiero comentarlo contigo. Sabes lo mucho que me fío de tu criterio.

Sam había sido fiel amigo del padre de Beth y cuando este falleció, pasó a ser su mentor.

—Bien, te lo resumo. No he hallado restos biológicos que no pertenezcan a la víctima, ni señas de violencia alguna más allá de la lesión que ha causado la muerte. Apuñalamiento con algún objeto punzante hecho de hielo seco con el añadido de un componente indeterminado.

—Hielo seco...

—Sí Beth. O nieve carbónica, como prefieras llamarlo. Las membranas están desgarradas por cristales. Herida de tórax directa al corazón. El objeto debía tener un tamaño considerable. Y hasta que el laboratorio no determine qué añadido tenemos no sabré más.

—Igual que el año pasado —dijo Beth pensativa—. ¿Hora de la muerte?

—Entre las doce y las dos de la madrugada.

—¿Crees que la mató allí mismo?

—No, no lo creo Beth. El cuerpo no tenía rocío, solo tenía húmedos los pies, que es lo único que estaba sumergido en el lago. Con seguridad acababan de dejarla cuando llamaron a emergencias. Probablemente fuera él mismo quien llamó. En mi opinión creo que las mata en otro lado, las inmortaliza en un cuadro y después, cuando Central Park está despejado, compone la escena final.

—¿Algo nuevo con respecto a los restos de pintura?

—Sam negó con la cabeza.

—Es del mismo tipo que la del año pasado. Ahora, sea pintor artístico o no, tiene fácil acceso al dióxido de carbono en estado sólido.

—¿Crees que el asesino lleva un carrito de helados?

Sam soltó una carcajada, cuando Beth se ponía a su altura de ironía llenaba su día de buen humor. Y eso no era fácil con un trabajo como el suyo.

—Industria o investigación. El dióxido de carbono sólido no se puede almacenar en cualquier sitio. Si lo tuviera en su casa él mismo se habría asfixiado.

—A no ser que sea un lugar bien ventilado. Ya, ya me dijiste todo esto hace un año Sam. Y ya exploramos la vía de la nieve carbónica que no nos condujo a nada. Y el tema de la pintura... Lloyd no cree que vayamos por buen camino si seguimos por ahí.

—Estáis entrando en un laberinto.

—Sin salida, me temo. Volveremos a repasar el listado de las industrias que lo usan en Nueva York.

—Algo pasamos por alto, todos.

—No te incluyas en esto Sam, tú hiciste un trabajo impecable, igual que ahora. Sobre el cuerpo no hay nada más que investigar, ni nada que pasaras por alto.

—Beth. ¿Y si...?

Sam guardó silencio.

—¿Y si...?

—¿Y si fuera alguien lo suficientemente educado en las artes como para ser pintor y al mismo tiempo un empresario? ¡Ah! Casi se me olvida, también he hallado un tumor pulmonar en estadio cuatro.

—Sam. —Beth mantuvo silencio un instante—. Nuestra primera víctima no presentaba tumores.

—Para serte sincero la causa de la muerte era tan evidente que no miramos más allá —contestó azorado el jefe forense Hickins.

—No te preocupes —dijo Beth poniendo una mano en su hombro en un cariñoso gesto—, lo tendremos en cuenta. El arma del año pasado solo estaba hecha de nieve carbónica, ¿verdad?

—Verdad. No encontramos signos físicos, ni restos de nada más en el cuerpo que nos hicieran pensar lo contrario.

—En un año ha mejorado el arma. Sigo pensando en David Smith. Bueno, no te entretengo más Sam. Gracias por el informe. ¿Vendrás el domingo a comer a casa?

—Como siempre, allí estaré.

Los domingos Beth comía con su familia. Era el único día que cocinaba en condiciones para recibir a su madre y a sus dos hermanos en el pequeño y desordenado apartamento en el que vivía. Sam era el invitado de honor cada semana. Y alguna vez Lloyd se dejaba caer. A la serena Cloe Malone Lloyd le encantaba, creía que era el marido ideal para su hija, pese a pertenecer al cuerpo, era la única pega que le ponía. Guapo, educado, y se notaba a la legua que sentía algo por su hija. Creía con fe ciega que le darían unos nietos monísimos. Y Beth ya iba teniendo edad de tener hijos, pero para la inspectora Malone su carrera era lo único que importaba. Quería dedicar su vida a meter entre rejas a todos los malnacidos de Nueva York. Sentía que era el legado de su padre y que debía continuarlo. Le daba paz, pensar en ello calmaba su mente; el resto de pensamientos que la atormentaban desaparecían cuando se centraba en su trabajo.

Se dirigió a la unidad con el informe para que el subinspector Conoly pudiera leerlo. De camino se le ocurrió una idea, en su opinión, la única posible si quería de verdad acercase a David Smith, pero de aquella idea no le hablaría a su compañero. Esto era cosa suya y debía permanecer al margen de la investigación oficial. Tendría que ser cuidadosa, Lloyd era el único que podía leerle la mente, a veces pensaba que para él era cristalina como el agua.

—Hola Lloyd.

—¿Traes el informe?

Beth lo dejó encima de la mesa de su compañero.

—Aquí lo tienes.

—¿Algo relevante?

—Un calco de nuestra primera Jane Doe a excepción de un tumor pulmonar en estadio cuatro y un componente no determinado hallado en los tejidos adyacentes a la abrasión que debía estar en el arma.

—Mmmm...

—¿Qué ronda por tu cabeza Lloyd?

—Nada, realmente. Preguntas y más preguntas. He sacado el listado de las empresas que usan nieve carbónica. Hay que empezar de nuevo.

—¿Y si no fuera alguien que trabaja con hielo seco? ¿Y si solo tuviera acceso a él? —preguntó Beth.

—¿Como para mantenerlo en buen estado mientras lo transporta hasta donde comete el crimen y luego hasta donde quiera que se deshaga del arma?

—Igual no se deshace del arma. Lo estamos dando por sentado.

—Eso es muy difícil de saber Beth, la nieve carbónica se sublima, desaparece, se evapora. Podría guardarlo o deshacerse de ese maldito puñal y volver a hacer otro y no tendremos pruebas de ello hasta que demos con el tipo. ¡Dios! Esto es como encontrar una aguja en un pajar. —Lloyd se mesó el cabello hacia atrás en un gesto de desesperación—. Me pongo con ello.

Beth puso su mano con suavidad sobre la de él y sonrió.

—Ánimo. Bueno, me voy.

—¿A dónde?

—A dar una vuelta. Quizás tú deberías hacer lo mismo. Por hoy ya hemos hecho suficiente.

—No, me quedaré un rato más. Quiero leer el informe y recuperar del archivo el listado de los nombres de todos los que dirigen alguna industria química que utilice esta mierda para actualizarlo.

—Incluye en esa lista laboratorios, empresas de transporte, incluso hospitales y clínicas. Es algo que el año pasado no contemplamos, pero si nuestra segunda víctima tenía un tumor terminal quizás la identifiquemos tirando de ese hilo.

—Te veo mañana Beth.

Lloyd la vio alejarse hasta que salió de la unidad. Se preguntó a dónde iría a dar una vuelta con el frío que hacía. Su móvil daba previsión de nevadas débiles para esa noche.

☾ † ☽

Un timbrazo, dos, tres, impacientes. De pronto se abrió la puerta.

—¿Inspectora?

—¿Me invitas a un bourbon?

No se lo pensó dos veces. Cogió su cazadora y cerró la puerta tras él. Beth Malone no era la única que necesitaba una copa.

CAPÍTULO 3
¿DAVID SMITH?

Martes, 28 de noviembre

La vida no daba muchas oportunidades como aquella. Quizás si por una vez estuviera dispuesta a escucharle creería en su inocencia, o eso quería pensar el pintor David Smith. Su visita a esas horas le descolocó, era la única persona a la que no esperaba ver detrás de su puerta, vestida sin la placa y el pelo suelto, con los labios de un rojo escarlata, como la sangre. Le indicó la dirección con la mano, en la siguiente manzana había un bar al que solía ir cuando no le apetecía beber solo. Por fuera parecía un cuadro de Edward Hopper, por dentro el antro más siniestro de Queens, a donde iban a parar todas las almas perdidas o atormentadas, o ambas cosas. Siempre sonaba algo que aspiraba a parecerse a Ella Fitzgerald. Olía a alcohol y a sudor. Y él sentía que aquel era su sitio.

—Dos bourbon, Pete. —Pidió David.

—Gracias por querer acompañarme.

—¡Ah!, ¿ya puedo tutearla inspectora?

—Por esta noche puedes llamarme Beth.

—Tanta indulgencia me deja anonadado. Quieres sacarme información ¿verdad?

—Aquí tenéis, pareja —dijo Pete con una mirada cómplice cuando les puso las copas sobre la barra.

—Pero no...

—Déjalo, no trates de corregirle, te va a dar igual Beth. Además, a quién le importa lo que somos.

—No quiero sacarte información, solo quería olvidarme de todo por una noche, así es que tampoco me preguntes por el caso, por favor.

—¿Y por qué yo?

—¿Y por qué no?

David la miró de arriba abajo, como no la había mirado hasta entonces ningún hombre. Elizabeth sintió algo que le subía desde el estómago hasta la cabeza y bebió, de un trago.

—Otra, por favor.

—¿No crees que vas muy deprisa inspectora?

—Beth, me llamo Beth, no inspectora. ¿Piensas que por una copa voy a emborracharme? Aguanto la bebida mejor que tú, te apuesto lo que quieras.

—Tentador... pero has dicho que no podemos hablar del caso.

—No.

—¿Entonces... apostamos una cena? —Beth le tendió la mano aceptando la oferta—. ¡Pete, dos más por aquí!

—¿Vienes mucho?

—Cuando no quiero estar solo.

—Eso no responde a mi pregunta...

—Jajajaja, vale, dejémoslo en que vengo de vez en cuando. ¿Y a ti? ¿Te gusta beber a menudo?

—Cuando quiero dejar de escuchar las voces de mi cabeza. Perdón, eso no ha sonado demasiado bien.

—Te entiendo, tranquila, te entiendo mejor de lo que crees. —Y apuró la segunda copa—. Son insoportables.

David guardó silencio durante unos segundos mientras desviaba la mirada hacia la banda que tocaba aquella noche en el Pete´s Jazz Club, después volvió a los ojos de Beth.

—Beth, no sé si es muy buena idea que tú y yo hablemos, de nada. ¿Hay algo de nuestras vidas que no esté relacionado con el caso?

—Cuéntame cómo empezaste a pintar.

Suspiró. Había una tensión que David sentía in crescendo dentro de él. Llevaban menos de media hora juntos y le costaba apartar la mirada de sus labios. Esa mujer quería encerrarlo, ¿por qué no podía dejar de observarla? Había soñado con ella, una vez, tan solo una vez. Afortunadamente, pensó, no era una de las visiones que acostumbraba a tener.

—Comencé a pintar cuando era un niño. Dejémoslo ahí. ¿Ves? No es buena idea que seamos compañeros de copas.

Beth no estaba allí solo para compartir copas, pero de pronto se sintió tan impostora que no pudo soportarlo. Notó en el tono de voz de David dolor, y algo escondido muy dentro, de lo que no hablaría con una inspectora de homicidios que quería empapelarle. Y si él era capaz de sentir así, le costaba creer que fuera un psicópata, no daba el perfil. No obstante, lo que ella creyera o dejara de creer no podía acompañarla siempre si quería hacer su trabajo. Había empezado bien, ¿por qué no encontraba un tema del que poder hablar con él y que se olvidara de lo que ella representaba?

—Lo siento. Será mejor que nos marchemos Beth.

—No. —Ella le agarró de una muñeca para que sentara de nuevo—. Por favor. No quiero volver ya a casa.

Él asintió y pidió dos copas más. El ambiente se volvía pesado por momentos, la atmósfera estaba cargada. No se podía fumar en bares, pero en el club de Pete cualquiera podía hacer cualquier cosa. Humo. Fracaso. Olvido.

—Me cuesta hablar de mi niñez. No fue una infancia feliz.

—No pretendía hacerte recordar malos momentos.

—Lo sé. Bebamos en silencio.

Realmente eran dos extraños que no querían estar solos después de un día duro. Eso era todo. Pese al motivo que escondía Beth. Pese al secreto que ocultaba David.

—Lo siento, no puedo beber en silencio. Mi infancia fue feliz, pero no fácil. Mi padre era inspector, como yo.

—No me llamo David Smith.

El rostro de ella cambió súbitamente.

—¿Perdona?

—Ya que confesamos, David Smith es un pseudónimo para mantener alejada a mi madre de mí. —La inspectora no podía creerse que lo tuviera justo donde quería—. Te has quedado muda.

—Es que estoy tratando de asimilar la información. ¿Otra copa? —David asintió. Le pidió a Pete que les dejara la botella entera —. ¿Por qué quieres mantener alejada a tu madre de ti?

—Es una víbora consentida y mal criada que nos hizo la vida imposible a mí y a mi hermana. Me llamo Nathaniel O'Reilly, Nate para los amigos. —Extendió su mano para presentarse adecuadamente—. Encantado.

La mente de Beth no dejaba de dar vueltas. «¿Y esto? ¿Así? ¿De repente? ¿Mi sospechoso oculta su nombre y ahora me lo confiesa? ¿Le tengo donde quiero o me está tomando el pelo una vez más? Algo no encaja. Si de verdad es el asesino no habría soltado la lengua con esa ligereza por unas copas».

—Encantada Nate. ¿Irlandés?

—Mis padres, yo nací aquí.

—Bueno Nate, ¿y funciona tu pseudónimo?

—Funciona. Menos cuando me veo obligado a ir a verla.

—¿Te obliga?

—No la conoces. No es que me obligue, es que utiliza su viejo truco del chantaje emocional y lo retuerce todo hasta hacerme sentir un hijo y un hermano penoso. Momento en el que prefiero ir y averiguar qué le pasa por salud mental.

—¿Vive aquí?

Nate agarró el taburete donde estaba sentada Beth y lo arrastró hasta dejarlo a dos centímetros de él. Estaba tan cerca de su boca que se moría por besar aquellos labios rojos como la sangre, finos como un ligero trazo en el lienzo, pero se contuvo.

—¿Me está usted interrogando inspectora Malone?

Ella le dedicó una amplia y sincera sonrisa. Le hacía gracia el tonillo que empleaba cuando decía «inspectora Malone». Le hacía gracia y al mismo tiempo la ponía nerviosa porque era más seductor de lo que a ella le habría gustado reconocer.

—Noooo. Solo quiero saber más sobre usted Nathaniel O´Reilly.

Decir aquel nombre en voz alta modificaba completamente la idea predeterminada que tenía en la cabeza desde hacía un año. Ahora era otra persona. Intuía una historia que parecía no tener mucho que ver con el asesino a quien buscaba.

—Ella y mi hermana viven en Millwood.

—¿Millwood, New Castle?

—Sí, allí. En Raven´s Manor. Mi padre edificó la mansión para ella cuando llegaron desde Irlanda.

—Entonces es obvio que tu familia no emigró por problemas económicos. Un momento, ¿has dicho Raven´s Manor?

—Así la bautizaron. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo es que he escuchado ese nombre en algún lugar. —Por el rostro de él pasó una rápida sombra, tan rápida que no fue perceptible para los ojos de Beth.

—Creo que es suficiente por hoy señorita. ¿Bailamos?

Nate extendió su mano esperando que ella saltara del taburete para ir a bailar. No era el mejor de los sitios para hacerlo, pero no quería seguir hablando, solo quería tenerla entre sus brazos y sentir el roce de su mano. Con aquella inspectora, no podía explicarlo, sentía una conexión invisible. Sí, era ella a quien había visto en su visión, y si eso era cierto, no sería el último momento que compartirían juntos. Beth tomó su mano y fueron a bailar a los pies de la banda. Entonces él se acercó a los músicos y al oído pidió al trompetista que tocasen *The drunken sailor*. Le pareció una melodía lo suficientemente desenfadada para el momento. Por unos instantes el jazz dejó de sonar y la vieja Irlanda inundó todos los rincones de aquel apestoso lugar. El local pareció animarse y Nate le enseñó a Beth cómo bailarla. Se rieron tanto que tuvieron que parar para coger aire. En ese instante sus miradas se encontraron, ambos penetraron el interior de los ojos del otro, y lo que venía presintiéndose en el ambiente durante toda la noche sucedió, sus bocas, sedientas de otra cosa que no era alcohol, se encontraron. Nate la subió a horcajadas y entonces todo comenzó a dar vueltas.

—Me debes una cena, estás más mareada que yo.

—Has utilizado el baile, has hecho trampa.

—Pero he ganado, ¿tienes hambre?

—Sí.

—¿Vamos a mi casa?

—¿Es buena idea?

—Tú decides cómo acaba esta noche. Tú has venido a buscarme Beth.

Era cierto. Pero había ido a buscar a otra persona, o eso quería creer, quizás solo estuviera cayendo en el encanto de un atroz e inteligente asesino.

CAPÍTULO 4
DOLOR

Miércoles, 29 de noviembre

Ryan Manner se dirigía al Upper East Side Cancer Center, uno de los mejores centros oncológicos de Nueva York; el señor Parker le había encargado recoger los expedientes de los últimos traslados realizados con el material con el que estaban trabajando para hacer el informe mensual, como hacía una vez al mes, todos los meses del año. Y mientras caminaba por las calles de Nueva York su mente iba a mil por hora. Cada día, cada instante de su vida le arañaba la piel como las garras de un lobo hambriento. La persistente idea de saber que era una profunda decepción para su padre, que en el fondo siempre esperó de él que se convirtiera en un gran médico, o al menos que se hiciera cargo de la granja, le dejaba con un resentimiento que lo estaba secando por dentro. De médico a técnico. Del Hospital de Millwood al Laboratorio de Innovación Clínica de la Universidad de Columbia. De una gran granja con tierras a un loft que para su padre solo era una mazmorra infecta. Y aunque Ryan no se podía quitar de la mente su ronca voz como un ratón royendo su cerebro, ¿qué era todo comparado con el dolor de la pérdida? Ese tiránico cabrón era el que había acabado con ella. Y él no pudo hacer nada. Todo su mundo se detuvo, se paró en seco en aquel instante.

—¡Ryan! Perdona, ¿te he asustado?

—Perdona tú, casi te doy un empujón, no te había visto, iba pensando.

—Sí que ibas ensimismado, sí. Voy hacia el Cancer Center, si quieres caminamos juntos. Bueno, imagino que tú vas hacia allí también.

«Hacia dónde iba a ir», pensó él. Estaban casi en la misma puerta. La verborrea de Elizabeth, o Betsy, como todos la llamaban, era el mejor antídoto contra los pensamientos intrusivos. Trabajaba como administrativa en el Upper East Side Cancer Center y Ryan estaba convencido de que no abandonaba la idea de ligar con él pese a que siempre la esquivaba de la mejor manera que podía. Quizás ya era hora de quedar, tan solo para desquitarse. Ese modo tan abierto de ofrecerse era tentador en los momentos en los que necesitaba sexo. Y para ella, de eso no le cabía la menor duda, sería el mejor polvo de su vida. Aquella muchacha no tenía demasiadas oportunidades. Y no era por su físico, bajita y regordeta, sino por esa manía suya de no poder parar de hablar en ninguna circunstancia. Sin embargo, tenía unos impresionantes ojos azules, y eso era algo a lo que ella no sabía sacarle ningún partido.

—Betsy, ¿quieres un café? Ya casi hemos llegado, pero te lo puedes subir a la oficina. Necesito cafeína en vena.

—Sssí, sí, un café, está bien —dijo ella titubeante y sonrojada—. Cafeína en vena, qué gracioso.

Cogieron un café en el puesto de comida rápida que había frente al hall y se quedaron unos minutos parados calentándose las manos con el vaso. Pese a que ambos llevaban guantes el frío era penetrante. Húmedo y penetrante.

—Betsy, dime algo. ¿Cuántos traslados habéis tramitado este mes?

—Yo no sé qué pasa Ryan, pero cada vez hay más. Y muchos ni siquiera son de aquí. Vienen con la esperanza de que mejorarán, y no mejoran. Y a veces son tan jóvenes... ¿Nadie investiga en condiciones qué narices pasa con esa maldita enfermedad?

—¿Ahora mismo tenéis muchos a punto de...? Ya sabes.

Betsy se alargó todo lo que pudo para darle la información como si fuera una confidencia, al oído. Aun con eso él tuvo que agacharse. Se sentía importante cuando requerían de ella datos que podía facilitar con seguridad, porque estaba enterada de todo cuanto acontecía en su área y además era una lince con el cálculo y la informática. En esos momentos había dos mujeres y un hombre de

menos de treinta con algún tumor en estadio cuatro. Todos donantes. Ella sonrió. La voz de Ryan la dejaba apenas sin respiración. Él era para Betsy Clarkson todo cuanto había soñado. Una réplica de los protagonistas de las novelas de amor que tanto le gustaba leer y que llenaban su corazón de vana ilusión. Atractivo, con su castaña melena, que tenía la costumbre de echarse hacia atrás con la mano para que no le tapara los ojos, ese mentón anguloso y los músculos de sus brazos. Cuando pronunciaba su nombre estando a solas su pecho se llenaba de aire para soltarlo con un profundo suspiro. «Soñar es gratis», se decía ella.

—Es terrible. Pobres.

—Sí, terrible —suspiró Betsy —. ¿Has oído lo de Central Park?

—Lo leí en las noticias. La maldad nos rodea —susurró acercándose a su oído hasta rozar su oreja con los labios. Ella retrocedió un paso.

—Qué siniestro Ryan, jajajaja. El caso es que esa chica... me suena y no acabo de ubicarla. Igual llamo a la policía, han pedido colaboración ciudadana.

—Si no recuerdas exactamente de qué la conoces harás lo contrario a ayudar.

—Pobrecilla también.

—Bueno, pensemos mejor en otras cosas. Betsy, debo subir a por los expedientes. Ha sido un placer la charla.

—Gracias por el café.

—No hay de qué. —Ella se dio media vuelta y tomó el camino de la escalinata de la entrada—. Oye, ¿tienes algo que hacer el viernes?

—¿El viernes?

—¿Te apetecería cenar conmigo?

—¿El viernes?

—Sí, el viernes. ¿A las ocho?

Ella asintió y siguió su camino. Se sentía tan azorada que no podía seguir hablando. Ryan se sorprendió de que no dijese ni una palabra más, tanto que no pudo evitar echarse a reír en mitad de la calle. Ya llamaría al centro para preguntarle dónde la recogía.

Cuando no podía soportar más la tensión que provocaba la voz de su padre en su mente necesitaba imperiosamente buscar sexo. El joven Manner acababa de descubrir lo muchísimo que le excitaba la idea de estar con esa mujer a solas. Nunca había tenido sexo con alguien tan necesitado. Se miró la entrepierna, tendría que esperar un rato antes de entrar.

Una vez consiguió completar su misión de primera hora del miércoles fue al laboratorio. Sacó los expedientes de su cartera de cuero marrón y los dejó sobre su escritorio. No habían pasado ni dos minutos cuando Richard Parker le llamó desde su despacho.

—¿Diga? —Sabía que era él por el número de extensión, pero le gustaba impacientarle.

—Ryan muchacho.

—Diga señor Parker, en qué puedo ayudarle.

—Quiero el informe el viernes a más tardar. —Ryan guardó silencio unos segundos—. ¿Lo has entendido?

—Alto y claro señor, lo tendrá el viernes. —Parker colgó—. Qué hijo de la gran puta eres Richard Parker.

Billy Graves, el compañero que se sentaba en la mesa que estaba frente a la suya le miró.

—¿Un mal día?

—Como cualquier otro.

Richard Parker era un jefe de esos a la antigua, jamás pensaba en lo mucho o en lo poco que sus subordinados trabajaban, y tampoco le importaba. Ni las horas extras que tuvieran que hacer, al fin y al cabo, él también las hacía. Solo quería resultados. El proyecto del que se había hecho cargo era muy importante para el laboratorio y no podía fallar. Su fotografía enmarcada en el pasillo de los méritos, eso quería. Su equipo extendería el tiempo de conservación de los órganos una vez extraídos del cuerpo del donante más allá del límite de tiempo que se había conseguido hasta el momento a nivel mundial. Podrían estar días, en vez de horas, en condiciones de reimplantarse mientras viajaban a la otra punta del mundo o a lugares de difícil acceso. Revolucionaría la investigación clínica en materia de conservación de órganos y tejidos. Puede que las empresas de criogenización empezaran a contactar con él para

conseguir su método. A su parecer esta aún estaba en pañales y lo demostraría. A Ryan esa ambición desmedida le parecía propia de empresarios esclavistas y dementes. Cada vez que él andaba cerca no podían tomarse medio café y mucho menos salir a fumar un cigarrillo. A menudo pensaba con ironía en la habilidad que tenía para rodearse de gente malvada o desagradable. Sin corazón. Aunque el suyo hacía tiempo que había dejado de latir al ritmo de los corazones vivos.

—¿Algún plan para el fin de semana?

—Voy a la cámara un momento, luego hablamos Billy.

Billy se quedó con ganas de charlar. Era el compañero con el que más trato tenía porque si apartaba un momento la vista del ordenador la cara de Billy era lo primero que veía. Sus mesas estaban enfrentadas, ahorro de espacio en la sala. Billy el niño lo llamaba él, porque realmente era un crío recién salido de la universidad. Ryan sin embargo se encontraba ya en la cuarentena.

Entró en la cámara del laboratorio. Se puso las gafas, los guantes y el traje que requería entrar allí. Era hábil para esconder su trabajo de ojos ajenos. Tenía sus propios planes sin que el señor Parker tuviera idea alguna. Para Parker era un simple técnico, cuando lo cierto es que su conocimiento se extendía mucho más allá. No estudió medicina solo para contrariar a su padre. Aunque no midió bien las consecuencias. A la mente de Ryan volvió aquella imagen... «Si entonces hubiera existido la tecnología de hoy, si esa tecnología hubiera estado en sus manos, entonces, tal vez... tal vez habría podido mantenerla suspendida en el tiempo hasta que...». Volvió al presente sacudiendo la cabeza para separar un mundo de otro. Cada vez le costaba más.

Todo en orden. Volvería cuando la planta se vaciase a la hora de comer.

☾ ✝ ☽

Otro tipo de dolor era el que acompañaba a Nate O' Reilly, cada vez que contestaba una llamada de Raven´s Manor.

—¿Nathaniel?

—¿Madre?

—Hace mucho que no pasas por aquí. Tienes que venir el fin de semana.

—No puedo —dijo Nate tirando el pincel que estaba sosteniendo entre sus manos en ese momento contra la pared. La voz de su madre sonaba tan autoritaria como siempre, ni asomo de una pizca de cariño. «¿Alguna vez me has querido madre?», se preguntaba.

—Debes estar, vienen los Dubois.

—¿Y qué?

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer?

—Estoy invitado a la inauguración de mi exposición en una galería de Los Ángeles —dijo recalcando mucho la palabra «mi».

—¡Ah!, eso. Eso no es importante. —Su madre jamás tuvo el más mínimo interés por el arte de Nate. No le importaba que no quisiera decirle el nombre con el que firmaba los cuadros. De hecho, el asunto de su dedicación al arte todavía era un tema candente en la familia. Su marido y ella insistieron en que estudiara arquitectura, y la estudió, pero no la ejerció nunca. Huyó para poder pintar. Era el único modo de aliviar las visiones y no volverse loco. Y eso ella no lo entendía. También había convivido con ellas desde niña, pero su sentido del deber había permanecido intacto y era lo que no le perdonaba a su hijo. Ellos no valoraban su sacrificio personal como madre, y como mujer.

—Madre... no voy a ir. Dígale a los Dubois de mi parte que veré su nuevo edificio en cuanto pueda. —Los Dubois eran un matrimonio de arquitectos importante, de ahí el interés de Agatha en que Nate asistiera a todas las reuniones en las que ellos hicieran acto de presencia, sobre todo si las organizaba ella. Llevaban tiempo detrás de incorporarle a sus filas.

—Bien, como desees.

—No es como deseo, es lo que debo hacer. Iré por allí la próxima semana. —«Si no me detienen antes», pensó.

—Bien, como desees.

Agatha Raven colgó el teléfono. Su rostro envejeció un poco más tras la llamada. «Maldita seas» fueron las palabras que

salieron de la boca de Nate. «Aidan O' Reilly, qué viste en ella». Su padre ya no vivía para contestarle. La maldición de los Raven tenía los tentáculos muy largos, en lo más profundo de su ser así lo creía.

CAPÍTULO 5
FBI

Jueves, 30 de noviembre

Beth llevaba unos días resplandeciente, para los demás quizás pasase inadvertido, pero para Lloyd no. Ese rubor en sus mejillas y una casi permanente sonrisilla la delataban. «¿Quién sería?». Era evidente que alguien había puesto ese rubor y esa sonrisa en su rostro, y no era Lloyd. Esa misma mañana había pasado por la floristería de la esquina de su edificio y había comprado una planta para llevar algo el domingo, a la comida familiar a la que había sido invitado, como tantas otras veces, y ahora se sentía estúpido. La tiraría, o se la quedaría él. ¿Abandonaría de una vez la idea de llamar la atención de Beth? A veces estar a su lado era doloroso. ¿Y pedir un traslado? Eran preguntas que pasaban por la mente de Lloyd Conoly mientras la observaba servirse un café y coger el expediente del caso.

—Lloyd, espabila.

Él la miró una vez más con la mirada cargada de nostalgia, de la nostalgia de un futuro soñado con ella, mientras su cabeza luchaba por volver a la realidad. Iba a comentarle los avances de la investigación cuando de pronto alguien irrumpió en la sala. Ambos se quedaron mirándola. Sabían quién era. Ella bajó los cuatro peldaños que daban acceso al espacio que formaba la unidad. Beth y Lloyd lo veían como a cámara lenta. Era como si una diosa de ébano estuviera haciendo su entrada en escena en el rodaje de una película, espectacular, pero por desgracia todo lo que tenía Cristine Watson de espectacular lo tenía también de desagradable. Su larga y medio rizada melena morena se movía al ritmo de sus pasos. Ya habían tenido que trabajar con Cristine en otros casos y Beth y ella chocaban constantemente, eran como agua y aceite. Demasiado

para lo que Lloyd podía soportar. El FBI acaba de asomar su cabeza sobre el caso.

—Inspectora, subinspector. —Cristine les tendió su mano a modo de saludo.

—Agente especial Watson —dijo Beth mientras le devolvía el saludo—. Ya les echábamos de menos.

—Sí, me lo puedo imaginar. ¿Nos ponemos a trabajar?

—¿Quiere café? —ofreció Lloyd.

—Gracias.

—Puede ocupar esa mesa agente —le dijo Beth mientras señalaba una mesa vacía al lado de la de ella y la de su compañero.

—Bien.

Cristine cogió la taza de café que le había dado Lloyd y dejó su cartera sobre la mesa y después su abrigo en el colgador. No había tiempo que perder. Era un caso complicado. El FBI no creía en la posibilidad de un imitador, se encontraban frente a un asesino en serie. Habían elaborado un perfil, pese a que ese perfil ya estaba hecho desde hacía un año por Beth, pero era evidente que no les había servido de mucho. Caso sin resolver. Hombre, de entre treinta y cinco y cincuenta años, con algún suceso traumático vivido en la infancia, probablemente relacionado con su madre o alguna mujer que hubiera tenido una relevancia importante en su vida, que sería de raza blanca y pelirroja, ya que estaba replicando esa figura en sus víctimas. Hábil con las manos. Con conocimientos de anatomía y de química. Con acceso a nieve carbónica. En el laboratorio estaban a punto de descubrir qué componente añadido era el utilizado para el arma. En el camino de la abrasión el forense Sam Hickins había encontrado un elemento aún no identificado adherido a las membranas desgarradas. Al perfil había que añadir que, además, se trataba de alguien que de algún modo estaba relacionado con la pintura artística.

—Todo esto que habéis puesto aquí ya lo sabemos —le dijo Beth a Cristine sin apartar la vista del informe del FBI—. Leímos el informe del forense el martes. ¿Tenéis algo nuevo con lo que poder trabajar?

—¿Y vosotros? —contestó la agente especial Watson a la defensiva. Lloyd intervino en ese momento.

—Iba a poner al día a la inspectora Malone justo cuando usted ha llegado, agente Watson.

—Vamos a trabajar juntos, deja de llamarme agente Watson, por favor Lloyd, aunque la inspectora ya se ha adelantado en cuestión de tuteos.

Beth y Lloyd se miraron. Les gustara o no, la investigación había pasado a ser de tres.

—Bien, Cristine, iba a comentarle a Beth los últimos avances cuando has llegado. —Retomó la conversación Lloyd.

—Adelante.

—Desde el martes hemos conseguido un listado de empresas químicas, de conservación y transporte alimentario, laboratorios, clínicas y hospitales.

—¿Habéis preguntado en los hospitales especializados en oncología? —Quiso saber Cristine.

—Aún no —dijo Beth.

—¿Y a qué estáis esperando? Me juego lo que queráis a que la víctima no se trataba en un hospital general.

Beth se levantó y fue a llenar su taza de café de nuevo por no empezar la mañana a gritos.

—Lo haré hoy mismo —comentó el subinspector Conoly.

—Chicos, no hay tiempo que perder. Del año pasado a este nuestro asesino ha introducido dos elementos nuevos en su modus operandi: ha mejorado su arma y ha ido a por una joven que de todas formas habría muerto en breve. Probablemente la víctima del año pasado también tuviera algún tumor. Tiene acceso no solo a nieve carbónica, sino que además tiene contacto con gente enferma con pocas probabilidades de supervivencia. Está convencido de que mata por compasión. Identifiquemos a la segunda Jane Doe y estaremos más cerca de él.

Cristine hizo ver que tenía claro el perfil del asesino. Beth llevaba muy mal tener al FBI diciéndole qué hacer y qué no. Siguió un buen rato más callada junto a la cafetera que tenían en la sala.

Una vieja cafetera de filtro, pero que, a falta de otra cosa mejor, para todos los que trabajaban allí era como un tesoro.

—¿No es un poco pronto para afirmar que mata por compasión? Quizás haya sido solo una casualidad —dijo la inspectora Malone.

—Llevo muchos años enfrentándome a psicópatas como el que tenemos entre manos. Puede que haya sido casualidad, pero mi intuición me dice que no.

Cristine Watson tenía una tasa muy alta de arrestos en cuanto a asesinos se refería, por lo que Beth no podía llevarle la contraria continuamente, ella también quería atraparle antes de que matase a alguien más. Su móvil sonó de repente.

—Perdonad. —Salió de la sala un momento para tener más intimidad. Miró a su alrededor y cuando comprobó que no había nadie cerca, habló—. Nate, ¿qué pasa?

—Me voy mañana. ¿podemos vernos esta noche?

—No sé Nate, puede que trabaje esta noche, el tiempo se nos echa encima.

—¿Tan pronto me has descartado como posible culpable que desprecias una cita conmigo?

—No estás descartado de ningún modo y yo no debería estar hablando contigo y lo sabes. Lo del otro día no puede repetirse.

—¿No va a realizar un seguimiento de mis actividades en Los Ángeles inspectora?

—No puedo salir de Nueva York, pero más te vale volver el lunes o tendremos un problema. Nate, en serio, deberías presentarte a declarar y confesar el tema de tu pseudónimo, me estás poniendo en una posición difícil. Eres uno de los investigados y yo no debo ocultar información y mucho menos contar cómo la conseguí.

—¿Aún lo recuerdas?

Beth sonrió y se sonrojó a un tiempo. Claro que lo recordaba, no había tenido un encuentro con un hombre en toda su vida como aquel, no era solo lo que vivió en su dormitorio, sino todo: el bar, las copas, el baile, las risas, su mirada. Y sí, después el sudor en las sábanas, el tacto de su cuerpo desnudo sobre su piel,

su aliento, la respiración de Nate en su oído, su mirada de nuevo, esa mirada que se le clavaba en el alma.

—¿Sigues ahí? —dijo Nate al otro lado de la línea.

—Escucha, tengo que colgar, el FBI está aquí. Te llamaré cuando pueda.

—Bien. Beth, no me olvides.

Nate colgó. Su última frase había terminado de matarla, «¿por qué es tan... encantador? ¿Por qué?». Él no quería acercarse a su familia más de lo necesario, Beth lo entendía. No se llevaba bien con ellos, también lo entendía, pero pese al escándalo que pudiera suponer en el círculo social de los O´Reilly verle vinculado a algo tan turbio y reconocer en público que se dedicaba a la pintura, la inspectora debía conseguir que Nate fuera de forma voluntaria a declarar. Tenía que descartarle de la investigación o meterle entre rejas y dejar de sumergirse en su recuerdo una y otra vez.

—Disculpad, ya estoy aquí. Lloyd, ve a visitar los hospitales especializados, y clínicas, no solo centros hospitalarios, y mantennos informadas. Cristine, tú y yo vamos a repasar una vez más todos los datos y a completar posibles vacíos en la investigación en los corchos—. Se acercó a dos pizarras de corcho portátil que tenían en la sala y les dio la vuelta. Ante Cristine aparecieron los mapas de la investigación, la del año pasado, y la que tenían sobre la mesa. No dijo nada, pero en su cara se pudo ver reflejada satisfacción. Elizabeth Malone y Lloyd Conoly eran buenos en lo suyo. Lo sabía, pero si no se imponía desde el minuto uno Beth se la comería. Tenía demasiado carácter, y el caso había pasado a jurisdicción federal. Era como una fiera a la que domar, así la veía la agente Watson.

—Os mantendré informadas. —Lloyd cogió su sombrero y su gabardina y salió.

—¿Conforme?

—Que no se te suba a la cabeza Malone.

«¿En serio tengo que trabajar con ella?», pensó Beth.

—¿Cuál es tu teoría Elizabeth?

«¿La estaba preguntando a ella? ¿La diosa de ébano se bajaba de su pedestal con su súper perfil?».

—También creo que mata por compasión. Probablemente perdiera a un ser querido y en su mente perturbada recrea la escena para tratar de superar lo sucedido en su niñez. Pero sabe que no puede hacer nada y acaba con ellas de una forma rápida. Puede que sea médico, enfermero, o que tenga estudios de anatomía por el trabajo que desempeñe. Fue directo al corazón sin titubear, como un cirujano experto. Quería que fuera rápido para la víctima. No hay señales de tortura ni de violación. Lo de los restos de pintura es... desconcertante, no cuadra con todo lo demás. Hickins, al igual que nosotros, piensa que las pinta, como una especie de ritual para sublimar la muerte.

—¿No te das cuenta?

—¿De qué?

—El hecho de pintarlas, si es que nuestra suposición es cierta, es una recreación más del suceso traumático que debió vivir. No solo vuelve a vivir la escena, sino que además la tiene que dejar plasmada en un lienzo. Sí cuadra en el perfil. Ya veo que no obtuvisteis resultados por ese lado el año pasado. ¿No llevasteis a cabo la acusación contra el pintor David Smith?

—Todo eran pruebas circunstanciales, no habría prosperado en un tribunal, y lo sabes.

—¿Y podemos hablar de nuevo con el señor Smith?

A Beth se le ensombreció la mirada.

—Sí. Podemos. Aunque ya hablé con él hace unos días y seguimos sin tener nada que lo relacione directamente con los asesinatos. Este fin de semana estará presente en la inauguración de su exposición en el Klimt Center de Los Ángeles.

—Iremos entonces a ver sus cuadros.

—¿Iremos?

—¿No quieres acompañarme? Bien, iré yo sola, tú puedes contactar con el resto de artistas de la zona, sobre todo los que tengan obras que representen la escena de Ofelia en el río. Consigue catálogos de galerías.

—Como quieras. Aunque eso ya lo hicimos el año pasado.

—Hay que renovar el material, puede que se haya pintado algo nuevo en este tiempo.

—¿Crees que sería tan estúpido como para dedicarse a ello de forma profesional y dejarlas en el lago de Central Park tal cual Ofelia en el río?

—Hay que seguir todos los rastros. Si no actuamos rápido puede que la próxima la encontremos antes de un año. Cuanto más...

—Ya, ya, aceleran el ritmo. Lo sé.

Cristine Watson no soltaba a su presa una vez le había hincado el diente, las cosas se estaban poniendo cada vez más oscuras para Nate. Beth tenía que avisarle. Iría a verle por la noche. Se iba a encontrar cara a cara con un enemigo peor que ella y debía saberlo.

CAPÍTULO 6
¿RAZÓN O CORAZÓN?

Viernes, 01 de diciembre

Nate estaba metiendo en una maleta las cuatro cosas que iba a llevarse a Los Ángeles. No había pegado ojo pensando en lo que le había dicho Beth, el FBI. No dejaba de darle vueltas al tema. «¿Por qué se estaba arriesgando tanto por él? Si fuera el asesino supondría obstrucción a la justicia». Con la última prenda que iba a meter aún en las manos meditó un instante, quizás había llegado el momento de hablarla de las visiones y el verdadero motivo por el que se había convertido en pintor. Cuando la noche anterior Beth salió de su piso él se dio la vuelta en la cama y se quedó dormido unos minutos. En sus sueños volvió a tener una visión en la que aparecía ella. La misma que ya había tenido. Ella en Raven´s Manor, frente a un agujero abierto en el suelo. Se despertó súbitamente. No comprendía el significado del sueño, o de la visión, tampoco sabía cómo llamarlo, pero lo averiguaría. Lo último que Nathaniel deseaba era que de algún modo Beth estuviera en peligro.

Debía terminar el equipaje, tenía un vuelo que coger y una exposición a la que asistir, estuviera allí o no el FBI y la agente especial Cristine Watson.

☾ ✝ ☽

Betsy le había pedido a Ryan que la recogiera en el mismo hall del Cancer Center, a las ocho. El plan era llevarla a uno de los restaurantes de moda del Upper West Side, un romántico bistró que trasladaba a París de inmediato. El después también estaba planeado, una habitación en un hotel cercano, no le gustaba tener visitas en su loft. No le gustaba llevar mujeres a su casa. Su espacio

era solo para él. De pronto la voz de su padre, esta vez estaba en el trabajo, pero daba igual, le atacaba de improviso siempre. Se llevó las manos a los oídos y se agachó, como si aquello pudiera conseguir que la voz se callara. «No escuchar, no escuchar, no escuchar». El día se iba a hacer largo hasta las ocho. Para ella también, que estaba nerviosísima y no sabía qué ponerse, no sabía si pintarse los labios, no sabía si ponerse tacones, así parecería un poco menos bajita, Ryan era alto. Pensaba si el vestido de color rojo combinaría bien con su pelo pelirrojo. ¿Suelto o recogido? Ahora no le servían de mucho las novelas románticas que leía, sus protagonistas solían ser mujeres exuberantes. Pero si había querido llevarla a cenar sería porque algo le interesaba, creía ella. No se le daba bien arreglarse, lo podía practicar en tan pocas ocasiones que su maña en esas lides no mejoraba. Más nerviosa se ponía cuando ensoñaba el después de la cena, ¿la llevaría a su casa y la besaría en la puerta y hasta otro día?, ¿querría que ella lo invitase a entrar para una última copa y luego la copa se alargaría hasta la mañana siguiente? No, no, no, no, Ryan Manner no se acostaría con alguien como Betsy Clarkson. Debía quitarse esa idea de la cabeza. El sexo no era algo para ella, por mucho que lo deseara. Nunca había llegado a ese punto con nadie y ese alguien desde luego no sería alguien como él. Ryan debían tener miles de mujeres a sus pies. La razón le decía que se olvidara del tema, lo más probable es que le hubiera dado pena y como solían hablar cuando él iba al centro, la había invitado a cenar, una simple cena de amigos. El corazón le gritaba sin embargo que estuviera abierta a todo cuanto pudiera pasar esa noche. Quizás... quizás. Suspiró. En el trabajo no le había contado a nadie que saldría a cenar acompañada. Si salía rematadamente mal así el lunes no tendría que dar explicaciones.

Las horas pasaron lentas para ambos, pero las ocho llegaron. Ryan estaba puntual en el carrito de comida de enfrente del hall, de sport, con un abrigo gris que le llegaba hasta los tobillos y una rosa roja en las manos enguantadas. Llevaba con él un maletín de cuero negro, grande, para ser un maletín de oficina. Nevaba débilmente. Estaba siendo uno de los inviernos más fríos de Nueva York en los últimos años. Le salía vaho de la boca cada vez

que exhalaba una bocanada de aire. De pronto Ryan vio a Betsy, vestía con un traje rojo ajustado que se intuía bajo su abrigo negro. Se había recogido el pelo en un moño alto y se había pintado los labios. Se había quitado las gafas y se había puesto lentillas, cosa que no solía hacer nunca, pero la ocasión lo merecía. Cuando se acercó a él este pensó en lo bonitos y deslumbrantes que lucían sus azules ojos cuando no llevaba gafas. No parecía ella. Aunque en cuanto abrió la boca la Betsy de siempre volvió. Aceptó de buen grado la rosa y no paró de hablar desde que cogieron el taxi hasta que llegaron al bistró.

Durante la cena Ryan no dejaba de observar cómo se movían sus gruesos labios de arriba abajo. Un trueno hizo restallar las ventanas del bistró y Betsy se asustó. La nevada se había transformado en tormenta. Llovía sin parar. La mente de Ryan de pronto se había ido lejos de allí, hasta otro trueno de hacía ya muchos años. «No pensar, no pensar, no pensar». Betsy sin embargo ni siquiera se dio cuenta de lo abstraído que estaba su acompañante, seguía hablando, de su trabajo en el centro, de su niñez, de sus padres... Ryan logró volver, había un brillo diferente en sus ojos.

—Betsy, dime algo.

—¿Sí?

—¿Eres feliz? —«Vaya pregunta», pensó Betsy.

—Podría decirse que sí, me he acostumbrado a mi vida.

—¿Y no esperas algo mejor? —Ella guardó silencio. «A ti» sería la respuesta a esa nueva pregunta, pero no se lo diría por nada del mundo.

—Creo que si esperamos algo mejor de lo que tenemos es cuando la infelicidad puede hacer mella en el alma, Ryan.

—Vaya, qué profundo. Me gusta tu reflexión. ¿Y si supieras que lo que deseas jamás llegará y pese a todo tu alma no se rinde?

Parecía que le estaba leyendo la mente, se revolvió en la silla. ¿Tan evidente era?

—No pienso en ello, aunque lo sepa.

—Betsy...

—Te noto nervioso Ryan, ¿estás bien? Estás sudando, a ver si te has resfriado, con este tiempo que tenemos...

—Estoy bien, no te preocupes. Es solamente que no me gustan los sitios con mucha gente.

—Lo siento, decidiste tú el lugar.

—No lo sientas, no tienes la culpa. Efectivamente lo elegí yo, pensé que era un bonito lugar para traerte a cenar.

—¿Y tú Ryan? ¿Razón o corazón, qué elegirías?

Aquella pregunta, viniendo de alguien como Betsy, a quien Ryan no había otorgado hasta ahora la más mínima profundidad, le dejó un poco parado.

—Ni lo uno ni lo otro. Me temo que mi vida la rige mi mente sin razón.

—Un hombre que se sumerge en la oscuridad. Eso es muy atractivo, pero seguro que ya te lo han dicho infinidad de veces.

La conversación se estaba volviendo interesante, Betsy estaba poniendo todas sus cartas sobre la mesa. Era ingeniosa, pero nadie solía escucharla lo suficiente como para saberlo.

—Pues no, no me lo habían dicho. Creo que no todas las mujeres consideran ese rasgo como algo atractivo.

Ryan se preguntó si no le estaría leyendo el alma, si se estaba abriendo a otra persona sin darse cuenta, no era lo que pretendía, no quería conectar con ella. No quería conectar con otro ser humano. No se sentía cómodo con esa idea. Nunca había sabido hacerlo. Dentro de él tenía un muro de hormigón que escondía un corazón inerte.

—Yo lo considero muy atractivo. Los espíritus que no están atormentados no me interesan.

Puso su mano sobre la de Ryan y la apretó. Él la miró a los ojos.

—¿Has terminado?

—Sss... sí. —El tartamudeo volvió un segundo. ¿Cómo podía interpretar esa pregunta? Él se levantó, se agachó a su lado y le susurró al oído...

—He reservado noche en un hotel aquí al lado. ¿Vienes? —Le tendió la mano para que ella se levantara.

Pagaron la cuenta en la entrada y se fueron acelerando el paso por la lluvia hasta el hotel, que hacía esquina en la misma calle del bistró. Un hotel de pocas estrellas, pero cómodo para lo que Ryan tenía en mente, no era la primera vez que estaba allí. A Betsy le latía el corazón de una forma muy intensa, no se podía creer el giro que estaba tomando la noche.

Cuando cerraron la puerta de la habitación tras ellos Ryan tiró al suelo el maletín y su abrigo, e hizo lo mismo con el abrigo de ella. La agarró de la cintura con una mano mientras con la otra le soltaba el recogido del pelo, su melena pelirroja brotó como la sangre sobre su cuello, y él la besó apasionadamente, ella creyó que iba a desfallecer. Jamás había amado a un hombre como amaba a Ryan Manner. Y lo que estaba viviendo era un sueño hecho realidad. Se dejaría llevar hasta donde él quisiera conducirla. Años de deseo reprimido estaban abriéndose y explotando con la fuerza de un big bang.

Ryan la empujó hacia la cama y puso algo de música en su móvil. *House of the Rising Sun* de The Animals sonaba. Ella estaba tan paralizada que solo podía mirar. Él se desnudó al ritmo de la música, para incrementar la tensión y la dureza de su pene. Después volvió junto a ella y la fue arrancando prenda por prenda hasta dejarla completamente desnuda. Su piel blanca y pecosa era como leche que deseaba lamer. Pero no era amor, ni conexión, ni mente sin razón, era simple y puro deseo. Un deseo incontrolable, el que le invadía y le poseía siempre que tenía sexo. Follar desataba una violencia desmedida en él. Betsy se incomodó un poco, pero pensó que sería así, era su primera vez. Cuando él se puso el preservativo e intentó penetrarla mientras tenía sus manos apretando aquel delicado cuello blanco se dio cuenta.

—Para, para, para... ¡Betsy!, ¡para!

—¿Qué?, ¿qué he hecho mal?

—Eres virgen.

—¿Eso importa?

—Claro que importa, ¡así no puedo, joder!

—¿Por qué no? Yo sí quiero Ryan.

—No puedo hacer todo lo que quería contigo si eres virgen —dijo quitándose de encima suyo cabreado y a la vez asustado, como si acabara de ver a un fantasma.

—¿El hombre oscuro ahora tiene conciencia? Hazme lo que desees. Aquí estoy —dijo ella abriéndose aún más de piernas de forma muy sensual. No sabía de dónde salía esa Betsy, pero aquella violencia que la incomodaba le estaba resultando muy placentera y quería más, quería dejar de ser virgen, quería que la penetrara de una vez y la hiciera suya. Él la miró.

—¿Estás segura?

Ella le devolvió la mirada desafiante.

—Haré todo cuanto desees, pero entra dentro de mí de una vez maldito niño malcriado. —Pese a ser Betsy, temía que con tanta charla a él se le bajara la erección y ella dejara de mojar las sábanas. Pero no, al oír aquello Ryan volvió a ser un bruto sin control. La penetró con fuerza. Y cuando ella estaba ya agotada, él paró para darle una tregua a su miembro, que volvió a entrar en erección cuando se acercó al maletín y sacó artículos bondage. Ella veía lo que él estaba haciendo, y pese al cansancio, y a haber sangrado un poco por el desvirgamiento, quería más, y sabía por dónde hacerle reaccionar. Solo importaba el momento. Ryan había despertado a la fiera que Betsy llevaba dormida.

—¿Quieres más niño malo?

Ryan se dio la vuelta sorprendido gratamente por su pregunta. Le tapó la boca con una venda, le ató las manos al cabecero de la cama, pero quería que los ojos los tuviera muy abiertos. Entonces empezó a acariciarla con el látigo, ella gemía sin poder hablar. Dios, cómo había deseado que Betsy dejara de hablar...

—Ahora estás en mis manos... prepárate. Estarás callada y te portarás bien de una vez. —La fustigó con el látigo. Primero suave, después incrementó la fuerza. Ella cerraba los ojos con cada golpe, y las lágrimas le resbalaban por sus sonrosadas mejillas. Aquello dolía. Pero no quería que parase—. ¡Necesitas disciplina, maldita sea!

Cuando volvió a ponerse sobre ella, esta hizo pinza con las piernas y agarró con los pies sus glúteos, empujándole hacia ella, él la agarró otra vez del cuello y apretó mientras cabalgaba sobre su piel blanca y pecosa como la leche. Tuvo el orgasmo más increíble de su vida. Pero... se había atrevido a desobedecerle y eso conllevaba un nuevo castigo... Fue hasta el maletín, y rebuscó en él...

☾ † ☽

A las cinco de la mañana alguien llamó a la policía. Aún no había amanecido. Un nuevo cuerpo había aparecido en el lago Reservoir de Central Park. Un traje rojo desgarrado. Sin zapatos. Una herida con abrasiones en el punto de entrada. Una mujer joven, pelirroja. De inmediato avisaron a la inspectora Elizabeth Malone, quien no tardó en llamar a Lloyd, y sí, también a la agente especial Cristine Watson.

CAPÍTULO 7
TERCERA VÍCTIMA

Sábado, 02 de diciembre

Lloyd le llevó un café a su superior, sabía que el cerebro de Beth no funcionaba hasta que no entraba cafeína en él, y dadas las horas y las prisas, no se habría hecho ni media taza. Cuando llegó ya estaban allí la agente especial Watson y la inspectora Malone, con los guantes de látex puestos examinando a la víctima. No era habitual que mediara tan poco tiempo entre los dos asesinatos, apenas una semana; en su opinión, algo debía de haber ocurrido la noche anterior, desestabilizando aún más la mente del asesino.

—Gracias Lloyd —dijo Beth cogiendo el vaso de café que le estaba ofreciendo—. No sabes cómo te lo agradezco.

—Sí lo sé —dijo él guiñándole un ojo—, por eso te lo traigo.

—Bien tortolitos, ¿podemos volver a la víctima?

Lloyd quiso matar a Cristine en ese momento, hizo que se ruborizara delante de Beth.

—Volvamos, pero no somos ninguna clase de tortolitos —cortó tajante Beth.

—Perfecto, mejor para nuestra investigación. ¿Qué pensáis?

—Que ha pasado algo que ha descolocado al asesino. Esta vez ha sido todo tan precipitado que no ha tenido tiempo. El escenario no está preparado como las veces anteriores, no ha recreado a su Ofelia, no la ha vestido con un traje de gasa blanca, no le ha puesto el ramo de flores en las manos. No tiene manchas de pintura, de lo que deduzco que estábamos en lo cierto al pensar que las retrata después de matarlas. Pero la herida es la misma, abrasión por hielo seco, mirad el aspecto —dijo Beth apartando con

cuidado la carne de los bordes del agujero que había provocado el arma en el tórax—. ¿Qué lo habrá alterado así?

—La chica lleva su cartera en el bolso, el asesino no se lo ha llevado. Aquí tiene el permiso de conducir y un carnet de donante —advirtió Lloyd.

—¿Donante?

—De órganos Beth.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Cristine a Lloyd.

—Caroline Bradford. Veintisiete años, el permiso es de Nueva York.

Ya se había acordonado la zona y los de la científica recogían las primeras pruebas cuando amaneció. Eran las siete y cuarto de la mañana. En la mente de Beth había un solo pensamiento: Nate quedaba descartado como sospechoso. Era materialmente imposible que fuera el asesino a no ser que tuviera el poder de la bilocación, y no lo tenía. Suspiró de alivio. Un suspiro tan profundo que todos la miraron.

—No hemos llegado a tiempo para Caroline Bradford —mintió acerca del motivo de ese suspiro, y se sintió realmente mal consigo misma por hacerlo.

—No, no hemos llegado a tiempo. Ha acelerado el ritmo de un modo vertiginoso. —Siguió Cristine con la reflexión de Beth.

—¿Y si no es obra de la misma persona?

—Podría ser Lloyd, no descartaremos ninguna hipótesis, pero esa herida mortal... es demasiado peculiar, es un sello de autor en sí misma.

El sonido del móvil de Lloyd interrumpió a Beth.

—Perdonad, tengo que cogerlo. —Se apartó unos pasos—. Señora Planchet, dígame.

—Tengo un nombre subinspector.

—¿Tan pronto?

—He pasado horas repasando las historias de los pacientes.

—Se lo agradezco.

Mildred Planchet era la directora del Upper East Side Cancer Center. Lloyd y Paul hicieron una visita con la foto de la segunda Jane Doe a última hora del pasado jueves. La señora Planchet le

explicó que habían tardado un día entero en mirar historia por historia y comparar la foto con las que guardaban ellos de cada paciente. Habló un par de minutos más con ella y antes de colgar le agradeció a todo el equipo del centro el esfuerzo que habían dedicado para colaborar con la policía.

—Beth, Cristine. —Ambas se dieron la vuelta—. Hemos identificado a la segunda Jane Doe. —Abrieron mucho los ojos, expectantes—. Terry Mitchel. Treinta años. Residente en Texas. Tenía un cáncer terminal. Había estado recibiendo tratamiento en el centro el viernes anterior, pero al ser de otro estado y no tener una nueva cita hasta dentro de quince días, en el centro nadie reparó en su desaparición.

—Porque en realidad no estaba desaparecida para el equipo del Cancer Center—dijo Beth—. Pero oye, en serio, hemos difundido la foto por televisión y en redes sociales, ¿nadie la reconoció? —Lloyd se encogió de hombros, no tenía explicación para eso.

—La directora del centro me ha comentado que vivía en un apartamento de alquiler. Al parecer su familia se opuso a que permaneciera aquí sola mientras le aplicaban el tratamiento, pero no podían hacer mucho más, era su deseo. La directora tenía órdenes de su hermana de que les avisaran si surgía cualquier tipo de problema.

—Ya.

—Oye Beth, no pongas esa cara. Yo tampoco lo entiendo, ¿vale? Parace como si lo estuviera justificando, pero la vida es así, nadie esperaba señales de vida suyas hasta dentro de unos días.

—¿No hablaba con su familia ni siquiera por teléfono? Es incomprensible...

—Bueno —dijo la agente especial Watson quitándose los guantes—, incomprensible o no, voy a anular mi vuelo a Los Ángeles. El Sr. Smith deja de ser objetivo, no ha podido ser él, y esto es prioritario. Beth, Lloyd, por favor, poneos en contacto con las familias de ambas víctimas.

—Una cosa más —quiso añadir Lloyd—. Era donante de órganos.

—Interesante, ambas eran donantes. —La inspectora Malone enarcó una ceja—. Ojalá tuviéramos más datos de la primera víctima. —De pronto el rostro de Beth se iluminó—. Cristine, ¿podrías cursar una orden de exhumación?

La agente del FBI se quedó mirándola con expresión pensativa.

—¿Para la primera víctima? —Beth asintió con la cabeza—. La pediré.

—¿Y qué nos va a aportar una exhumación? —preguntó Lloyd.

—Pues, para empezar, conocer si también tenía alguna clase de tumor. Tenemos que saberlo. Eso completaría el perfil. El tema de la enfermedad y el hecho de que sean donantes tiene que estar relacionado de algún modo. Si encontramos la relación puede que lo tengamos por fin a nuestros pies.

—No cantes victoria tan temprano —dijo Cristine—. Hay más interrogantes abiertos. Probablemente la chica del año pasado ni siquiera fuera su primer crimen. El uso de un objeto como este requiere de una especialización. Jamás nos habíamos enfrentado a este tipo de arma. Es alguien extremadamente inteligente, no se va a dejar atrapar de un modo tan sencillo.

—Si sigue precipitándose como hoy cometerá algún error, y ahí estaremos nosotros.

Lloyd tenía razón. Cometería algún error tarde o temprano.

—Mientras acaban aquí actualizaré el perfil y enviaré un informe a mi superior. Veremos qué dice la autopsia de Caroline Bradford, pero me juego lo que queráis a que tenía un tumor. —Concluyó la agente especial Watson.

Los tres se miraron, en el fondo, por fin aparecía un poco de luz al final del túnel. Beth y Lloyd se quitaron también los guantes de látex para ponerse los suyos. Todos tenían algo que hacer en la unidad. Ahora debían dejar trabajar a la científica para que pudieran retirar el cadáver lo antes posible de la vía pública. Aquello ya estaba lleno de mirones pese a ser primera hora de un sábado por la mañana. Entre ellos, Ryan Manner, que aún saboreaba su encuentro de la noche anterior con Betsy. Era la primera vez que encontraba a

una mujer que le seguía el juego hasta el extremo. Pero no, no, no, no, no quería conectar. No podía conectar, ahora no. Ahora que estaba tan cerca. Sacudió la cabeza con ese gesto inconfundible suyo. Una rubia le dio un empujón para poder pasar entre la multitud. Era Beth, alejándose de allí.

Hablar con los familiares de las víctimas era una de las habilidades que la inspectora Malone dominaba. Se vestía con su muro de distancia personal y llamaba al timbre o cogía el teléfono. Cuanto antes lo supieran antes podrían empezar a afrontar la pérdida.

☾ † ☽

La mañana se hizo tarde, y la tarde noche. En el cielo una luna brillante teñía de plata las calles de la ciudad. El timbre del apartamento de Elizabeth Clarkson sonó. No esperaba a nadie. Se puso un batín con motivos orientales que hacía juego con su pelo rojo y se acercó a la mirilla. Apoyado con un brazo en la pared y cabizbajo, al otro lado estaba el hombre que ocupaba su mente las veinticuatro horas del día. Dudó si abrir. Si lo hacía aquello ya no tendría vuelta atrás y, además, no sabía cuáles eran las intenciones reales de Ryan hacia ella. La noche anterior... bueno, había sido la primera vez que la película la protagonizaba ella en vez de estar sentada delante de la pantalla o del libro. En realidad, había sido su primera vez en más de un sentido. Abrió, todas sus entrañas le impulsaban a hacerlo.

—¿Puedo pasar?

Betsy hizo un ademán dándole permiso.

—¿Alguna vez te he dicho dónde vivía?

Ryan se rio con ganas y se echó el pelo hacia atrás con una mano, con la otra sostenía su abrigo y el mismo maletín de la noche anterior.

—Dónde vive alguien es algo realmente sencillo de averiguar Betsy.

No dijo nada después de esa respuesta. Cualquier otra persona se habría asustado, pero ella estaba descubriendo que le

atraía ese halo de oscuridad que envolvía a Ryan Manner.

—¿Una copa de vino?

—Por favor.

Ryan la siguió hasta la cocina. Estaba sorprendido, el tono de su voz había cambiado, su habitual tartamudeo y su verborrea habían desaparecido como por arte de magia. Era como si de pronto la Betsy que él conocía hubiera madurado diez años de golpe. Y así era. Se había sentido deseada, por el hombre al que amaba, y le gustó. Fuera hacia donde fuera aquella relación se había convencido de que ella no era el resto que nadie quería. Nunca más volvería a serlo. Y se lo debía a él.

Sirvió dos copas de un aromático vino blanco. Se sentaron en las altas banquetas de la isla de su cocina. Por entre el batín Ryan podía ver la piel blanca de sus piernas y deseaba volver a rozarla con sus manos.

—¿A qué debo tu visita?

—Betsy...

Ahora era él el que parecía inseguro, pero no era inseguridad, se sentía confuso. Más confuso que en toda su vida porque pese a lo que había tenido que vivir, siempre halló una explicación a cualquier suceso y circunstancia, o a quien culpar de sus desgracias. Pero esto era nuevo para él. Y se convertiría en una más de sus obsesiones. Ahora lo que le urgía era averiguar hasta dónde estaba dispuesta ella a saltar. Porque la vida de Ryan Manner era un salto hacia el más hondo y negro de los abismos.

—¿Sí? —dijo ella tomando un sorbo de la copa.

—Tan solo sentí la necesidad de venir.

Estaba siendo sincero, y eso no sucedía a menudo. La voz de su padre quería brotar de nuevo desde el interior de su cerebro, pero no se lo permitiría, ese momento era solo para él, nadie más en su cabeza. No escuchar, no escuchar, no escuchar.

—Ryan, si vienes para repetir lo de anoche... —articuló mirando el maletín—. ¡Ryan!, eo, ¿estás aquí?

—Sí, sí, perdona, quizás no debí venir, tienes razón, lo de anoche no quiso decir nada. Fue solo sexo sin compromiso, perdona. Seguro que estoy molestando, estarías preparándote para cenar.

Betsy se acercó a su boca, y le besó. El regusto afrutado del vino despertó su lengua, que recorrió la boca de Ryan, quien aceptó y devolvió su encendido beso.

—Me estaba preparando para darme un baño de espuma. Ryan, acompáñame, y no pensemos en qué va a pasar mañana. Ya no puedo pensar más, me volveré loca. Pero estás aquí, y quiero sentirte de nuevo dentro. Si eres capaz de dejar el maletín a un lado, por una noche. No es lo que necesito hoy.

Esto también era nuevo. Una mujer diciéndole claramente lo que necesitaba de él. Instrucciones sencillas y claras, fáciles de seguir. Dejaría el maletín, por una noche. Probaría qué le ofrecía ella. Era salvaje la atracción que estaba ejerciendo sobre él en ese momento.

Llevaron el vino hasta el cuarto de baño donde la bañera estaba llena de espuma hasta el borde. Una espuma con olor a vainilla y a bourbon. Ella le desnudó sin dejar de mirarle a los ojos y él le desató el batín, que resbaló por su tersa piel hasta caer en el suelo. Tenía curvas, era cierto, más que curvas, pero por algún motivo eso la hacía muy distinta a las demás. Esa noche ella, con su poca experiencia en cuestiones amatorias, le enseñó qué era hacer el amor, pausada y relajadamente, a ritmo suave. Queriendo de verdad verse reflejado en la mirada del otro. Y descubrió no solo que era delicioso, sino también sumamente excitante.

Después volvieron a la cocina donde él quiso cocinar algo de cena para los dos. Ella encendió unas velas.

—¡No, Betsy! ¡Apaga eso! —Betsy se asustó de la brusca reacción de su acompañante y le dio un rápido soplido a las llamas.

—¿Por qué? Son solo velas. —Él apartó la mirada y volvió a la cazuela de espagueti.

—No me gusta el fuego. Es peligroso.

Entonces ella recordó una quemadura que parecía cicatrizada hacía ya mucho tiempo en su nalga, una quemadura que tenía una forma extraña y que le había llamado la atención la noche anterior. También se había fijado en unas marcas en la espalda. Sin embargo no preguntó, no tenían esa clase de intimidad. Se acercó por detrás y alzando los pies alcanzó a poner la mano en su hombro.

Comprendió por el gesto de Ryan que algo terrible sucedió en su pasado, pero no era el momento de compartirlo, solamente de estar allí, a su lado.

Ryan sirvió la cena y Betsy llenó de nuevo las copas de vino. Y entre sorbo y sorbo llegó una pregunta que la abrió en canal.

—¿Volveré a verte?

—Claro —dijo ella de inmediato.

—¿Y cuando sepas quién soy de verdad?

—¿Tan terrible eres? —Él guardó silencio y el tartamudeo apareció de nuevo por un instante—. No... no tengas miedo de desnudar tus sentimientos delante de mí.

—No te conozco lo suficiente. Y aunque te conociera, no deseo compartir la tortura en la que vivo, la misión que me he impuesto, el dolor... —Volvió a callar. Ella no sabía muy bien qué contestar. ¿Dónde se estaba metiendo? El halo de oscuridad de Manner no era solo un atractivo halo de oscuridad romántica y gótica. Respiró profundamente.

—Ryan, no te pido nada. Comparte conmigo lo que te apetezca, y lo que no, no. De momento solo deseo sentir el roce de tu piel con la mía, excitarte y que me excites, mirarte a los ojos y perderme en ese mar. Sentir, es lo único que quiero, lo único que no he hecho hasta ahora. No deseo morir sin haber explorado todo lo que se puede sentir.

Él le quitó las gafas y la besó con la desesperación de un alma rota. Sus besos eran droga pura. Una droga muy dura.

—Quítate esas gafas, no te favorecen lo más mínimo. —Ambos rieron.

—¿Puedo proponerte algo? —preguntó ella.

—¿Qué pasa por tu cabeza?

Por la de él asomaban gritos, unos gritos escalofriantes. Los gritos de cada alma que se había cobrado intentando volver al momento de la pérdida devastadora de su madre. Intentando superar el dolor y al mismo tiempo evitar el calvario de esas chicas. Pero esto nadie lo comprendería, ni siquiera Betsy. Estaba tan cerca de aportar algo que cambiaría la ciencia para siempre... debía tener un extremo cuidado, ya se había descuidado lo suficiente la noche

anterior. Era la urgencia lo que no le dejaba respirar, se le acababa el tiempo. Era consciente de que la policía daría con él en algún momento. Pasaría algo por alto, algo que les conduciría hasta el laboratorio, o a su loft. No pensar, no pensar, no pensar. Betsy continuó hablando, aunque a él le costaba mantener la concentración en la conversación.

—¿Te quedas esta noche y usamos tu maletín de nuevo?

Esa pregunta captó su atención de un modo poderoso. Ahora le tocaba a él jugar, y era ella quien se lo había pedido.

CAPÍTULO 8
DOMINGO

Domingo, 03 de diciembre

Beth se levantó con un único pensamiento, era domingo. Odiaba los domingos, todos, sin excepción. Día de comida familiar con su madre, hermanos y amigos como Sam o Lloyd. Tenía que ir a la unidad, pero esta vez eso no podía ser la excusa para suspender la comida, aunque le hubiera encantado. Sentía que a cada minuto estaba más cerca de dar con el asesino y la adrenalina corría a raudales por sus venas. Hubiera preferido pasarse todo el día tratando de unir puntos sueltos, pero la agente especial Watson dejó muy claro que tanto ella como el subinspector debían descansar al menos unas horas y esas horas serían las de la tarde del domingo. Los quería a todos más que despejados para lo que la agente consideraba el último empujón. Beth rabiaba, podrían haber sido palabras suyas perfectamente, pero tan solo resopló cuando las escuchó salir de boca de Cristine, haciendo que los mechones de pelo que siempre se le salían de la coleta volaran como si alguien hubiera abierto una puerta y una ráfaga de aire hubiera atravesado la sala. Lloyd se dio cuenta y abrió mucho los ojos a modo de señal visual antes de que su compañera empezase a gesticular en exceso, como solía ocurrirle cuando algo la contrariaba. No debían ponerse a malas con el FBI. Comprendía su actitud, pero no la compartía.

Antes de salir de su apartamento Beth recogió un poco el desorden reinante, un poco, no demasiado, si no su madre pensaría que le pasaba algo. Y ese algo que no quería compartir con los demás se llamaba Nathaniel O´Reilly. Se dio prisa en meter toda la ropa que había tirada sobre la cama en el armario, llegaba tarde. Cogió el bolso, las llaves y el móvil y solo paró para coger un café, el de la unidad era malísimo. Mientras esperaba a que la atendieran en

la cafetería recordó la llamada de Nate esa mañana, de madrugada aún en Los Ángeles. Regresaba a Nueva York esa misma noche. Le había prometido que se acercaría por la comisaría para prestar declaración voluntaria. En opinión de Beth ahora más que nunca debía aclararse todo, quedaba descartado como sospechoso del asesinato de Caroline Bradford, pero mientras que no atribuyeran los tres crímenes a la misma persona no estaba a salvo cien por cien. Todos los poros de su piel le decían que realmente él no era ese monstruo, tal y como Nate no se había cansado de repetir durante un año. La investigación cada vez lo alejaba más de esa hipótesis, aunque seguía ocultando algo, podía olerlo a kilómetros. En esa llamada también la había invitado a hacer una visita a Raven´s Manor, debía pasarse por Millwood sin falta y quería ir con ella. Beth no le había contestado, ni sí ni no, quería pensarlo. Nadie podía saber que tenían ningún tipo de relación hasta que no se esclareciese todo, ir con él a casa de su madre no era muy buena idea. Lo que había surgido entre ambos era algo que Elizabeth Malone no esperaba, no deseaba, no buscaba. Y pese a lo que sentía cuando le miraba, se obligaba a sí misma a considerar que lo único que había entre ellos era sexo, una relación pasajera, como todas las que había tenido en su vida. Una obligación que la llevaba al engaño más absoluto, pues tan solo escuchar pronunciar el nombre de Nate su corazón daba un vuelco.

Aquella mañana ella no fue la única que tuvo que trabajar, Sam Hickins terminó de redactar el nuevo informe forense. Le consolaba que al menos esta vez sí tenían un nombre. Mismo tipo de arma, misma sustancia misteriosa adherida al desgarro de las membranas, sin agresión sexual. Pondría la mano en el fuego, era el mismo tipo. Sí, cierto, no le había dado tiempo a preparar el escenario con esa especie de ritual macabro que venía utilizando, pero era él. Así se lo comunicó a Beth y a su equipo cuando se acercó a entregar el informe en persona. Y se acercó porque quería conocer a la mujer de la que últimamente no paraba de escuchar hablar, Cristine Watson. Sentía curiosidad. Lloyd le había comentado que tenía babeando a toda la unidad, aunque su carácter parecido al de un demonio hacía que nadie se le acercara ni a ofrecerle un café.

Cuando uno piensa en un agente del FBI, aunque sea femenino, no piensa en semejante belleza, es la conclusión a la que llegó cuando la vio; esa mujer tenía mirada de pantera, uno se la imaginaba igual de salvaje en todos los aspectos de la vida. Entendió por qué no se llevaba bien con Beth. Eran dos enormes icebergs chocando entre ellos. Sam comentó con la agente especial Watson un par de cosas sobre el caso y después se marchó, tenía que estar a las dos en casa de Beth y quería llegar puntual. No es que la pequeña de los tres hermanos Malone preparase una comida excelente, pero ellos y su madre eran como la familia que él nunca tuvo, se quedó viudo muy joven y cuidó solo de su hija, que ya era una mujer independiente. Pasar parte del domingo en su compañía compensaba el exceso de soledad que vivía el resto de la semana. Las bromas, las risas, las discusiones, el empeño de Cloe por que su hija enderezara su vida sentimental. Se hacían mayores, y ella quería un nieto. Ninguno de sus hijos le había dado uno a estas alturas de su vida, y estaba cansada. Iba perdiendo las fuerzas, su fuerza vital. Ocupar el vacío que había dejado su marido al morir en la vida de sus hijos y además el suyo propio le estaba pasando factura. Sam se daba perfecta cuenta de ello. Él mismo había estado todo cuanto había podido para ellos. Sin embargo, seguían echando de menos a Henry. Una redada mal organizada, un mal lugar sin cobertura de los compañeros, una bala perdida que le atravesó el corazón y rompió el de sus seres queridos en mil pedazos. Henry siempre se exponía en exceso y el jefe forense Hickins siempre se lo advirtió. Hacía ya mucho de aquello, pero nadie conseguía olvidarlo. Sam estaba convencido de que el rechazo patológico al amor por parte de Beth era consecuencia de ese trauma. No quería correr el riesgo de perder a alguien más en su vida, pero era tan cabezota como su padre, y jamás lo reconocería en voz alta. Y al igual que sabía esto, sabía que los esfuerzos de Cloe por acercar a Beth y a Lloyd no darían fruto. Él era un buen muchacho, pero no parecía el hombre de su vida. Sería un excelente marido y padre para alguien, pero ese alguien no era ella. Entendía la exasperación de Elizabeth cada vez que su madre sacaba el tema y a la vez deseaba que el subinspector

Conoly encontrara pronto a otra mujer, porque de lo contrario, arruinaría su vida esperando a Beth.

Lloyd finalmente decidió llevar la planta, ya la había comprado y él no quería plantas en su casa, era incapaz de cuidar a otro ser vivo. Beth tampoco, pero al menos su madre se la regaría los domingos y aportaría algo de luz a aquel apartamento en el que ella no ponía ningún cuidado, no tenía tiempo. No era muy grande: una cocina que quedaba escondida tras unas puertas que parecían las de un armario, un salón con televisión, muchos libros, y una cama que nunca estaba hecha, excepto los domingos. Lloyd había estado en esa casa las suficientes veces como para saber que solo la hacía los domingos. El baño en el último rincón del espacio, que tenía planta cuadrada y estaba prácticamente abierto como un loft. Sin terraza ni balcón.

Al llamar al timbre le tembló un poco la mano, cada músculo del cuerpo del subinspector estaba invadido por el dolor de la pérdida de lo que nunca se ha tenido, pues así percibía él la situación. El corazón de Beth era de otra persona, no hacía falta que se lo contara. Ahora solo quedaba responder la pregunta de si debía seguir manteniendo las apariencias y continuar con una amistad que dolía, o apartarse. Si no la veía quizás dejase de sufrir.

—Estás aquí, ¡por fin! ¡Pasa! Mi madre me está volviendo loca y solo hace cinco minutos que ha llegado —dijo Beth tirando de la manga de su gabardina.

—¡Lloyd! Qué bueno verte por aquí querido.

—Gracias Cloe. —La señora Malone se abalanzó sobre él para darle dos sonoros besos en las mejillas, que traía heladas de la calle.

—Estás congelado muchacho, acércate al radiador. Trae la planta, ¿es para mí?

—Bue... bueno, era para Beth —dijo Lloyd pasando la mano por su negro cabello. Siempre lo llevaba peinado hacia atrás y con algo de volumen, y el viento arruinaba casi por completo el tiempo que había empleado delante del espejo.

—¡Beth! ¡Oye Beth! ¡Lloyd te ha traído un regalo!

—Mamá, no hace falta que grites, te oigo perfectamente. Gracias Lloyd. —Cogió la planta y la observó pensando dónde la pondría y en por qué su compañero le hacía un regalo tan poco práctico—. ¿Comemos?

—Así que he llegado el último.

—No pasa nada —le susurró Beth al pasar a su lado mientras terminaba de llevar la comida a la mesa.

Sus hermanos ya estaban sentados desde hacía un buen rato, eran de buen comer, no les importaba tanto la calidad como la cantidad. Ninguno de los dos quiso seguir los pasos de su padre. Nick era periodista, trabajaba en un diario cubriendo sucesos, su pluma era tan afilada que pronto ganó un puesto fijo; y Henry, que heredó el nombre de su padre, tenía un negocio de reformas. Entre ellos se llevaban bien, siempre contaron los unos con los otros, no había ninguna clase de envidia o complejo por el hecho de que la pequeña de la familia ocupara ya el cargo de inspectora en el cuerpo. Muy a menudo era Beth la que acudía a Nick en busca de un pequeño chivatazo.

—¿Qué hay para comer? —preguntó Lloyd.

—Mi especialidad.

—¿Perritos del Gray´s Papaya? —Ella asintió—. ¡Beth!, ¿en serio?

—Hija...

—No quiero que nadie diga un solo pero al respecto, no he tenido tiempo de cocinar y Lloyd y Sam son testigos, os pueden decir la mañana que hemos tenido.

—Eso es cierto —afirmó Sam.

—¿Cómo lleváis la investigación? —preguntó Nick a todos los implicados en ella, aunque fue Beth la que contestó.

—¿Preguntas como hermano o como periodista?

—Como ciudadano preocupado.

—Pues no te preocupes tanto, no eres una mujer joven con el cabello pelirrojo.

—¡Beth, hija! ¡Eso ha estado muy feo!, tu hermano solo pregunta y creo que es algo que nos preocupa a todos. Sobre todo porque sois vosotros tres los que estáis trabajando en ello.

Beth miró a su madre.

—Tienes razón mamá, perdona Nick. No podemos comentar nada del caso y menos con un periodista sentado a la mesa, no te lo tomes a mal hermano.

—Tú misma, de aquí no va a salir nada, parece mentira que no me conozcas.

—En realidad no hay mucho que comentar, aún —apuntó Lloyd para aliviar la tensión—. Nada que no sepáis ya por los medios.

—Tenemos un par de puntos a los que no encontramos conexión y de algún modo tienen que estar conectados. La forma en la que elige a sus víctimas es lo que me obsesiona. Eso es lo que nos llevará hasta él. No podemos revelar más datos de la investigación, lo siento. —Remató Beth.

—No has revelado nada hermana. Sé que es una obviedad, pero... —intervino Nick de nuevo—, ¿habéis comprobado las cámaras de seguridad del área?

Lloyd y Beth se miraron mutuamente.

—Sí Nick —contestó Lloyd—, las hemos comprobado mil veces. No sé cómo se las apaña este tipo, pero no hay ni una sola imagen que nos induzca a pensar que estamos viendo al puto asesino. Es como si fuera invisible.

—¿Algún vehículo sospechoso?

—Seguimos la pista de una furgoneta, una Dodge Ram negra de 1999—contestó Lloyd.

—¿Matrícula? —Ambos negaron con la cabeza.

—Sin identificar. ¿Quieres cambiar de trabajo Nick?, te fichamos rápidamente.

—Graciosa —dijo su hermano sacándole la lengua en señal de burla—. Lloyd, ¿habéis seguido la trayectoria de la furgoneta a través de las cámaras de carretera?

—Estamos en ello Nick. Estamos cerca. Ese cerdo no va a escapar esta vez. Beth, bajo a fumar.

—Bien, pero empieza a pensar en dejarlo si quieres encontrar esposa.

Lloyd sonrió irónicamente, tenía cierta gracia que esa frase saliera de su boca. Los demás seguían comiendo, él no tenía mucha hambre, pero sí una necesidad enorme de nicotina. Se puso la gabardina. De pronto Beth quiso bajar con él, aunque ella no fumaba.

—En serio, déjalo ya Lloyd, es un vicio horrible.

—Lo tengo en la lista muñeca.

Beth le dio un puñetazo en el brazo, no le gustaba nada que emplearan la palabra «muñeca» con ella, y precisamente por eso lo hacía él.

—¿Qué te pasa? Llevas unos días raro y no es por el caso.

—Podría decirte lo mismo amiga. ¿Cómo se llama?

—¡Lloyd!, eso no es asunto tuyo.

—Pues yo creo que sí lo es si te afecta de algún modo. Somos amigos Beth, y solo amigos porque así lo quieres tú.

—¿En serio deseas tener esta conversación ahora?

—¿Por qué no? —dijo exhalando el humo del cigarro.

Ella le miró detenidamente, le quedaba bien el aire de tipo duro con la gabardina y el tabaco, aunque ya no se llevara nada. No quería hacerle daño, sabía lo que sentía por ella, aunque se hiciera la tonta. Alguna vez habían hablado por encima del tema, o con dardos tirados con ironía dialéctica, pero nunca en serio, era la eterna conversación pendiente entre ellos.

—Lloyd, te quiero, pero no en el modo en el que tú desearías. —Le tocó el brazo apretando con fuerza—. Lo sabes, no me digas que no. Llevamos siendo compañeros muchos años y hasta ahora no ha pasado nada, eso debería indicarte lo que hay.

—No me compadezcas Beth, no lo soporto. Lo sé, pero todo mi cuerpo se rebela contra esa certeza.

Sus ojos verdes brillaban, estaban conteniendo las lágrimas. Pese a la fama de subinspector estoico que tenía, poseía un corazón sensible que en esos momentos sangraba igual que si lo hubieran desgarrado en jirones.

—¿Por eso has estado así estos días? ¿Porque piensas que estoy con alguien y te escuece?

—¿Que me escuece? Elizabeth Malone, tienes la delicadeza de una piedra, ¿te lo había dicho alguien alguna vez? Eso de la empatía no va contigo.

—Perdona si suena muy brusco. De verdad que no creo que sea buena idea hablar de esto, yo solo quería saber si te encontrabas bien.

—Pues no, no me encuentro bien. He venido por tu familia y por Sam, pero sinceramente no tenía ganas de estar aquí hoy. —La miró—. Me mata la situación Beth. Estoy pensando en pedir un traslado.

—Un... ¿un traslado? —parecía asombrada.

—Quizás sea lo mejor. Solo espero que él te merezca, y que te haga feliz. —Ella estaba tan en shock por lo que acababa de escuchar que no acertaba a decir palabra alguna. Lloyd tiró la colilla al suelo y la pisó con fuerza—. No voy a volver a subir, despídeme de los demás. Te veo mañana en la unidad.

—Lloyd...

Él se dio media vuelta y se alejó hasta que se confundió entre la multitud. Empezó a llover y ella salió del estado de trance, volviendo al apartamento. Lloyd quería correr, alejarse de Nueva York, y de ella. Finalmente, una lágrima venció la contención y resbaló por la mejilla. Se la limpió con la manga de la gabardina y siguió deambulando hasta que paró un taxi. No iba a volver a casa, se detuvo en un bar, en el primero que encontró camino de ninguna parte.

CAPÍTULO 9
ENCUENTRO INESPERADO

Domingo, 03 de diciembre

Lloyd pidió un bourbon, la bebida favorita de Beth, y con el paso del tiempo, la de él porque le recordaba a ella. Esa mezcla de vainilla y pimienta negra era perfecta para ahogar las penas. Se preguntaba a sí mismo cómo podía ser tan estúpido, por qué había tenido esa conversación. Salió de su boca sin su permiso, traicionándole. No había reparado en el bar al entrar, ni siquiera se había quitado la gabardina y chorreaba agua formando un pequeño charco debajo de su asiento en la barra a medida que las gotas de agua resbalaban por el tejido. Alzó la vista, seguro que era alguno de esos bares que se ponen rápidamente de moda, estaba hasta los topes. Mucho neón y poca luz natural, música al volumen que te estalla por dentro como los golpes de un tambor cuando estás muy cerca. Alguien se aproximó haciéndose hueco en la barra a su lado a empujones.

—¡Conoly! —Lloyd pensó que alucinaba, aunque aún era pronto, no se había tomado siquiera la primera copa. Era la agente especial Watson la que estaba frente a él.

—Cristine, ¿qué haces aquí?

—¿Y tú?

—Yo pregunté primero —dijo Lloyd apurando el líquido que quedaba en el vaso.

—Necesitaba despejarme un poco. ¿Te pido otro? —Él asintió—. ¡Dos más por aquí! ¿No estabas en una comida con la inspectora?

—Estaba.

—Bien. —El camarero les llenó el vaso a ambos, bebían lo mismo—. No quieres hablar.

—No, no me apetece mucho.

—Bebamos en silencio pues, si no te importa que me quede contigo.

—Adelante —dijo Lloyd invitándola a quedarse con un gesto de su mano derecha.

No hablaron, pero Cristine Watson entabló con él el lenguaje de las miradas. Le parecía un hombre muy atractivo y estaba acostumbrada a ser ella la que elegía con quién estar.

—¿Por qué me miras así?

—Porque me gustas. —Lloyd no puedo evitar echarse a reír con ganas. Era completamente absurdo e irónico. La mujer a la que amaba acababa de rechazarle como quien se deshace de una pesada mosca, y sin embargo tenía delante a un monumento diciéndole que le gustaba—. ¿Es gracioso lo que he dicho?, yo también quiero reírme.

—No es gracioso Cristine. Simplemente me parece perfectamente demencial.

—Vas a conseguir que me sienta ofendida. —Lloyd la miró, y como si otra persona siguiera actuando en su nombre, pasó su mano por la nuca de Cristine, acercándola a él, y la besó como si se estuviera abriendo un abismo bajo sus pies y fuera a tragárselos de forma inmediata. Cristine respondió a ese beso con la misma intensidad. De pronto Lloyd paró.

—Perdona, perdona, perdona, yo... Es esta música, la bebida...

—Pues no lo sientas. —Esta vez fue ella la que acercó su boca a la de él y continuó con ese beso espontáneo y sin sentido. Ambos lo necesitaban.

Siguieron bebiendo y besándose hasta que la potencia del momento los llevó a la parte trasera del bar. No podían ver lo que había alrededor, solo podían sentir las manos del otro acariciando, buscando ansiosas las zonas prohibidas, codiciando con fuerza el aroma de esa piel que aguardaba bajo la ropa. Ella no había tenido en su vida un encuentro de esa naturaleza, era más de sábanas de satén y ambientes perfumados, pero no podía esperar, solo tuvo que desabrocharle el cinturón del pantalón para que él entendiera qué era exactamente lo que ella quería, y no le importó dárselo. Quién le

habría negado placer a semejante diosa. Cuando terminaron él la miró y lloró de nuevo, lloró como un hombre con el corazón destrozado.

—Lloyd, ¿estás bien? ¿No te habrás sentido presionado? A veces puedo ser un poco... intensa.

—Como una pantera —dijo él hipando—. Estoy bien Cristine, no es por ti. Ni por lo que acaba de pasar.

—Ya... tu corazón no está libre, ¿no es eso?

—¿Tanto se nota?

—Bueno, te recuerdo que soy agente del FBI, creo que sé leer el lenguaje corporal. No te preocupes Conoly, esto es lo que es, un calentón resuelto. —La expresión le hizo gracia y en su rostro apareció una medio sonrisa—. Volvamos a la barra. ¿Quieres hablar?

—Mejor nos tomamos la última sin hablar, por lo menos sin hablar sobre mí. Ahora mismo solo quiero olvidar.

La tarde se hizo noche. Ella se preguntaba si el cuerpo de policía estaba formado por personas con un temple especial que aguantaban la bebida mejor que cualquier otro ser humano. Cuando salieron del bar le acompañó hasta su piso. Él la invitó a subir. Seguía sin querer hablar, seguía sin querer pensar, ni en Beth, ni en el caso, solo quería sentir a Cristine desnuda bajo las sábanas, abrazándole. No quería más sexo. Simplemente un abrazo. A ella le pareció bien, era una petición extraña, qué duda cabía, nunca se había encontrado con un hombre así, que quisiera cambiar sexo por un abrazo nocturno, pero pensó que por el motivo que fuera, debía de necesitarlo mucho, y pasó la noche desnuda, junto a un Lloyd también desnudo, abrazándole.

Cuando amaneció se despertó y pensaba salir del piso sin que él se diera cuenta, pero cuando salió de la cama él lo notó y abrió los ojos.

—¿Ya te vas mi diosa de ébano?

—¿Diosa de ébano?, nunca me habían llamado así —dijo mientras se abrochaba los botones de la camisa.

—No te vistas aún, por favor, quiero disfrutar de las vistas un poco más.

—No juegues conmigo Conoly, si tienes el corazón ocupado yo no tengo sitio ahí dentro. Tampoco lo pretendo. Y además hay que volver al trabajo.

—Ni de broma sin un café. —Saltó como si tuviera un resorte instalado en el colchón—. Un café sí me aceptas, ¿no?

—Bien, un café, te vistes y nos vamos. Cada uno por un lado, no quiero que nos vean llegar juntos.

—Como ordene jefa. —Ella le tiró la almohada a la cabeza.

—¡No soy tu jefa!

Lloyd preparó un poco de café y pan tostado. «¿Cuánto tiempo llevo sin tomar un desayuno así?», pensó Cristine.

—Mmmm, este café está de muerte. Lloyd.

—Dime.

—Estamos cerca.

—Lo sé.

—Ayer revisé todo de nuevo, punto por punto. Y cuando estaba con ello me llegó un aviso, hemos localizado la furgoneta.

—¿Y me lo dices ahora?

—No te alegres tanto, el dueño vendió el vehículo y aún sigue a su nombre, el comprador no ha cambiado los papeles.

—Era de esperar. No obstante, habrá que hablar con el él, puede que nos cuente algo que nos ponga en la pista.

—Hay que intentarlo, no podemos dejar ni el más mínimo recoveco sin investigar. No te lo dije ayer porque no era el momento. —Cristine le miró unos segundos en silencio.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una mirada penetrante? —Ella sonrió.

—Muchas veces, no te creas tan original Lloyd Conoly. Vamos, tenemos trabajo para hoy, hay una visita que debemos hacer.

CAPÍTULO 10
RAVEN´S MANOR

Lunes, 04 de diciembre

La tensión entre Lloyd y Elizabeth se podía cortar con un cuchillo. En la unidad el personal casi no se atrevía a hablar. Los observaban como quien está viendo un partido de tenis, era evidente que algo pasaba, aunque no atisbaran a adivinar qué. Si las miradas matasen alguien habría muerto esa mañana. Él no podía comprender la poca sensibilidad que tenía Beth con respecto a sus sentimientos, y ella no podía entender cómo su compañero del alma pensaba abandonarla solo porque no le correspondiese de un modo romántico. Sentido y sensibilidad. Lloyd tenía la que le faltaba a Beth, y Beth el que Lloyd no era capaz de encontrar.

Cristine puso al día a todo el equipo. Había bautizado la operación como «Blue Lagoon», por la ubicación donde eran encontradas las víctimas. Habían hablado con el dueño de la Dodge Ram de 1999, David Miller, por fin. Costó revisar las cámaras de interés, pero pudieron conseguir una imagen nítida de la matrícula. Esa furgoneta estuvo por la zona los días en los que aparecieron asesinadas Terry Mitchel y Caroline Bradford, no podía ser una simple casualidad. La agente especial Watson también les informó de que había recibido la aprobación para exhumar el cadáver de Jane Doe #23-7431. Esta podría llevarse a cabo en un par de días, el personal del cementerio de Hart Island, donde estaba enterrada, no tenía hueco para hacerlo antes, pese a la orden. Cristine dio por finalizada la reunión y Lloyd, Beth y ella misma se fueron a visitar a David Miller.

La visita al propietario de la Dodge les había puesto en el camino de una primera identificación física del sospechoso, por primera vez durante toda la investigación. Había sido un buen

negocio, según el señor Miller: se la habían comprado por cinco mil dólares más de los que él pedía, pero dadas las prisas del comprador, había sido un trato justo. Insistió en hacer él el cambio de papeles en Tráfico. Obviamente aún no lo había hecho. David Miller no vivía en la ciudad de Nueva York, sino en una pequeña población a unos cincuenta kilómetros al suroeste, y no le hizo ninguna gracia la idea de tener que ir a que un dibujante hiciera el retrato robot con lo que él recordaba de aquel día. Hacía ya un año que había vendido el vehículo y las imágenes de ese hombre andaban un poco difusas en su mente, tampoco le habían dicho que tuviera que retenerlas para la policía, sin embargo, cuando le informaron de que podía pasar a ser sospechoso de los crímenes ya que en realidad solo tenían su palabra acerca de lo sucedido con el vehículo, se mostró más colaborativo y les dio una primera descripción que Lloyd apuntó en su libreta: alto, delgado pero con los brazos musculosos, se fijó porque los llevaba muy tatuados. Al principio pensó que sería un motero porque tenía una larga barba pelirroja y el pelo rapado. Gafas de sol que no se quitó en ningún momento. Vestía vaqueros y una camisa azul de cuadros, «como las de los leñadores», dijo el señor Miller. No recordaba más detalles, el dibujante le ayudaría a hacer memoria, pensó Beth. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la inspectora en ese momento y se frotó los brazos con las manos para entrar en calor; Lloyd se dio cuenta y tuvo un primer impulso de quitarse su abrigo y ponérselo por encima, pero se contuvo, tenía que empezar a dejar de pensar en Beth por encima de sí mismo. Beth sin embargo solo tenía en la cabeza en aquella furgoneta donde se habían transportado los cadáveres de las chicas para dejarlas en el parque, muy probablemente la habría utilizado también para secuestrarlas y usarlas de modelo para sus cuadros. Cada vez se dibujaba con más claridad el *modus operandi* del asesino del puñal de hielo. «Blue Lagoon, menuda estupidez de nombre», pensaba Beth.

Cuando regresaron a la unidad otra noticia había llegado: el laboratorio había determinado que la extraña sustancia adherida a los tejidos desgarrados de las víctimas era polvo de diamante. Polvo de diamante sintético, en este caso, fabricado mediante HPHT. La

estructura atómica era idéntica a la del diamante natural: carbono puro, con enlaces covalentes tetraédricos que formaban una red cristalina extremadamente fuerte. Cristine convocó a todo el equipo que llevaba el caso a una reunión de inmediato. Se armaron de café y fueron entrando en la sala. Lloyd le llevó una taza a Cristine, cosa que nadie hasta ahora se había atrevido a hacer. Ella le sonrió en vez de tener cualquier otro tipo de reacción y eso llamó la atención de Beth, «¿desde cuándo Cristine Watson sonríe a la gente? ¿Desde cuándo sonríe a Lloyd?», cogió su taza con el ceño fruncido y también entró. Por un momento el caso desapareció de su mente, recordó las palabras de Lloyd del día anterior. Beth no había sabido explicarse como a ella le habría gustado, y desde luego que no quería que él sufriera, pero se preguntaba cómo podía haberle dicho tan abiertamente que la amaba y un día después dedicarle una sonrisa a otra mujer. Movió la cabeza de un lado a otro como para liberarse de ese pensamiento, después de todo, no tenía derecho a sentir ni el más mínimo atisbo de celos o resentimiento, igual de abiertamente ella le había rechazado. La vida sentimental de Lloyd, por mucho que fueran amigos y compañeros, era solo cosa suya. Sería muy poco razonable que ella le reprochara algo en ese sentido.

—¿Ya estamos todos? —dijo Cristine mirando el aforo de la sala, para asegurarse de que no faltara nadie, y comenzó a hablar—. Bien, el laboratorio ha identificado el elemento utilizado en el arma empleada en los crímenes que nos quedaba por conocer. Nuestro asesino endurece el hielo seco con polvo de diamante. Ya habéis visto el resultado de su uso en el cuerpo de las víctimas. Además, es altamente probable que esté empleando un puñal de nieve carbónica por cada víctima y deje que este se sublime después para hacer desaparecer el arma, lo cual quiere decir que tiene los medios para deshacerse del puñal y crear otro nuevo entre asesinato y asesinato. Este tío es fuerte, es inteligente, tiene conocimientos de anatomía y de química y de algún modo está relacionado con el Upper East Side Cancer Center y con sus pacientes, enfermos de cáncer en estadio cuatro que además son donantes de órganos. No solo tiene conocimientos de química, puede utilizar compuestos químicos. Necesitamos un listado de todos los laboratorios que empleen polvo

de diamante y nieve carbónica. Puede que sea alguna industria o empresa de transporte de órganos, pero si tiene un acceso tan abierto a estos dos elementos juntos y a la información de este tipo de pacientes como para seleccionar a sus víctimas de entre ellos, la intuición me grita que trabaja en un laboratorio. Puede ser laboratorio de investigación o de cualquier otro tipo, ahora mismo necesitamos indagarlos todos. ¡Quiero esa lista para ayer! ¡Williams!

—¿Agente Watson?

—Encargaros tú y Daniels.

—Ahora mismo —contestó Williams, y él y su compañero salieron de la sala como alma que lleva el diablo.

—Conoly, tú y yo iremos al Upper East Side Cancer Center, hablemos de nuevo con su directora. Malone, tú quédate en la unidad con los demás y empezad a llamar a todos los comercios donde pueda adquirirse cualquier objeto que pueda conservar nieve carbónica.

Beth también salió de la sala, pero dando un portazo, no soportaba que la agente especial Watson siguiera dándole órdenes sin tenerla en cuenta para nada. «Son mi unidad y mi caso, no el de doña agente del FBI». «Se le ve el plumero, ¿por qué se va con Lloyd y no conmigo?». No se iba a quedar allí parada, dejó instrucciones muy explícitas para que los agentes disponibles llamaran a esos comercios y se fue a buscar a Nate, lo traería para que prestara declaración de una vez, se lo había prometido, y realmente la investigación se estaba acelerando, era preciso limpiar su nombre.

Cuando llegó a su casa lo encontró con un vaso de bourbon, mirando por la ventana, llovía. Llamó al timbre y él abrió. Ella lo besó, cuánto había anhelado el sabor de su boca.

—Para, para, para princesa. Estamos en la calle y pueden vernos. Entra. —Beth entró.

—Tienes razón, no me puedo dejar llevar por estos impulsos en público.

—¿Por qué estás aquí a estas horas? ¿Y el trabajo?

—Me han dejado en segundo plano en la investigación, por lo menos por hoy, así es que quería aprovechar el tiempo para algo

mejor. Vengo para llevarte a que hagas tu declaración.

—Beth, ahora no puedo, tengo que ir a Millwood, te lo dije, te pedí que me acompañaras de hecho.

—¿Y no puedes ir en otro momento? Nate, hay que eliminar tu nombre de la lista de sospechosos cuanto antes.

—¿Qué temes? —dijo Nate acariciando la mejilla de Beth—. Yo no lo he hecho. No hay nada que temer. ¿Quieres uno?

No esperó siquiera a que ella contestara, fue al mueble bar y le llenó un vaso. Volvió a acercarse a la ventana de la cocina.

—El tiempo pasa más despacio cuando se ve a través de un cristal, ¿no crees?

—Nate, ¿qué pasa por tu mente?

—Nada princesa. —Dejó el vaso en la encimera de la cocina y la abrazó por detrás, meciéndola al compás de una inexistente música—. Nada.

—Bien, ¿vienes conmigo a la unidad?

—Iré contigo, pero antes debo ir a Millwood. Acompáñame, estaremos de vuelta hoy mismo. No quiero quedarme allí de noche. Hay demasiados fantasmas.

—Vale, creeré que lo dices figuradamente. Iré contigo, pero después sea la hora que sea prestarás declaración.

—Te lo prometo —dijo susurrando a su oído.

—Conduciré yo, no he tocado el bourbon.

Se pusieron en marcha. Subieron al coche de Beth, un Camaro negro que fue de su padre y ella adoraba. Tomaron la I-87 N y después la Sprain Brook Parkway. Se tardaba apenas una hora aunque parecía un trayecto mucho más largo. A medida que se acercaban a Millwood el paisaje cambiaba por completo, como si estuvieran en otro mundo. Los árboles desnudos eran más finos y nudosos y sus ramas se retorcían en formas imposibles. La lluvia se intensificó tanto que Beth tuvo que salir de la carretera y hacerse a un lado del arcén, en un pequeño claro de donde salía un camino que parecía llevar hacia un bosque.

—Ya estamos cerca. Beth, tengo que prevenirte antes de que pongas un pie en Raven´s Manor.

—¿Prevenirme?

—Acerca de mi madre.

—Ya me avanzaste aquella noche en el bar de Pete que era una arpía, ¿lo recuerdas?

—Cómo olvidar aquella noche, pero no sé cuánto te hablé sobre ella. Es altiva, distante, dominante, quiere controlarlo todo y no te da tregua si quiere conseguir algo. Mi familia es un tanto... especial.

—No me asustes, ¿como cuánto de especial?

—Agatha no te dará una bienvenida agradable, pero no te dejes intimidar. También estará mi hermana, Caitlin, que hace años que no quiere tener contacto con nadie y solo sale de la mansión en contadas ocasiones; tampoco creo que desee entablar relación contigo.

—¿En serio? —Nate asintió con la cabeza—. ¿Y a quién más voy a encontrarme?

—Al servicio.

—¿Tenéis servicio?

—En una mansión tan enorme hay que tener servicio Beth. Además, mi familia no sabría apañárselas sin ellos.

—Siempre habéis tenido dinero, ¿verdad?

—Siempre.

—Bien, creo que sabré manejarme, ¿recuerdas que soy inspectora? Me he enfrentado a asesinos Nate, tranquilo, estaré bien —dijo poniendo una mano sobre su pierna, para reafirmar con ese gesto su afirmación. Nate suspiró.

—Eso espero.

—Parece que ha bajado un poco la intensidad de la lluvia, pongámonos en marcha.

Retomaron el camino y a los quince minutos Nate le avisó de la salida que debía coger, habían llegado a Millwood. Una vez allí había que tomar la escarpada colina llena de curvas que llevaba hasta la mansión. Beth observaba todo lo que la rodeaba con curiosidad. Tuvieron que dejar el coche al pie de la verja metálica que comprendía la totalidad del perímetro; la edificación estaba sobre otra colina más y solo se podía acceder a pie, subiendo escaleras. En lo más alto de la loma se veía la imponente Raven´s

Manor, con sus pináculos y sus chimeneas extrañas. Desde los grandes ventanales que recorrían todo el inmueble se podía contemplar Millwood entero, así como sus dos lagos, Still Lake y Shadow Lake. Beth oyó graznidos, miró al cielo, una cantidad inquietante de cuervos sobrevolaban por encima de ellos. En una de las dos columnas de piedra que sostenían la puerta, estaba grabado el nombre que anunciaba dónde estaban a punto de entrar. Beth se fijó en que en una de ellas faltaba un farol. Nate sacó unas llaves con las que abrió la verja. Las escaleras parecían perderse camino de las alturas, a los lados nada con lo que ayudarse, solo piedras, hierbas y musgo cubriéndolas; ella pensó lo difícil que sería cuidar aquel jardín, si es que a eso podía llamársele jardín. Él comenzó a subirlas y le tendió la mano.

—Vamos, no son tantas como parecen.

La inspectora Malone no salía de su asombro. Aquello era... indescriptible.

—¿Y cómo hacéis para subir las bolsas de las compras por aquí? —El rio.

—Lo hace Lawrence.

—¿Lawrence?

—Nuestro mayordomo.

—Pues pobre hombre.

—Hay un acceso más directo desde la parte trasera, pero quería que vieras la mansión desde aquí, es una vista que no se olvida.

Tras la puerta, un amplio hall se perdía en una escalinata de mármol brillante y pulido que se bifurcaba a derecha e izquierda. La balaustrada era de madera de roble con un tinte negro como noche sin luna. En el rellano en el que tenía lugar la bifurcación entraban raudales de luz a través de unas ventanas lobuladas. Donde ellos se encontraban se intuían más estancias por todos lados, como un laberinto que invitaba a perderse en él. Sin tardar mucho algo más llamó la atención de Beth: una mujer altísima, rubia, con el pelo recogido en un moño alto, con un elegante traje negro y un colgante con una esmeralda, bajaba las escaleras. Su rostro era adusto, con arrugas que denotaban el paso del tiempo

pero que habían dejado intacta su belleza original. Su piel era muy blanca, como la de Nate. No hizo falta que él le dijera quién era. Agatha Raven no necesitaba muchas presentaciones.

—Nathaniel.

—Madre.

Nate se acercó y le besó la mano que Agatha había extendido previamente. Era el modo en el que la familia O´Reilly se saludaba.

—Veo que traes compañía.

—Es una amiga, madre.

—Elizabeth Malone, encantada. —Beth extendió su mano no para que se la besara la madre de Nate, sino para que se la estrechara, y así lo hizo Agatha, que entendió el gesto a la primera.

—Agatha Raven —dijo la madre de Nate apartando la vista de la inspectora, le incomodaba mirarla directamente a los ojos—. ¿A qué debemos el placer de que nos acompañe la señorita Malone hoy, Nathaniel?

—¿Nos invita a un té primero, madre? —La explicación requería estar sentados con tranquilidad.

—Cómo no. Había subido a empolvarme un poco la nariz, pero precisamente estaba tomando un té con Caitlin en la sala. ¡Lawrence! —Al instante apareció un hombre mayor, con un traje y guantes blancos de algodón, era el mayordomo—. Dígale a la doncella que los invitados tomarán té con nosotras en la sala.

—Sí, señora.

—¡Ah!, y pueden ir empezando a preparar la comida. Habrá que añadir un cubierto más a la mesa.

—Sí, señora, enseguida. —Lawrence hizo una reverencia y se alejó por el mismo sitio por donde había llegado.

—Vayamos a la sala.

Nate cogió de la mano a Beth, hecho que no pasó desapercibido para Agatha, y la siguieron por uno de los pasillos que se abrían desde un marco ojival hacia la sala donde solían leer, tomar té y pasar el rato, pues había una espléndida chimenea encendida a cualquier hora del día o de la noche durante los meses de invierno. Beth no podía dejar de maravillarse con el estilo gótico

victoriano tan marcado que impregnaba muebles, cortinas, los marcos de mármol, las puertas y cada pequeño detalle. Era como si el tiempo se hubiera detenido en aquella casa en algún momento de un pasado muy lejano, pero sabía por boca de Nate que había sido construida exclusivamente para su dueña, cuando la familia O´Reilly llegó a Estados Unidos, por lo que no llegaba a tener ni cincuenta años. Evidentemente habían copiado ese estilo por algún motivo, y su curiosidad de inspectora estaba sedienta por saber más acerca de la vida del hombre con el que se estaba acostando. Y entonces llegaron, allí aguardaba la hermana de Nate, Caitlin. Una mujer en apariencia más joven que él aunque era un año mayor, con una larguísima melena pelirroja, y un vestido verde anacrónico aunque acorde con todo lo demás. Caitlin se les quedó mirando, sobre todo a Beth.

—Nathaniel ha traído compañía Caitlin, te presento a Elizabeth Malone. Ahora iban a explicarnos a qué debemos el placer de su visita —dijo Agatha invitándoles a tomar asiento con un movimiento de la mano.

Era difícil no sentirse atraído por la belleza de Caitlin.

—Bienvenida señorita Malone. Imagino que ya sabrá que no esperábamos más visita que la de mi hermano, por lo que no debe sorprenderle nuestro estupor.

No solo el vestido de Caitlin era anacrónico, su modo de expresarse también. Hablaba de un modo muy calmado, arrastrando las palabras, como si a estas les costara salir de sus rojos labios. Su mirada era tan penetrante que incomodaba.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Beth le tendió la mano al igual que había hecho con Agatha, pero ella no la estrechó, pareció ignorar el gesto. Nate le susurró al oído que tenía fobia al contacto humano. De hecho llevaba guantes a juego con la tela de su vestido. La realidad sin embargo era que Caitlin también tenía visiones, más intensas y terroríficas que las de Nate, y cuando tocaba a alguien impactaban en su mente sin previo aviso, como un obús. Más de una vez había perdido el conocimiento. Poco a poco fue volviéndose más silenciosa, huyendo del contacto físico y desprendiéndose de la chispa de la alegría. La sobreprotección de su madre al respecto

tampoco ayudaba. Caitlin era consciente de que lo que tenía era un don, pero ella siempre lo vivió como una maldición que la apartaba de la vida misma.

Ambos tomaron asiento y Patty, la doncella, una joven y risueña muchacha, les sirvió una taza de té.

—¿Y bien? —dijo Agatha ávida de saber por qué su hijo había cometido el imprudente acto de llevar a alguien desconocido a la mansión.

—Es una amiga, ya se lo he dicho. Nos conocimos en una de mis exposiciones hace un tiempo, y estamos saliendo. —Beth asintió con la cabeza, aunque acto seguido la giró hacia Nate y abrió mucho los ojos.

—Bueno, nos estamos conociendo —puntualizó la inspectora.

—Bien, ¿os quedaréis a dormir?

—No, debemos volver a Nueva York esta misma tarde.

—Una pena. ¿Y cuándo pensabas hablarnos de tu amiga, Nathaniel hijo?

Caitlin estaba expectante, quería saber cómo iba a salir su hermano del lío en el que se había metido. No había tocado a Elizabeth, pero una corazonada le decía que había algo más que no querían contar.

—He esperado el tiempo que dicta la prudencia para compartirlo madre. —«¿El tiempo que dicta la prudencia?, ¡pero si no estamos saliendo en serio!», pensó Beth—. Y hay algo más que quería contaros ahora que estamos los tres reunidos.

—Soy toda oídos hermano. —A Caitlin todo esto le divertía. Abrió mucho los ojos para seguir escuchando sin perderse ni media mueca de nadie.

—La policía me ha relacionado con un caso de asesinato.

—¿Asesinato? —exclamaron a dúo la madre y la hermana de Nate.

—Asesinato. Todo esto viene de atrás, de hace un año.

—¡Nathaniel, por Dios, lo que le faltaba a esta familia!, ¿estás loco? ¿Por qué te han relacionado a ti? ¿Tienen pruebas que lo demuestren? ¿Lo has hecho?

—Por orden: no estoy loco, porque el asesino pinta a las mujeres antes de dejar sus cuerpos, solo circunstanciales, y no, no lo he hecho. ¡Claro que no lo he hecho! Será mejor que la inspectora Malone os lo resuma, lo hará mejor que yo.

Beth quiso matarle en ese mismo instante.

—¿Entonces no os conocisteis en una exposición, verdad hermano?

Caitlin subió su ceja derecha hasta una altura imposible para casi cualquier ser humano.

—A ver, sí y no. Bueno, no. En realidad, nos conocimos porque me estaba investigando, precisamente porque soy pintor. Necesito más té. —Nate alargó la mano para que Caitlin le rellanara la taza. Estaba sudando.

—¿Y por qué le mientes a tu madre Nathaniel? ¿Por qué traes a una policía a esta casa? —El rostro de Agatha era espantosamente severo.

—Señora O´Reilly.

—Señora Raven si no le importa, inspectora Malone. —Cortó tajante a Beth. Nunca adoptó el apellido de su marido tras la boda. En Irlanda no había obligación legal y no quiso hacerlo. Era parte de su identidad.

—Disculpe. Señora Raven, siempre es difícil hablar de ello cuando uno mismo es sujeto de investigación en un caso de asesinato en serie, y además, no estoy aquí en calidad de inspectora. Es cierto que nos conocimos debido a la investigación, pero pasado un año entre su hijo y yo ha nacido una relación de otra naturaleza. Y quiero aclarar que nunca tuvimos contra él más que pruebas circunstanciales y mucha cabezonería por mi parte. Está prácticamente descartado como sospechoso por motivos que no puedo comentar públicamente y quedará descartado del todo cuando vaya a prestar declaración voluntaria en la unidad, tal y como ha prometido. —Miró a Nate, acababa de intentar salvarle el pellejo aunque dudaba de que sus palabras sirvieran de mucho ante Agatha. Nate se había quedado corto describiéndola. ¿Y por qué tenía un rechazo tan visceral a que un policía pisase su mansión?

Quizás no debiesen volver tan rápido a Nueva York. Algo de todo aquello no terminaba de encajar en la mente de Beth.

—¿Asesino en serie? ¿Declarar? Voy a llamar a nuestro abogado ahora mismo, no te irás de aquí sin él.

—No. —Nate detuvo el movimiento de su madre de levantarse para acercarse al teléfono de línea fija que había en el pasillo y con un tono de voz que se volvía agresivo por momentos continuó—. No va a llamar a nadie porque es algo que solucionaremos nosotros. ¿Ve por qué no quiero contarle nunca nada?

Era evidente que Agatha estaba contrariada. Una vez más, su testarudo hijo no había acudido a ella para obtener ayuda, ni siquiera para entender cómo debía proceder un miembro de la familia O´Reilly en un caso de asesinato dados los antecedentes cuya índole solo ellos conocían. No era la única incómoda, Nate odiaba estar allí y odiaba a su madre.

—Ya hablaremos en privado Nathaniel. —Suspiró—. Pasemos al comedor, se hace tarde.

Nate no tenía ninguna intención de hablar con ella sobre el tema, ni en público ni en privado.

—Disculpad, necesito ir al lavabo. —Beth no aguantaba más las ganas de ir al servicio.

—Está saliendo a la derecha, al final del pasillo. Después guíate por el olor a comida —le dijo Caitlin a la inspectora en un arranque de amabilidad poco propio de ella.

Beth salió de la sala, aunque fuera para ir al servicio, unos segundos sola aliviarían la tensión que sentía por dentro. Nate la había metido en una encerrona que no olvidaría con facilidad. Anduvo por el pasillo, había fotografías antiguas sobre un pequeño aparador decorativo. Las contempló sin prisa. En una de ellas se veía a tres niños sonrientes y de mejillas sonrosadas. La imagen tenía tonos sepia y había detalles que solo podían intuirse. Tomó el marco entre las manos para poder verlo mejor. Dos niños y una niña. Creyó ver en ellos a dos jovencísimos Caitlin y Nathaniel. ¿Y el otro niño? ¿Quién era? Se parecía mucho a los otros niños. ¿Un hermano quizás? Un hermano al que Nate nunca había mencionado.

CAPÍTULO 11
VISIONES

Lunes, 04 de diciembre

Beth encontró el comedor tal y como le había dicho Caitlin, siguiendo el olor a estofado de carne. Estuvo muy callada durante toda la comida; en su cabeza había algo a lo que no paraba de dar vueltas, un recuerdo olvidado que luchaba por brotar de la fuente de los recuerdos recordados. Desde que Nate se sinceró con ella y le confesó quién era había estado ahí. Raven´s Manor no era un nombre que le fuera ajeno del todo, pero no lograba dar con el por qué. Todos atribuyeron el silencio de Elizabeth a que era una extraña comiendo entre extraños. Los O´Reilly no podían hablar con libertad estando alguien ajeno a la familia sentado a la mesa. En sustitución de las palabras, una serie de miradas de muy distintos tipos iban y venían del rostro de Agatha al de Caitlin, y después al de Nathaniel. No recibían muchas visitas a no ser que estas fueran de amigos cercanos, como los Dubois. El «malestar» de Caitlin, tal y como lo llamaba Agatha, no les permitía socializar más. Ella aprendió desde muy niña a poner una barrera cuando debía hacer contacto físico con alguien, solo dejaba penetrar las visiones en su mente cuando era preciso, pero su hija jamás lo consiguió. Había tratado de enseñarla de mil maneras a lo largo de los años sin éxito. La primera persona que Agatha conoció con el don fue su propia madre, Caitlin Raven, quien lo sufrió terriblemente al igual que su nieta.

En el pueblo natal de Agatha, Ballyvaughan, siempre han circulado historias que hablaban de tiempos remotos en los que otras personas como ellos, videntes y médiums, poblaron la zona. Historias buenas y esperanzadoras y también, malas e inquietantes. Ese don solo perduró en la sangre de los Raven. Con el paso de los siglos, cuando llegó el catolicismo a Irlanda, aquellas habilidades

fueron consideradas diabólicas y propias de practicantes de brujería. El conocimiento se hizo superstición, y fue entonces cuando el silencio se instauró de forma permanente en la casa Raven. El don, que se transmitía a través de las mujeres, se hizo tabú. Hablar de ello, o enseñar a usarlo, se hacía a escondidas. Pese a las precauciones y a que todos los miembros de la familia profesaban una fe intensa, acabaron sumergidos en una especie de exclusión de la comunidad. En los años cuarenta en Irlanda ya no era legal acusar a nadie de brujería, pero socialmente, en una comunidad pequeña, aislada y supersticiosa, era otra cuestión. Motivo por el cual, en cuanto Agatha unió su fortuna a la de un jovencísimo y apuesto Aidan O´Reilly, emigraron a Estados Unidos, donde nacieron sus tres hijos y donde Agatha había concedido el mismo don que la acompañó desde Irlanda a todos sus hijos, fueran mujeres o no.

Después de comer Beth decidió darles algo de espacio y pidió permiso para dar una vuelta por la propiedad. Agatha asintió con un gesto de la cabeza, pero añadió «no se mueva del porche trasero querida, en esta finca hay muchos rincones peligrosos y no quisiéramos que le sucediera nada. Allí estará cómoda»; Beth miró a Nate, y él le devolvió una mirada tranquilizadora. La inspectora Malone salió al porche siguiendo las indicaciones de Lawrence. Ante sus ojos se abría una extensa llanura rebosante de árboles y plantas que no tenía nada que ver con la apariencia de la entrada principal. Por descontado que ella no iba a quedarse quieta; echó a andar y aprovechó para llamar a Lloyd, que estaba hecho una furia. Cuando regresó a la unidad con la agente Watson no había ni rastro de Elizabeth. No era propio de ella irse en mitad de una investigación y dejar a otros ocupándose de sus obligaciones.

—Te recuerdo que soy tu superior Lloyd, tú no me das órdenes.

—No, no te las doy, sin embargo sí has decidido pasar ampliamente de lo que te pidió Cristine.

—Cristine..., ¿dónde se quedó lo de agente Watson?

—¿Percibo un tono de celos en tu voz Beth? Porque no me parece justo, lo que haya o deje de haber entre ella y yo es solo asunto mío.

—Así es que reconoces que hay algo...

—No tergiverses mis palabras —dijo Lloyd en un tono de voz nada amigable.

—Mira Lloyd, he tenido que irme, era una emergencia, ya te lo explicaré cuando vuelva.

—¿Y eso será...?

—Tengo que dejarte, te volveré a llamar. Discúlpame con la agente Watson, a ti te hará caso —contestó Beth dejando a Lloyd hablando solo al otro lado del teléfono; tenía que acercarse y averiguar qué hacían allí unas cruces detrás de un enorme chopo desnudo.

Al acercarse se veía con más claridad, era un pequeño camposanto. En Millwood era legal tener un cementerio en una propiedad privada siempre y cuando se cumpliesen ciertos requisitos. No le extrañaba que la familia de Nate tuviera uno, la finca a buen seguro contaba con más de dos hectáreas de terreno, pero le inquietaba imaginar cómo fue la niñez de Nate y su hermana habiendo crecido en un entorno así. Se detuvo frente a las cruces para leer los nombres, por los apellidos debían de ser todos de la familia. Eran de granito negro, no desentonaban en Raven´s Manor ni por el color ni por el significado espiritual de la dolerita, que representa una fuerte conexión a la tierra y es protectora, una piedra digna de una gran mansión cargada de pasado; pero un poco más allá, semioculta por la maleza, había otra. Esta era diferente: pequeña, blanca, sencilla y sin nombre. Aquello llamó la atención de Beth. ¿Por qué ponerla aparte? ¿Por qué distinta? Cuando estuvo delante de la pequeña cruz, algo hizo clic por fin en su cabeza y los recuerdos olvidados pasaron a ser recuerdos recordados. Hizo otra llamada, esta vez a su madre, quería asegurarse.

—Mamá.

—Hola hija, ¿qué pasa?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro mi niña, dime.

—¿Te suena de algo el nombre de Raven´s Manor?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Tú contéstame, mamá, ¿te suena o no?

—Cómo no va a sonarme, llevo ese nombre grabado a fuego en la memoria. Es el único caso que no pudo cerrar tu padre.

Hubo un silencio al otro lado de la línea del que Beth desprendió que para su madre Raven´s Manor no solo era un caso sin resolver.

—¿Qué caso fue?

—Beth, hija, estás muy extraña, ¿a qué viene todo esto?

—¿Qué caso mamá?

Se escuchó un profundo suspiro. Era un capítulo de sus vidas que la señora Malone no quería traer de nuevo al presente, pero su hija no se conformaría con una puerta cerrada por respuesta.

—Un niño de ocho años desaparecido. La familia denunció y jamás se encontró el cuerpo. No hubo acusaciones ni juicio. El caso no se resolvió. —Beth se quedó pensativa unos instantes—. Beth.

—Nada, tranquila mamá, tenía ese nombre en la cabeza y no recordaba por qué. Gracias. Te llamo de nuevo cuando pueda.

Y colgó. Eso no dejó en absoluto tranquila a Cloe Malone. Sabía por el tono de su hija que andaba metida en algo que iba más allá del caso de las chicas aparecidas en Central Park, pero también sabía que no serviría de nada tratar de sacarle información que de antemano Elizabeth no quería compartir; así es que volvió a sus quehaceres pensando en hablar más tarde con Lloyd Conoly. Mientras tanto su hija estaba petrificada, aún con el móvil en la mano. «Maldita sea», pensó; «mil veces maldita sea Nathaniel O´Reilly, o David Smith, o como te llames». Iba a darse la vuelta para regresar al interior de la mansión cuando se topó de frente con Nate, estaba detrás suyo como un fantasma. De pronto llovía de nuevo a raudales. Empapados se miraban a los ojos intentando penetrar en los pensamientos del otro, midiendo qué palabras emplear.

—Te estaba buscando Beth.

—Y yo a ti.

—¿Qué haces aquí? Se suponía que ibas a estar en el porche.

—Necesitaba andar, ¿qué tiene eso de malo?

—Ya te lo ha dicho mi madre, podrías lastimarte.

—O descubrir algo inoportuno, ¿no?

—Es curioso.

—¿Qué es curioso Nate?

—He visto este momento mil veces, pero había una tumba abierta donde caías. Aunque aún no sé por qué ni dónde encaja.

—¿Perdona? —dijo Beth dando dos pasos hacia atrás. Los momentos en los que él se perdía en algún rincón de su mente o en algún momento del pasado le conferían un inquietante aire de ausencia psicópata. Pero no quería pensar eso de él, ahora no. Habría alguna explicación a todo y ella la averiguaría.

—No es una visión, es un sueño recurrente.

Nate parecía hablar más para sí mismo que para ella.

—¿Visiones? ¿Sueños recurrentes? ¿De qué me estás hablando Nate?, no entiendo ni una palabra. —Buscó con la mano su Glock.

—No necesitas eso Beth, te amo, ¿crees que te haría daño?

—¿Que me amas? No sé qué creer Nate, es así de sencillo. ¿Puedes explicarme de quién es esta tumba? ¿Puedes explicarme por qué no me habías dicho que mi padre investigó la desaparición de un niño de ocho años en esta propiedad? Era tu hermano, ¿verdad? El mismo que he visto en una foto dentro de tu casa. Erais tres niños.

—Puedo explicártelo todo si me dejas. Vayamos dentro. —Nate alargó la mano intentando coger su brazo, pero ella le rechazó con brusquedad.

—No, explícamelo aquí y ahora.

Solo se escuchaba la lluvia y los latidos de sus corazones.

—Entonces atiéndeme bien, con la mente abierta. Sé que muchos no creen en estas cosas y no es algo de lo que me guste hablar. —Suspiró, parecía cargar sobre sus hombros toda la tristeza del mundo—. Tengo visiones Beth. Un don, lo llaman algunos. —Sonrió con ironía y un rescoldo de amargura—. Mi familia materna lo ha tenido durante generaciones. A algunos, como a Caitlin, les ha destrozado la vida; otros lo sobrellevamos como podemos.

Beth intentaba juntar las piezas del puzle en su cabeza mientras le escuchaba. «¿Videntes?». Ella era de las que no creían en esas cosas pese a que resolvieron el caso de la desaparición de los Madden gracias a Cora Wilkins, una vidente que a veces colaboraba con la unidad.

—Mis visiones son... no sé cómo calificarlas. Casi siempre veo asesinatos. Llegan cuando quieren, no puedo decidir el momento. Y mientras las tengo estoy conectado con la mente del asesino. Son muy nítidas porque veo a través de sus ojos. Siento la sangre correr por mis manos mientras cae gota a gota ensuciando mis zapatos, respiro su olor ferroso; o me roza la brisa fresca de la noche en su piel. Escucho los gritos. Contemplo los ojos vacíos de las víctimas cuando la vida se ha escapado de sus pupilas. Y cuando la visión acaba, sigue repitiéndose en bucle martilleándome el cerebro, hasta que lo pinto todo.

»De niño aprendí que cuando plasmo lo que he visto en el lienzo todo acaba, las imágenes en mi cabeza se van para siempre. Es el único modo que tengo para conseguir que desaparezcan. Por eso mis cuadros solo muestran muerte.

Las palabras del pintor iban acompañadas de lágrimas que se confundían con la lluvia. Beth seguía con la mano sobre la pistola, a distancia de él, impasible.

—Si ves crímenes ¿por qué no has ido a la policía a decirlo? Quizás nos habrías ayudado a encontrar a algún que otro culpable y hacer justicia.

—¿Crees que no fui? —Nate rio—. Nunca me han tomado en serio. Es muy frustrante, te lo aseguro Beth. Dejé de intentarlo y me centré en mi pintura.

Ella sabía que tenía razón, estas cosas no se solían tomar en serio.

—¿Y qué hay de los sueños recurrentes?

—Son como visiones, pero suceden en mis sueños. Como el que he tenido contigo, en este mismo punto, cayendo a una tumba vacía.

—¿Y por qué me has traído entonces a tu casa Nate? ¿Qué esperabas que sucediera?

—Lo siento en el alma. Solo deseaba vivir un momento normal, con mi familia, junto a mi novia. No pensé en nada más.

—No somos novios, métetelo en la cabeza de una vez. Y deja de decir que me amas por favor.

—¿Tú a mí no? ¿Hasta cuándo vas a negarte a ti misma lo que sientes? Beth, mírame a los ojos y dime que tu piel no vibra cuando está cerca de la mía.

Al escuchar aquello un cosquilleo empezó en su estómago y fluyó hasta llegar a las puntas de los dedos. Pero no aceptó el reto y no dejó que su rostro transmitiera la más mínima expresión. Era su forma de actuar cuando estaba alerta. Él renunció a insistir, empezaba a conocerla.

—¿Quién yace bajo la cruz blanca? ¿Por qué mi padre no cerró el caso de tu hermano?

—Aún no puedo contestar esas preguntas, pero lo haré, te lo prometo. Ahora hay algo mucho más urgente que atender.

—¿Y qué es?

—He tenido una nueva visión, sé quién es el asesino que buscas.

CAPÍTULO 12
EL AVIÓN

Lunes, 04 de diciembre

Las palabras de Nate se clavaron en los oídos de Beth. El rostro de la inspectora cambió.

—¿Por qué sabes que es el asesino que buscamos?

—A veces creo que se te olvida que estuve en tu punto de mira durante una buena temporada. Sé más de lo que sospechas. La visión era en Central Park, una pelirroja. Todo encaja.

—¿Por qué debo creerte?

—Porque no pierdes nada. Puedo ayudarte a resolver el caso. Por primera vez una de mis visiones será útil. Te lo vuelvo a pedir, vayamos dentro Beth. Sabes que no era mi intención, pero te propongo que nos quedemos esta noche y regresemos mañana a primera hora. Necesito hablar de esto contigo con tranquilidad.

A ella la propuesta no le gustó, pero siendo justa, Nate tenía razón, era el único modo en el que podrían hablar de todo aquello sin interrupciones. Caía la luz del sol de diciembre entre las nubes y la lluvia se estaba convirtiendo en aguanieve. En un rato comenzaría a nevar.

—Tengo que avisar en la unidad, llamaré a Lloyd.

Cuando Agatha escuchó que pasarían allí la noche y miró tras los cristales suspiró de alivio. La carretera que bajaba hasta el centro de Millwood no era muy estable. Ordenó a Lawrence que prepararan la habitación de Nathaniel y otra para la invitada. Respetaría las normas del decoro, aunque sabía que su hijo y esa chica acabarían durmiendo juntos.

Hacía mucho que un inspector de policía no pisaba la casa. Su mente voló muchos años atrás, al momento en el que perdieron a Connor. Una punzada de dolor la dobló entera. Por fortuna no la vio

nadie, estaba en su dormitorio. Al observar a Elizabeth, en un primer momento dudó, pero los ojos de aquella muchacha eran idénticos a los de Henry Malone. El brillo del instinto del cazador estaba allí. ¿Quién iba a ser sino su hija? Henry falleció casi al mismo tiempo que Aidan, y pese a su carácter adusto, Agatha Raven lo había sentido con sinceridad. No solo había perdido a un hijo, también perdió a los dos hombres más importantes de su vida.

En la época en la que Connor se desvaneció, pasó muchas horas conversando con Henry. Aidan estaba roto, apenas pasaba tiempo a su lado, se hundía en su propia pena y acabó construyendo un muro entre los dos. Henry halló el modo de consolarla sin saber que eso los llevaría por un camino que ninguno de los dos deseaba recorrer. Pudo sentir por un instante el tacto de las manos del inspector recorriendo su piel desnuda, rudo pero delicado a un tiempo. Recordó su olor, y cómo encendía en ella un fuego difícil de apagar. Ambos se dejaron llevar hasta que la verdad se derramó sobre ellos partiendo esa pasión en dos fragmentos que ya nunca volverían a casar, porque cuando las cosas se rompen ya no son las mismas: una pequeña grieta, una lasca que se fue; imposible que vuelvan a unirse en la misma forma perfecta que tenían antes.

Esa verdad era que el caso ya estaba cerrado de antemano. Sin embargo, se quedó abierto y él dio carpetazo a la investigación y a todo lo que tuviera que ver con Raven´s Manor. Ella volvió a su vida con Aidan y él a su trabajo y a su familia. Desde el principio aquello fue uno de esos imposibles con los que te cruzas en la vida, agachas la cabeza y lo asumes para poder seguir viviendo. Agatha le agradeció eternamente su silencio. Puede que no se hubiera ido a la tumba feliz de llevar consigo un secreto así, pero la protegió.

La señora Raven comprobó que las habitaciones estaban a su gusto y se sumergió en la oscuridad de su habitación llena de fantasmas. No acudió al comedor a cenar, en su estómago no cabía alimento alguno. ¿Por qué su don no le mostró aquel tiroteo absurdo donde Henry perdió la vida? Lo habría salvado y con ello, devuelto el favor que se quedó suspendido en el tiempo. Estaba agotada. Poco a poco se entregó al sueño. La presencia de Beth en la casa había reabierto heridas que creía cerradas.

Beth habló con Lloyd. Su fiel compañero la había cubierto una vez más ante el FBI. Cristine se creyó que había tenido una urgencia familiar que la había obligado a pasar el día fuera y desconectada. Se lo agradeció con humildad. Le prometió que volvería al día siguiente. No tenía muchas ganas de seguir en aquel sitio que le provocaba escalofríos. Todo allí tenía una pátina de tristeza. Quería escuchar lo que Nate tuviera que contarle acerca de su asesino y de su hermano y largarse.

Cenaron en silencio. Lawrence excusó a su señora, Agatha se encontraba indispuesta y no cenaría. Los hermanos se dedicaron una mirada cómplice que una vez más hizo que Beth se sintiera por completo fuera de lugar. Cuando terminaron la inspectora subió a la habitación que le había preparado Patty, la doncella. Una camisola de lino reposaba sobre la cama. De un encaje exquisito y un blanco inmaculado, parecía de otro siglo. Beth la cogió para olerla, era algo que siempre hacía cuando se ponía ropa que no era suya. Desprendía un ligero olor a prenda guardada durante mucho tiempo, pero no le quedaba otra opción que ponérsela si no quería dormir con la misma ropa que llevaba puesta desde primera hora de la mañana. Fue dejando todo sobre la cómoda caoba que había frente a la cama y de pronto, estando aún a medio vestir, sonaron unos golpes fuertes y secos en la puerta. Terminó de enfundarse la camisola lo más rápido que pudo y fue a abrir. Era Caitlin. Su larga y pelirroja melena caía sobre sus hombros tapando en parte el precioso camisón de seda que llevaba. Los O´Reilly ya se habían preparado para dormir.

—Caitlin, ¿sucede algo?

—No preciosa, solo he venido a desearte dulces sueños.

—Estiró la mano enguantada y acarició la mejilla de Beth. Esta dio dos pasos atrás. No se esperaba ese tipo de contacto—. Perdona si te he molestado.

—No te preocupes.

Beth, consciente de que Caitlin no dejaba de clavarle sus ojos aguamarina, dejó la puerta entreabierta para que esta pasase.

—¿Sabes? Mi hermano y yo tenemos un gusto muy parecido en cuanto a mujeres se refiere —dijo sentándose en la

cama. Beth la miró, era una confesión profunda como para compartirla con una extraña.

—No sé muy bien qué contestarte a eso.

—No quiero que me contestes nada. Solo quería que supieras que, si pudiera tener contacto íntimo con alguien, sería con una mujer muy parecida a ti. Vivir encerrada entre los muros de Raven´s Manor no es fácil. Supongo que Nate ya te habrá puesto al día.

«No todo lo que me gustaría», pensó Beth mientras asentía con un leve movimiento de cabeza.

—¿No sales nunca?

—En pocas ocasiones, y tan tapada que nadie podría fijarse en mí.

—Si vas muy tapada llamarás la atención más de lo que crees. Te lo dice una inspectora de policía.

—Bien inspectora, le haré caso a partir de ahora.

—¿Cómo se puede vivir encerrada?

—¿Y cómo vivir teniendo miedo de sentir el roce de otra piel? He tenido amigos, parejas, y siempre es lo mismo Elizabeth. Una vida normal es imposible, pese a que es lo que más deseo. El más mínimo descuido y ¡bum!, el pasado, el presente y el futuro juntos me corroen las entrañas.

»Los demás creen que quieren saber su futuro, hasta que lo conocen. Una vez que mis palabras penetran en su mente es imposible borrarlas. Se acaban alejando de mí, no pueden soportarlo. Y para mí tampoco es sencillo. No puedo controlar las visiones. ¿Te imaginas ver pasar la vida del cartero mientras te entrega una carta? Nadie debería saber lo que le espera, ni a él mismo ni a los demás.

Beth la escuchaba con atención. Sintió pena.

—Borra esa mirada, por favor preciosa, odio que me compadezcan. Bueno inspectora Malone, te dejo a solas con tus pensamientos.

Caitlin le sonrió y se acercó tanto que Beth sintió un inesperado calor.

—Mi hermano tiene mucha suerte, ardo en deseos de besar esos labios —dijo en un susurro—, pero tranquila, eres la novia de Nate, no lo voy a hacer.

Beth solo acertó a balbucear, la había noqueado. ¿Siempre era tan directa? Reaccionó a tiempo para detenerla.

—Caitlin, no te vayas. Primero, por mucho que él se empeñe en que somos pareja yo aún no he decidido si eso es así o no. Tenemos una relación… extraña. No suelo acostarme con sospechosos de asesinato. Esta vez he roto una regla sagrada para mí y esto es más de lo que me confesaría a mí misma. Segundo, quiero saber qué sucedió con tu hermano, ¿por qué Nate no me ha contado nada?, ¿por qué mi padre no pudo resolver el caso?

—Te refieres a Connor.

—¿Ese era su nombre?

—Si hablas de nuestro hermano mayor y su pérdida, sí, ese era su nombre. Cuando Nathaniel te ha presentado esta mañana he supuesto que eras la hija del inspector Malone. Me resulta confuso que te haya traído hasta aquí, quiero pensar que el muy tonto ni ha caído en que erais familia. —Este tipo de afirmaciones disparaban los interrogantes en la cabeza de la inspectora, «¿por qué el hecho de que ella estuviera allí era un inconveniente?, ¿por qué estaban tan incómodas Agatha y Caitlin?»—. Discúlpale, la cabeza no le da para más, especialmente cuando está enamorado.

»Con respecto a Connor, era pequeña Elizabeth, tenía siete años. No recuerdo bien lo que pasó y mis padres no hablaban nunca del tema delante de nosotros. Deberías preguntarle a él.

—Entonces qué va a saber Nate tampoco, ¿no? Me estás mintiendo Caitlin. Aun si me estás diciendo la verdad, ¿quieres que crea que en todos estos años no has tocado la pequeña cruz blanca que tenéis en el cementerio familiar y has visto lo que sucedió? No solo ves el futuro, acabas de decírmelo. —Una sombra cruzó los ojos de su oponente—. Esa tumba es suya, ¿verdad? ¿Por qué no se ha cerrado el caso?

—Insisto, habla con Nate, te dirá todo lo que debas saber al respecto preciosa.

—Hoy he perdido toda la confianza que tenía en él.

—¿Toda? Creo que nunca la has tenido al completo. Beth, él no es tu asesino, eso ya lo sabes. Antes de poner en duda lo que te haya contado o no y los motivos por los que lo ha hecho, deberías aclararte a ti misma lo que sientes por él. Cuando lo nombras tus ojos se iluminan. Si esa luz la enciende la furia u otro sentimiento, solo tú puedes averiguarlo.

La hermana de Nate salió por fin de la habitación y Beth se desplomó sobre la cama. La cabeza le daba vueltas. Eran demasiadas piezas sin encajar todavía. Y luego estaba el otro asunto. Él había visto quién era el asesino del puñal de hielo. Podía identificarlo. Si estaba en lo cierto estarían a un paso de atraparle. Solo un poco más y lo encerrarían antes de que volviera a matar. Y lo habría resuelto ella. No la agente especial Cristine Watson, no el FBI, sino Elizabeth Malone y su equipo.

Sabía que no pegaría ojo hasta que no hablara con Nate. Después de todo se había quedado a pasar la noche en Raven´s Manor exclusivamente para obtener respuestas. Abrió la puerta y se dirigió hacia su habitación con la determinación de no irse de allí sin ellas.

—No sé cuándo pensabas que habláramos tranquilos, ¿acaso ibas a dormirte sin más?

—También me alegro de verte, adelante —dijo él con un tono irónico que enfadó más a la inspectora.

—No uses la ironía para excusarte.

—No me estoy excusando, iba a ir ahora a tu encuentro. Estaba esperando a que la casa se quedara en absoluto silencio, por aquí hay más oídos de los que me gustaría. ¿Bajamos y tomamos una copa?

El servicio, que actualmente se reducía a Lawrence, a Patty y a la cocinera Rose, ya se había retirado a descansar. El pequeño de los O´Reilly la llevó a través del laberinto de salas del piso principal hasta que llegaron a una que tenía una barra de bar con taburetes y unos sillones orejeros pasados de moda hacía mucho tiempo. Mientras se acercaban el cosquilleo en el estómago de Beth empezó de nuevo, imparable. Era algo que no podía controlar. Él se dio la vuelta y puso uno de sus dedos sobre sus labios para que no tuviese

la tentación de hablar; la respiración de ella quedó entrecortada. Por primera vez no estaba al mando de lo que sentía por un hombre y eso la sacaba de su zona de confort de un modo enloquecedor y doloroso. La última vez que se sintió cómoda queriendo a alguien su corazón acabó hecho trizas y se juró a sí misma que aquello no volvería a suceder jamás. Trató de recomponerse, ahora había algo con prioridad máxima y era atrapar a un asesino en serie.

—Vaya vaya vaya Nathaniel, qué callado te lo tenías, ¿hay un pub en la casa?

—Era de mi padre. Aquí cerró muchos negocios —dijo mientras servía bourbon en un par de vasos rock.

—Pero si tenéis dinero como para no trabajar en varias generaciones.

—Él se aburría soberanamente sin algo que hacer, así era Aidan O´Reilly. Beth, siéntate donde prefieras am… siéntate donde prefieras.

Ella sonrió ante la rectificación y escogió el sillón tapizado de rojo inglés donde se acomodó para escuchar quién era el malnacido que tenía a toda Nueva York con el corazón en un puño.

—Gracias —dijo cogiendo el vaso que él la ofrecía—. Nate, ¿por qué siento que hay tanta oscuridad a tu alrededor? La confianza que empezaba a tener en ti ahora mismo está en una cuerda con un equilibrio tan fino que podría caer con una ligera sacudida.

Nate suspiró y la miró a los ojos un par de segundos antes de responder.

—Llegar a ti no es sencillo Beth, conseguir que escuches es complicado, así es que imagino que ganar tu confianza plena es una ardua tarea.

—Conmigo se puede hablar, no digas eso.

—No Beth, no se puede hablar. Cuando tienes ya tu propio juicio en la cabeza es complicado que otorgues el beneficio de la duda. Has estado un año entero creyendo con fe ciega que yo era el asesino con unas pruebas que eran meramente circunstanciales, de hecho, si me apuras, es que no eran ni pruebas. Si entonces te

hubiera contado lo que te he contado hoy, ¿qué habrías pensado de mí?

—Eso ya no lo podremos averiguar.

—Eres tan soberbia que a veces eres insufrible Beth. Encantadora, pero insufrible.

—¿Pero por qué no me hablaste nunca de lo que pasó con Connor? Mi padre llevó la investigación. Imagino que en algún momento desde que me conoces pasaría por tu cabeza la idea de que el inspector Henry Malone era mi padre.

—Si sabes el nombre de mi hermano es que has hablado con mi madre o con Caitlin, tomo partido por creer que ha sido con Caitlin.

—Sí, me hizo una visita antes. Pero eso no responde mi pregunta.

—Todo aquello pertenece al pasado. Un pasado desgarrador. Connor era nuestro hermano mayor y lo que le pasó... Te prometo que te contaré todo lo que sé, pero a su tiempo Beth. Ahora el reloj corre —dijo agarrando los brazos del sillón donde ella estaba sentada y acercándose a su rostro todo lo que pudo. Tenía que reconocer que se había enamorado perdidamente de Elizabeth Malone nada más verla. Espantarla con la historia de su familia era lo último que quería hacer.

—Bien Nate, para que no sigas acusándome, te otorgo el beneficio de la duda. Esperaré esa explicación. Ahora cuéntame qué has visto en tu visión y por dónde debemos seguir buscando.

El pintor David Smith estaba nervioso, una inspectora iba a escuchar su historia, por primera vez. Se levantó para servirse una copa más, volvió a sentarse y cerró los ojos como si fuera a comenzar una sesión de hipnosis.

—Como siempre, en la visión soy el asesino. Noto el frío húmedo penetrando en mis huesos, el vaho saliendo de mi boca. Llevo un chubasquero negro con la capucha puesta, llueve. Las gotas de agua resbalan por mis dedos y mi pelo. Mi flequillo cae a mechones sobre mi frente. Estoy parado observando. Llevo un maletín grueso negro en una mano y en la otra, un objeto: una pequeña réplica de latón de un avión Stuttgart de la II Guerra Mundial, viejo y desdibujado

por el óxido, pero aún reconocible. Lo aprieto con fuerza mientras lo miro. Por fin la veo, acaba de girar la esquina una joven pelirroja que lleva paraguas y una carpeta con un logotipo, el del Upper East Side Cancer Center. La carpeta tiene su nombre escrito en una pegatina grande: Caroline Bradford. Lo sé, aunque no lo puedo leer desde donde estoy. Apenas hay luz y llueve con intensidad. Va a entrar en Central Park, es el camino que hace todos los días cuando sale del centro. Miro el reloj, las diez de la noche. La sigo. Estamos cerca del Reservoir. Me aproximo a Caroline con paso decidido, he guardado el avión de latón en mi bolsillo. Me pongo unos guantes de látex sin perder el ritmo de los pasos. Me acerco por detrás, en un gesto rápido le pongo un pañuelo empapado en cloroformo que la deja fuera de juego en un instante. Va a caer, pero la cojo soportando su peso. La tiendo en el suelo. No hay cámaras, no hay gente, las luces en las ventanas están lo suficientemente lejos, la oscuridad me envuelve. Desabrocho su abrigo, levanto su suéter hasta el cuello tapando su cara. Tiene una hermosísima piel blanca como la nieve; la venero, puedo recrearme en ella unos segundos, va a ser el recipiente sagrado. Una imagen invade mi mente, siempre está ahí: mi madre ya sin vida entre mis brazos. Y se oyen gritos que nublan la imagen, es un hombre. Mi padre de nuevo. Me llama inútil. No escuchar, no escuchar, no escuchar. Me froto los ojos mientras me muevo adelante y atrás con desesperación y rabia. No hay tiempo. Abro el maletín, cambio los guantes de látex por los de cuero y extraigo del maletín un puñal de hielo seco. No tiene empuñadura, es muy rústico en su confección, como una estalactita. Le susurro al oído: «Caroline, tu sufrimiento termina aquí. Eres hermosa. Vuela alto y dile a mi madre que ya estoy más cerca». Cojo el objeto de hielo con las dos manos y lo hundo con fuerza en su cuerpo hasta horadar el corazón. Siento que se ha detenido, ya no late, ya no padece. Vuelvo a mirar a mi alrededor para asegurarme de que sigo solo. Guardo el puñal y los guantes en el maletín, me enfundo una vez más los de látex. Le bajo el suéter, le abrocho el abrigo y la dejo allí. Me duele irme sin el último homenaje, pero no puedo perder ni un segundo. Le hago una fotografía con el móvil. Esta vez el cuadro vendrá después. Me he

precipitado. Esa pelirroja, la otra, me ha descolocado y odio esa sensación de pérdida de control, debo acelerar el proceso. Me alejo a paso rápido, pero sin correr, no quiero llamar la atención. La noche y la lluvia me envuelven en su manto negro hasta que desaparezco. Nuestras mentes se separan. Fin de la visión.

Nate abrió los ojos. Beth estaba sin aliento después de escuchar su narración en primera persona.

—¿Estás bien? —preguntó ella. El marrón avellana de los ojos de Nathaniel había desaparecido dejando paso a un azabache aterrador. Él la tranquilizó, estaba bien. Los pensamientos de Beth eran un caos sin filtro en ese momento. Mucha información y toda de suma importancia—. No solo ves la escena con los ojos del asesino Nate, te conectas a su cerebro. Accedes a sus pensamientos, a sus sentimientos.

Él asintió. Era extenuante. El trance en el que entraba cuando tenía una visión y el regreso de este lo dejaban sin fuerzas. Y revivirlo era igual de agotador.

—Esto que te voy a decir es información confidencial del caso, pero creo que, dadas las circunstancias, debes saberlo. El sábado pasado el cadáver de Caroline Bradford apareció en Central Park. Es la última de sus víctimas, de momento.

—Necesito otra copa.

—No, no necesitas beber más. Debemos contarle todo esto al equipo.

—Son las tres de la madrugada Beth, creo que tendrás que esperar a que amanezca. —El silencio contuvo una pausa que creó más expectación en ella—. Hay algo más: el avión de latón.

—Te escucho.

—Conozco al dueño de ese avión, es inconfundible, tiene una pequeña muesca que le hice yo de pequeño sin querer al rozarlo con otro juguete y Ryan casi me mata.

—¿Ryan? ¿Ryan qué más?

—Ryan Manner. Crecimos juntos. Era el único amigo que tenía, y creo que yo era el único amigo que tenía él, además de mi hermana —dijo con nostalgia—, mi amigo de la infancia. Él es el dueño de ese avión, si no ha cambiado de manos en estos años,

aunque dudo que eso haya sucedido. Perteneció a su abuelo y cuando este falleció se lo quedó su madre como recuerdo. Al fallecer ella también, Ryan no se separaba de aquella pequeña réplica.

»No conozco su dirección actual, sé que se largó de Millwood en cuanto pudo para probar suerte en Nueva York. Quería alejarse de su padre. Después perdimos el contacto. Menudo mal bicho el viejo Manner. Aún vive, os puedo llevar hasta él.

—No, harás algo más, vendrás con nosotros a hacerle una visita. Nate, necesito que me cuentes todo cuanto recuerdes de Ryan.

La conversación quedó interrumpida bruscamente por Caitlin, quien caminó hasta donde estaban sentados con un paso tan ligero que parecía flotar. Había oído ruidos y cuando bajó los escuchó hablar. No fue intencionado, pero se había enterado de todo y no iba a dejar que su hermano se metiera solo en algo que parecía tan peligroso.

—Yo también iré.

Nate la miró sorprendido por aquella impulsiva y estúpida iniciativa. A Beth se le pasó por la cabeza que su colaboración con ellos aceleraría la caza de ese tipo, al fin y al cabo, tocaba objetos y personas y recibía vidas a cambio.

—De ninguna manera.

—Nathaniel, puedo ayudar, iré, quieras o no.

—Bien, mañana se lo comunicaremos a madre a ver qué opina ella.

—Conmigo no funcionan tus chantajes emocionales. Se pondrá como una hidra, se lo digas tú o no y no me importa en absoluto. Olvidas que vivo con ella, la manejo mejor que tú.

—Caitlin, ¿estás segura? —preguntó la inspectora.

—Muy segura.

Nate se levantó y la cogió por las muñecas.

—No. No irás. La potencia de tus visiones es demasiado Cait, podría pasarte algo serio y lo sabes. No voy a exponerte a eso.

El rostro de ella mostró un profundo desacuerdo con su hermano. Conocía de sobra a lo que se arriesgaba, pero estaban asesinando a chicas jóvenes y su don por fin serviría para algo más

que para encarcelarla entre los muros de Raven´s Manor. La cabezonería de la familia se repartía por igual entre sus miembros y esta discusión quedaría en tablas, los hechos sin embargo conducirían a la participación de Caitlin O´Reilly en la investigación.

CAPÍTULO 13
LA DECISIÓN DE BETSY

Lunes, 04 de diciembre

Betsy y Beth comenzaron aquel lunes de muy distinto modo; y para cuando terminara el día, la vida de ambas mujeres no volvería a ser la misma.

Elizabeth Clarkson caminaba por Lexington Avenue entre el bullicio de la primera hora neoyorquina con un café bien caliente en las manos. Ese paseo constituía parte de su rutina diaria, y en invierno era especialmente delicioso para ella, sobre todo acercándose las navidades, cuando los escaparates lucen sus mejores galas y la ciudad brilla más que nunca. Amaba Nueva York y cada uno de sus sonidos y olores: el claxon de los coches, las sirenas de las ambulancias, el café y los frutos secos caramelizados de los puestos callejeros. Miles de ventanas a su alrededor a través de las que soñaba vidas distintas. Todo formaba parte de un conjunto ambiental sin el que le costaría vivir. Pensó que esa tarde probablemente nevaría y una sonrisa se dibujó en su rostro.

Cuando llegó al trabajo sus compañeros notaron que a Betsy le había pasado algo el fin de semana. Su semblante no era el de todos los lunes, lucía resplandeciente, canturreaba por los pasillos y estos giraban la cabeza extrañados al verla pasar.

Se sentó en su mesa con un suspiro y se sumergió en toneladas de papeleo en esa séptima planta que era como un segundo hogar. Por un momento dejó los documentos y se quedó abstraída delante de la pantalla del ordenador. Tomó un largo sorbo de café con los ojos perdidos en algún punto que solo veía ella. Pensaba en Ryan, percibía en él algo muy oscuro y no estaba relacionado con su gusto por el sadismo. Era consciente de que no conocía la naturaleza de esa oscuridad y quizás se estaba metiendo

en algo turbio y peligroso de lo que no podría salir con facilidad, pero las últimas horas habían sido las más emocionantes y excitantes de toda su vida y no pensaba apartarse de ello. En un par de días su presencia se había convertido en una adicción de la que no deseaba desengancharse. Se preguntó si la dependencia era más fuerte que el amor y concluyó que el amor desemboca necesariamente en la dependencia, porque la ausencia del ser amado es vacío, quiebro y desgarro. Un creciente rubor tiñó sus mejillas, recordaba sus caricias y sus besos en sitios que no sabía ni que existían hasta que llegó él; recordaba los gemidos de ambos, recordaba…

—¡Betsy, baja al planeta Tierra!, necesito que esto esté terminado para las dos. —La directora Planchet pasaba por su puesto más malhumorada de lo habitual. En un rato tendría que atender de nuevo a la policía y ya se estaba empezando a cansar de tanta visita. Revolucionaban al personal, además del tiempo que les estaban haciendo perder obligándoles a revisar todos los expedientes de sus pacientes uno por uno. Entendía la necesidad, pero ellos no entendían que siempre andaban escasos de tiempo y plantilla—. Gorda estúpida, siempre en las nubes —susurró mientras se alejaba de Betsy, no lo suficientemente lejos aún como para que ella no lo oyera. La humillación y una furia creciente bulleron en su pecho. «Algún día te acordarás de esto zorra inmunda», pensó su subordinada.

Mildred Planchet no era simpática, era una de esas personas que viven constantemente amargadas y no se molestaba en ocultarlo. Por supuesto con la autoridad se comportaba de modo cortés, sabía interpretar su papel de cara a la galería. Sus hoscas facciones, su cabello canoso siempre recogido en un cuidado moño y su vestimenta le daban un aspecto que infundía miedo. Cuando había que hacerle alguna consulta los empleados de aquella séptima planta del Upper East Side Cancer Center lo echaban a suertes, nadie quería ir.

Betsy obvió el incidente y se puso a trabajar volviendo a traer a Ryan hasta su mente de vez en cuando. A la hora de comer no pudo resistirlo más y llamó al Laboratorio de Innovación Clínica de la

Universidad de Columbia, donde trabajaba él. Allí tenía un contacto en administración, y estaba segura de que podría conseguirle su dirección. Había pensado en hacerle una visita al salir del trabajo. Le había dado muchas vueltas la noche anterior, imaginó mil escenarios posibles para ese encuentro, llegando siempre a la misma conclusión: no perdía nada por intentarlo. Sabía que no le gustaba recibir a gente en su casa, pero ella no era gente y sentía una tremenda curiosidad por conocer más acerca de su vida.

—Por favor, por favor, por favor, Madison, no te cuesta nada mirar en los archivos.

—Betsy, si se enteran pueden despedirme y lo sabes, esa información de los empleados es confidencial.

—Pero ¿quién se va a enterar?

—No sé, ¿Ryan quizás? ¿El señor Parker?

—Por favor, Madison, ahora mismo no ves mi cara, pero es una carita muy mona de cachorrito implorante.

—Me voy a arrepentir, lo sé… toma nota, rápido.

—Betsy cogió un bolígrafo y anotó a la velocidad del viento la dirección de Ryan.

—Gracias, te debo una cena.

—¡Me debes unas cuantas! Espero que disfrutes de tu visita sorpresa, ya me contarás.

Cuando colgó el teléfono Betsy buscó en el navegador de su ordenador a dónde iría cuando finalizara su jornada. DUMBO, Brooklyn… allí sería. Suspiró imaginando de nuevo.

☾ † ☽

Ryan Manner no había comido, tenía cosas más urgentes que hacer en su hora libre. Se aseguró de que ya no quedara nadie y sacó de su taquilla el pesado maletín negro, uno exactamente igual al que contenía sus juguetes sexuales; sin embargo, este pronto contendría de nuevo un único objeto. Con paso firme y rechinante por las suelas de goma de sus zapatos llegó a la cámara donde se hacían los experimentos con los compuestos y elementos químicos. Se cambió y accedió a ella. No se percató de que no estaba solo allí

dentro. Los espesos rizos castaños de Billy Graves, su compañero de mesa, asomaban debajo del equipo de seguridad.

—Billy, te hacía comiendo —dijo con sorpresa.

—No sé si podré comer hoy, Parker quiere esto para «ayer».

Ryan dejó el maletín debajo de una de las mesas de trabajo sin que su compañero lo viera.

—¿Me habías hablado ya de este trabajo?

—No lo sé —dijo Billy encogiéndose de hombros—, es el estudio de las últimas muestras de tejidos con Custodiol. ¿Y tú qué haces por aquí, tampoco comes?

—No, necesito usar algunos materiales para otro trabajo.

La curiosidad de Billy a veces era peligrosa y un auténtico incordio para el joven Manner.

—¿Parker? —Ryan asintió con la cabeza—. Este hombre es insaciable.

—Te dejo, voy a la mesa del fondo.

—Muy bien Ryan, ánimo.

Con suavidad desplazó con los pies el maletín hasta el otro extremo de la mesa y al pasar por detrás de su compañero pudo cogerlo sin que este se percatara. Solamente necesitaba un poco de tranquilidad y tiempo para volver a crear su obra de arte. El hecho de que alguien más estuviera allí estropeaba sus planes, las máquinas de alta presión hacían demasiado ruido para alguien que se encontrara en la misma sala que él. «Maldita sea, eres un inútil Ryan Manner, tenías que haber previsto que no estarías completamente solo». Tenía que distraerle de algún modo. Se acercó de nuevo hasta donde estaba su compañero.

—Billy, ¿me harías un favor? Creo que me está dando una bajada de azúcar.

—¿Eres diabético?

—¡Qué más da eso ahora! —Billy se quedó sorprendido por una respuesta tan brusca cuando le estaban pidiendo ayuda—. Perdona, perdona, no quería hablarte así. ¿Podrías bajar a por un sándwich a la cafetería?

Este dudó un momento porque tenía que terminar ese trabajo antes de que dieran las tres y la cafetería del laboratorio siempre estaba llena a esas horas, tardaría en volver. Ryan notó en su mirada que se lo estaba pensando.

—Hablaré después con Parker por ti, le diré que ha sido culpa mía, no te preocupes.

—Pero… amigo, si te traigo un sándwich de la cafetería, para cuando te lo traiga ya te habrás quedado frito en el suelo por la hipoglucemia.

Billy tenía razón, es lo que sucedería si de verdad Ryan tuviera una bajada de azúcar. Iba a tener que dejar su magia creativa para otro momento, eso lo contrarió enormemente.

—Acompáñame entonces a las máquinas de aquí al lado.

—Tendrás que interceder por mí igualmente con Parker, tardaremos la vida en quitarnos los equipos de seguridad para salir.

—No te preocupes, saldré yo.

—¡Ryan!, acabo de acordarme, tengo una chocolatina en el bolsillo del pantalón. Toma, con esto será suficiente. Si necesitas algo más, dímelo.

Ryan suspiró de desesperación, definitivamente Billy Graves era tonto de remate, aunque debía reconocer que tenía un cerebro privilegiado para la ciencia. Aceptó su aplastada chocolatina y regresó a las mesas del fondo, donde estaba la maquinaria de alta presión. Tendría que arriesgarse, no podía salir del laboratorio sin un nuevo puñal.

Encendió el aparato, cogió el polvo de diamante, sacó del contenedor el bloque de nieve carbónica y esperó a que esta hubiera alcanzado la temperatura óptima para el proceso. Mientras tanto, su pensamiento voló hasta Richard Parker. Estaba convencido de que iba a revolucionar la conservación de órganos y de paso la criopreservación, pero Ryan creía que jamás lo conseguiría porque era cuadriculado, antiguo y no quería escuchar a sus técnicos. Él, sin embargo, trabajaba arduamente en ello. Conseguiría mejorar la preservación de los cuerpos hasta que encontrasen curación para todos los tipos de cáncer en estadio cuatro. Y ese sería su legado al mundo. Saldaría la deuda que tenía con su madre, callaría la boca

de su maldito padre y… y sabía que nadie comprendería por qué había decidido acabar con la vida de todas aquellas chicas, seguramente iría a la cárcel por ello, pero para él, incluso un acto tan atroz dejaba de serlo si existía un sentido. Todas ellas estaban heridas de muerte y en todas ellas veía a su madre. Creía con vehemencia que si seguía el ritual minuciosamente salvaría sus almas y cada vez su madre estaría un poco más orgullosa de él.

Mientras la máquina transformaba el bloque de nieve carbónica en una sola barra cilíndrica, pensaba, y sentía, que daría su vida por volver a estar con Marianne Manner y eliminaría del mapa la del bastardo de Axel. De hecho, era una de las cosas que tenían prioridad en su lista. Sufrimiento con sufrimiento se paga, era uno de sus lemas. Lo despellejaría con sus propias manos por todos y cada uno de los golpes que su madre y él recibieron en el pasado. El problema de Ryan era que cuando estaba delante de ese viejo que ahora era incapaz de matar a una mosca aún le seguían temblando las piernas. No podía enfrentar su dura mirada, el miedo seguía ahí, más vivo que nunca. Algunas cicatrices nunca sanan y otras sanan, pero dejan una marca indeleble en la piel.

Cogió con cuidado su precioso cilindro, al que había dado un acabado puntiagudo. Con seguridad muchos pensarían que era una simple barra, pero esa simple barra tenía la precisión del águila cuando caza. Volvió a dejarla, añadiendo el polvo de diamante para dar el acabado perfecto cuando apareció la cabeza de Billy por encima de su hombro.

—¿Qué haces? ¿Ya te encuentras mejor? Venía a invitarte a tomar algo rápido. No quería, pero me muero de hambre, que le den al subnormal de nuestro jefe.

—¡Y a mí casi me matas de un infarto! Termino un proyecto, ya te lo dije antes, y sí, estoy mejor. —Apartó el rostro de su compañero con un gesto algo brusco para que dejara de mirar.

—¿Para qué es esa barra? —Si seguía preguntando tendría que matarle de verdad, ya no se podía permitir el más mínimo error.

—Para nada Billy, déjame que la guarde y voy contigo.

Ryan estaba convencido de que no había satisfecho la curiosidad de su compañero, pero no iba a darle pie a hacer más

preguntas, era mejor cortar de raíz la conversación y esperar que se olvidara del tema. Guardó en el maletín el cilindro, tendría que rematarlo en la pequeña cámara que tenía montada en su loft. «Al menos la pasta del viejo ha servido para algo». Dejó el maletín en su taquilla y lo acompañó a por un sándwich. Le observaba mientras se comía uno de pavo y queso suizo; pensaba lo fácil que sería apretar ese fino, frágil y estúpido cuello. Billy Graves era delgado hasta decir basta, tenía el cuerpo de un adolescente que no ha pisado nunca un gimnasio. El joven Manner solo cogió de la máquina un café, no tenía hambre. Daba vueltas al palito de plástico de forma automática, sin darse cuenta de lo que hacía porque en su mente bailaban de forma caótica distintos pensamientos. Odiaba cuando lo interrumpían en algo importante.

—¿No comes? Te volverá a atacar la hipoglucemia.

Ryan pareció despertar de su ensimismamiento.

—Tienes razón, sácame otro como el tuyo, por favor.

Era maestro en el arte de contenerse cuando por dentro estaba encendido como una brasa. Tragó a regañadientes aquel sándwich que le parecía asqueroso cuando Billy se lo dio. Si no lo hacía levantaría sospechas.

—Jo, amigo, no sé cómo puedes cuidarte tan mal. ¿Te están tratando la diabetes?

—Billy, no somos amigos, deja de llamarme así, y no, no me la están tratando porque no soy diabético, solo llevaba muchas horas sin comer.

—Como quieras amigo… —dijo Billy levantando las manos con un aspaviento indescifrable. Ryan suspiró, y ya era la segunda vez que lo hacía. Dejó de ver a su compañero, solo visualizaba la noche que pasaría dando forma a su preciosidad de nieve carbónica. La hora para la comida ya había finalizado.

☾ ✝ ☽

Betsy llegó al 39 de Pearl Street con el corazón latiéndole fuerte y la ilusión de una quinceañera que se enamora por primera vez. Se había maquillado los ojos con su delineador negro favorito, una línea

atrevida y larga; y los labios con un suave toque de brillo. En una de sus fantasías pensó en acudir con el abrigo y nada más debajo, o una sensual lencería, quizás, pero enseguida lo descartó. Pensó que podían suceder muchas cosas desde su casa hasta Brooklyn, y no podría explicar por qué iba sin ropa sin morirse de la vergüenza. Además, estaban teniendo temperaturas bajo cero; cuando se bajó del taxi se alegró de no haberlo hecho porque el grosor de la capa de nieve sobre las aceras empezaba a ser interesante. Permaneció unos segundos parada frente a la puerta con el dedo índice suspendido en el aire, sopesando si pulsarlo o no. «Vamos Betsy, Ryan está detrás de esa puerta», se dijo a sí misma para infundirse valor. Finalmente lo presionó y esperó.

Dentro, Ryan Manner no se podía creer que otra vez le estuvieran interrumpiendo, seguramente sería algún vecino para cualquier tontería. No abriría, quitarse el traje para unos segundos era un engorro; se cansarían, creerían que no estaba. Cuando entraba en la cámara siempre dejaba las luces apagadas. Pero el timbre sonó de nuevo, esta vez más insistente. Maldijo todo lo que se le pasó por la cabeza en ese momento y se quitó el traje.

Betsy pensó que no estaría, las luces estaban apagadas. Suponer que una persona como Ryan no tendría nada más que hacer que estar en su casa por la noche era una estupidez, habría quedado con alguna otra chica o con algún amigo. Nueva York es la ciudad que nunca duerme, para las personas que tienen vida, no como ella. Percibía al imponente puente de Brooklyn observarla con desdén. Miró a ambos lados de la calle por si le veía, pero no vio nada, así es que se dispuso a dar media vuelta en dirección al metro cuando las luces del interior se encendieron y paró en seco.

—¿Betsy?

—¡Sorpresa! Hola Ryan, he traído vino y algo de cena, jajajaja, ya pensaba que no estarías, iba a marcharme y de pronto has abierto y… —Apareció de nuevo su verborrea y esa risa histriónica de hiena, estaba muy nerviosa.

—Para, para, para, no te embales Betsy.

Tenía los sentimientos tan a flor de piel que estaba a punto de echarse a llorar, ¿cómo alguien como ella podía aspirar a alguien

como él? Seguramente para aquel hombre los momentos compartidos hasta ese momento tampoco habían sido para tanto. Y mientras todo eso pasaba a la velocidad de la luz por la mente de Betsy, y pese a la interrupción, Ryan se alegró de tenerla allí. Calculó si el precio a pagar por dejarla pasar sería demasiado alto, pero aquella mujer, contra todo pronóstico, en apenas un par de días, le había embrujado. Dos almas quebradas en un universo que de por sí ya estaba roto necesitaban bailar al unísono.

—Ven aquí anda. —Ryan la atrajo hacía sí para darle un abrazo—. Pasa. Estaba terminando cosas del trabajo, pero pueden esperar, aprovechemos lo que has traído. Tiene muy buena pinta.

Ryan cerró la puerta, todo lo que pasara aquella noche detrás de esos muros, se quedaría allí.

☾ † ☽

Bocado tras bocado, sorbo tras sorbo, palabra tras palabra, la observaba con atención. Esa visión de ella, en el loft que jamás había querido compartir con nadie, le hizo comprender que había llegado el momento. Su gesto se volvió serio, dejó de sonreír ante las ocurrencias de Betsy por un instante. No pensar, no pensar, no pensar. El puñal. No pensar, no pensar, no pensar.

Ella se estaba acostumbrando a las ausencias que le poseían. Cuando sucedía él estaba muy lejos de allí, y de ella. Ese vacío en sus ojos erizaba el vello de Betsy. Sin embargo, las ensoñaciones románticas de ella no dejaban a su cerebro dar la señal de alarma. El joven Manner era el hombre que había esperado toda su vida.

—Betsy, necesito hablar contigo de algo —dijo Ryan volviendo a la realidad.

Los temores de ella mordieron su yugular como un lobo hambriento.

—Ya, ya no quieres ver…me más…

—¿Por qué crees eso? —la interrumpió—. Quiero seguir viéndote y por eso debo hablar contigo. Me molesta tu falta de seguridad. —Ryan cogió su mano—. Confieso que el primer día que

quedé contigo solo quería echar un polvo. Necesitaba follar y apareciste tú —susurró en su oído y aquello la excitó sobremanera —. Pero algo ha cambiado desde aquella noche.

—Aquella noche fue el viernes, solo llevamos teniendo sexo unos días, y no me parecería mal si es lo único que buscases en mí. Lo que no soporto es que piensen que soy imbécil, soy muy consciente de mi físico y mis imperfecciones.

—¡Lo has vuelto a hacer! —bramó impaciente—. Calla esa inseguridad tuya, Betsy. Está en tu cabeza y no en la mía.

Betsy se repuso del impacto del grito y quiso mostrarse fuerte.

—Bien, ¿qué vas a contarme?

Él le tendió la mano para ayudarla a incorporarse. Anduvieron por un estrecho pasillo. Los edificios de la zona antaño habían sido fábricas y al reconvertirlos en pisos, mantuvieron su carácter industrial, con zonas amplias y otras estrechas y oscuras, donde no podía penetrar ni un minúsculo rayo de luz. Una de esas zonas oscuras se abrió para Betsy.

Tres lienzos con distintas versiones de lo que ella identificó como el personaje de Ofelia; esa imagen a la que tantos artistas habían recurrido a lo largo de la Historia: una joven con flores, vestimentas blancas, de larga y pelirroja melena, ya difunta. En la habitación además había velas blancas: enteras, semiderretidas, extintas. Velas que habían dado, y daban, luz ceremonial a esos tres lienzos. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Betsy. Observó con mayor detenimiento los cuadros mientras Ryan permanecía en silencio, con los brazos cruzados por delante, admirando su propia obra. Tres lienzos, tres mujeres, tres pelirrojas. Y entonces su mente se fue a Central Park, a las tres mujeres halladas muertas, y al asesino que estaban buscando la policía y el FBI. Recordó las visitas que estos habían hecho al trabajo y el mal humor con el que Mildred Planchet les había pedido que buscaran los expedientes de pacientes jóvenes y pelirrojas en estadio cuatro que hubieran dejado de ir a las sesiones de quimio sin más aviso. Se preguntó si esas chicas de los cuadros eran las víctimas. ¿Por qué tenía Ryan esas pinturas? ¿Por qué esa especie de altar con velas? ¿Por qué se lo había

enseñado? ¿Estaba él relacionado de algún modo con el asesino? Las preguntas aparecían en su mente a la velocidad de la luz mientras algunas gotas de sudor perlaban su nuca. Comprendió que no iba a disponer de mucho tiempo para ordenar pensamientos y tomar decisiones. Una pregunta aún más atroz surgió entonces: ¿Era Ryan el asesino? Le miró. Percibió su sonrisa de un modo siniestro. Acababa de entrar en shock, no podía hablar, no le quería preguntar. Recordó el camino hasta la puerta de salida por si tenía que correr para salvar su propia vida. Los ojos de Betsy se llenaron de lágrimas.

—Ryan… —Señaló las pinturas y armándose de un valor que no sabía que tenía se enfrentó a la situación—. Son ellas, ¿verdad? Las mujeres asesinadas que han salido en las noticias. ¿Has sido tú?

Él asintió con la cabeza y ella creyó morir.

—¿Vas… vas a hacer…me daño?

Estaba tan nerviosa que el tartamudeo apareció de nuevo.

—Sería un daño colateral, comprensible. Pero no, no te mataré, a no ser que te vayas de la lengua. En ese caso no me quedaría más remedio. Y créeme que lo sabré, y te encontraré.

No quería hacerle ningún daño. Pese a que no era lo que buscaba, había conectado con ella de una forma en la que no había conectado jamás con nadie. Pero si ponía todos sus planes en riesgo quizás se viera obligado. La abrazó, Betsy no devolvió el abrazo, estaba paralizada. Tragó saliva. Volvió a mirar aquella habitación y después a Ryan. Tenía que haber una explicación. Él no era malvado. Todavía sudaba cuando una pregunta más la atravesó como un relámpago: ¿Cambiaban sus actos en algo lo que sentía? Porque Elizabeth Clarkson amaba con todas sus fuerzas a Ryan Manner.

—¿Por qué?

—No hay un por qué Betsy. Es una necesidad.

Betsy sintió que debía medir sus palabras, no quería tocar la tecla equivocada.

—Explícamelo Ryan.

Él mesó los mechones de pelo que siempre iba a parar a su frente y respiró profundamente. Bajó la mirada al suelo, le costaba enfrentar sus propios porqués.

—Ya están muertas, yo les ahorro un sufrimiento indescriptible. Sí hay un por qué en realidad. Lo hago por Marianne. Nadie tuvo piedad de ella.

—¿Marianne?

—Mi madre. No pronuncio su nombre en voz alta desde…

Las lágrimas brotaron de los ojos del joven Manner. La voz se le quedaba atorada en la garganta. Sacó su cartera del bolsillo del pantalón y le entregó una foto a Betsy.

—Yo se la hice. Murió unos meses más tarde, dejándome a solas con el bastardo de mi padre. Tenía diez años.

»El recuerdo más vívido que conservo de mi niñez es el sonido de la hebilla de su cinturón, antes de que cayera como un relámpago sobre mí, y sobre ella. Se hartó el muy cabrón.

Aún paralizada por el miedo, Betsy recordó las marcas en la espalda y la quemadura en la nalga de Ryan.

—La quemadura, ¿también fue él?

—Me marcó, como al ganado. Quería que me quedara muy claro que soy de su propiedad.

—Ryan… —Por un momento Betsy olvidó que estaban hablando de que había sido capaz de quitarle la vida a otro ser humano y se compadeció de él. Acarició su mejilla—. Lo siento. Siento tu dolor.

—En su lecho de muerte le prometí a mi madre que su marcha no sería inútil. —La miró directamente a los ojos—. Alivio el sufrimiento Betsy. Estudio para lograr la fórmula perfecta de preservación de los cuerpos hasta que hallen la cura del cáncer.

—Pero… la criogenización ya existe.

—No sin daños. El proceso de vitrificación que emplean no garantiza la conservación sin deterioro en los tejidos. Ese será mi legado a la comunidad científica.

—Ryan, ¿eres consciente de que si te meten en la cárcel no podrás dejar legado alguno?

—Soy consciente, y por eso se me agota el tiempo Betsy. Necesito saber si después de conocer quién soy de verdad vas a seguir conmigo o te alejarás. Si te alejas lo entenderé, pero comprenderás que no puedo dejar que cuentes lo que sabes ahora.

Antes de seguir enamorándome de ti necesito saberlo Betsy, ¿te quedarás o te irás?

¿Enamorándose? ¿Betsy había escuchado bien? ¿Ryan Manner se estaba enamorando de ella?

—Te he amado en silencio desde que te conocí Ryan, por si no te lo había dicho antes, pero no me esperaba esto. Asumir lo que me acabas de contar, decidir, no puedo… Te meterán en la cárcel.

—Aún tengo tiempo, no pueden dar con el arma.

No estaba segura de si quería seguir conociendo detalles. Pensó en esas pobres chicas. Enfermas y sin esperanza, pero vivas antes de que él se cruzase en sus vidas. A riesgo de querer huir sin mirar atrás, preguntó.

—¿Por qué no pueden dar con el arma?

—Uso un puñal de nieve carbónica y dejo que se sublime después. El arma desaparece.

—Ryan…

—¿Vas a decidir?

—¿Crees que puedo decidir algo así en un segundo? Te perderé, te meterán en la cárcel o algo peor.

—Espérame.

—No saldrás de allí. Lo sabes. Además, tener una relación con un asesino no era lo que esperaba cuando me enamoré de ti.

—Betsy, Betsy, Betsy… —dijo moviendo la cabeza de un lado a otro—, ¿nunca has deseado acabar con alguien con tus propias manos?

—¿A qué viene esa pregunta?

—Solo quiero demostrarte que todos tenemos ese instinto.

—Ese instinto no es el que te mueve a ti.

—¿Cómo puedes afirmarlo?

—Tú mismo has dicho que lo haces por compasión.

—Piensa en todas las veces que alguien te ha humillado sin razón, cuando te han mirado por encima del hombro o despreciado. ¿No has sentido en lo más profundo de tu ser una ira incontrolable?

La imagen de Mildred Planchet, y con ella la de todos los que alguna vez la vejaron por su peso o su particular forma de

expresarse, pasó fugazmente por su mente. Betsy bajó la mirada al suelo, avergonzada.

—Sí, he sentido esa ira.

—¿Y si pudieras convertir esa ira en justicia? Si pudieras hacérselo pagar a todos ellos, si pudieras tener ese poder, si estuviera a tu alcance, ¿matarías?

Con esa pregunta, Ryan puso la piedra angular de la nueva vida que Elizabeth Clarkson había elegido sin ser consciente todavía de ello. Y para ser justo con ella, él mismo se preguntó por qué no acababa de una vez con Axel Manner. Quizás así también dejaría de hurgar en su cerebro y de ser su maldita sombra. Justicia y silencio.

CAPÍTULO 14
DOLOR CON DOLOR SE PAGA

Martes, 05 de diciembre

David Miller había llegado a las nueve en punto a la veintidós con cara de pocos amigos. Se le había estropeado la cafetera, se le rompieron los pantalones mientras se los enfundaba y para colmo, tal y como él ya sabía que sucedería, se comió un atasco monumental a la entrada de Manhattan. La inspectora Malone le dejó muy claro lo que sucedería si no acudía a su cita con el dibujante, pero el subinspector Conoly había apuntado con precisión la descripción que ya había dado del desgraciado que le compró la furgoneta, para qué volver a contar lo mismo. Le parecía una pérdida de tiempo. El damnificado era él, que se había visto metido en una investigación por asesinato sin comerlo ni beberlo.

—Señor Miller. —Le llamó el detective Williams—. Puede pasar por aquí por favor.

—Gracias señor.

Entraron en una sala de interrogatorios, era el lugar donde podían estar más tranquilos, pero en él tuvo el efecto contrario, le puso nervioso. Había visto esos sitios en las películas; creyó que quizás sí que le consideraban otro sospechoso más y lo del retrato robot era una excusa para llevarle allí. Detrás del espejo alguien miraba y escuchaba. Él solo era un granjero a punto de jubilarse, un anciano, ¿cómo iba a matar a alguien en Nueva York? Si por él fuera, jamás pisaría una ciudad tan apestosa como aquella.

—Señor Miller, Evan Cole, encantado. —Le tendió la mano y este la estrechó.

—Igualmente señor.

—Puede llamarme Evan. Bien, descríbame con el mayor detalle posible todo lo que recuerde de aquel hombre —dijo mientras

sacaba un cuaderno y los carboncillos. Captar las expresiones aún se le daba mejor a mano que en la tableta.

—Señor Miller, Evan, ¿quieren café o alguna otra cosa? —preguntó Williams antes de salir de la sala.

—Un café, por favor hijo, un café estaría bien —pidió el anciano. Williams hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y cerró la puerta—. A ver, yo ya conté todo lo que recordaba… era un tipo joven, alto, delgado. Tenía unos buenos músculos, eso sí lo recuerdo bien porque los tenía tatuados de arriba abajo.

—¿Recuerda alguno de los motivos de los tatuajes?

—David Miller puso la misma cara que cuando probaba alguna de las sopas que se hacía para cenar y sabían a rayos. No entendía por qué sabían tan mal si seguía al pie de la letra las instrucciones, al igual que ahora no entendía lo que le preguntaban—. ¿Cómo eran?

El anciano balbuceó algo ininteligible.

—No sé decirle, no me fijé. Mucha tinta negra.

—Bueno, sigamos con otras cosas, igual hace memoria, si recuerda algo hágamelo saber.

—El hombre parecía uno de esos que van en motos grandes. Iba rapado y llevaba una barba muy larga, pelirroja.

Evan dibujaba sin parar mientras le escuchaba.

—La forma de la cara ¿era redonda, angulosa…?

—¡Angulosa!, sí, el mentón afilado.

—¿Ojos?

—No se los pude ver, llevaba gafas de sol oscuras, no se las quitó ni un segundo.

—¿Orejas?

—De tamaño normal, pero muy pegadas a la cabeza.

—¿Nariz?

—No recuerdo bien… ¿recta?

—Usted sabrá señor Miller.

—Sí, sí, recta.

—Bien. ¿Cómo iba vestido?

—Aquí tienen los cafés. —Williams trajo dos aunque el dibujante no había pedido nada porque sabía que solía tomarlo cuando estaba en la unidad.

—Gracias —dijeron ambos a dúo.

—Llevaba unos vaqueros y una camisa azul de cuadros, de las que solemos gastar en el campo.

David Miller se tomó el café de un solo trago, Evan Cole le miró sorprendido por la rapidez y siguió dibujando.

—Mmmm… bien ¿qué tal así? —El dibujante dio la vuelta a su cuaderno.

—Se parece bastante.

—De acuerdo, llamemos entonces al detective.

Cole dio unos leves toques en el espejo. El anciano se reafirmó en su suposición de que alguien estaba mirando y escuchando tras él.

—¿Qué tal?

—No recordaba muchos detalles, pero aquí tenemos el retrato.

—Gracias señor Miller, se lo haremos llegar a la inspectora. Ya puede irse, agradecemos enormemente su colaboración. Le acompaño a la salida.

—Pero oiga.

—Dígame usted caballero —inquirió Williams.

—¿Y a mí quién me soluciona el tema de la furgoneta? No quiero que mi nombre ande por ahí.

—Lamentándolo mucho tendrá que ir al Departamento de Vehículos de Nueva York para solucionarlo, desde aquí no podemos hacer nada; y le aconsejo que lo haga cuanto antes, legalmente tiene usted toda la responsabilidad sobre lo que suceda con esa furgoneta.

—Maldita sea mi negra suerte… —Cabeceó Miller.

El todavía dueño de la Dodge Ram salió de allí más malhumorado de lo que había entrado, convencido de que a las personas buenas siempre les pasan cosas malas.

Evan Cole se terminó el café sin prisa y después también se fue. Le hubiera gustado saludar a la inspectora Malone, pero aún no había llegado. Le encantaba su sonrisa, desde el primer día que la vio. Era consciente de que no tenía ninguna posibilidad con esa mujer, pero sus días mejoraban siempre que pasaba algún rato perdido con ella. La inspectora debía arreglar otro asunto con el que

se había topado en forma de titular de prensa mientras desayunaba en Raven´s Manor, al despuntar el alba.

El regreso a Nueva York con Nate y Caitlin en el coche fue silencioso, su cabeza daba vueltas a un ritmo vertiginoso. Su hermano había publicado una crónica más que jugosa sobre «el asesino del puñal de hielo», término que solo habían empleado los agentes destinados al caso. Si la prensa había accedido a esa información es que alguien se estaba yendo de la lengua, y con ello, ayudando a quien no debía. Tras dejar a los hermanos O´Reilly en casa de Nate se dirigió a la redacción del *The Manhattan Ledger*. Encontró a Nick en su mesa, con la nariz hundida en el teclado de su ordenador. Cuando él se percató de que Beth estaba allí esta le tiró a la cara un ejemplar del diario de esa mañana con toda la furia de la que fue capaz en ese momento.

—«El asesino del puñal de hielo ataca de nuevo», «Manhattan paralizada, el FBI no sabe por dónde camina», «inteligente», «va siempre un paso por delante». ¿Estás loco Nick? ¿Quién demonios te ha hablado del caso?

Nick se recuperaba del golpe frotándose la nariz.

—¿Quieres calmarte Beth? Nos están mirando.

—Ah, que al señorito le importa que le miren, ¿me estás tomando el pelo? ¡¿Quién es tu informante?!

—No puedo revelar mis fuentes. —Beth rio con ironía—. Lo sabes.

—¿Y tus fuentes también inventan datos, o eso lo haces tú solito? En este periódico os gusta soltar mucha mierda.

—¿Quieres bajar el tono por favor?

—Nick Malone, espero que rectifiques antes de que termine el día de hoy. Por mi parte voy a pedir una orden para que retiren la tirada y os bloqueen la versión digital ahora mismo. ¿Sabes el daño que haces a la investigación y a las familias de esas pobres chicas desvelando datos que la policía no ha comunicado? Y mira que estuvimos hablando de ello el domingo en la comida. No se puede ser más rastrero.

—La prensa es libre hermanita.

—¿Sabes lo que pensaría papá de esto?

—Papá está muerto.

Aquellas palabras se clavaron en el corazón de Beth como un dardo lleno de veneno. Nick había mamado la importancia de no desvelar detalles de las investigaciones desde niño. En casa de los Malone se hablaba de temas policiales como el que habla de ir a la compra. Ella no comprendía por qué hacía algo así, o quizás sí. Su hermano siempre quiso estar a la altura de su padre, pero no le admitieron en la Academia. Y aunque su padre le dio todo el apoyo que un padre puede darle a un hijo, Nick pensaba que ese fracaso había sido una decepción para Henry Malone. Los platos rotos los pagaba siempre la hermana pequeña.

—Jamás ganarás el Pulitzer, métetelo en esa estúpida cabeza que tienes. Averiguaré quién es tu informante y ambos lo pagaréis, esta vez no voy a hacer la vista gorda, «hermanito».

Beth salió de la sala dando un portazo. Al oír el golpe, todos levantaron la cabeza. No era la primera vez que Nick tenía problemas con la policía por sus artículos, pero él no tenía la culpa de la ineficacia de las fuerzas del orden. No habían conseguido encontrar al asesino cuando se halló a la primera víctima, y ya llevaban tres. Recordó lo que le escoció a su hermana el primer reportaje que escribió sobre el tema, cuando lo archivaron como caso sin resolver. «Jane Doe #23-7431» lo tituló. Era el nombre que seguía teniendo pintado sobre la piedra blanca en el cementerio de Hart Island aquella joven pelirroja. Dieron palos de ciego durante toda la investigación. ¿Acaso él era responsable? La prensa es libre, aunque no libre del amarillismo, eso debía reconocerlo, y menos en un medio como el *The Manhattan Ledger*. Pese a ello, ni Beth ni nadie lograría que se sintiera mal por hacer bien su trabajo. Tiró el periódico a la papelera y volvió a sumergir la nariz en el teclado.

Lo cierto era que, esta vez, la inspectora se sentía muy segura con respecto a si iban a atrapar o no al asesino. Gracias a Nate habían dado un paso de gigante. El siguiente frente abierto era cómo decirle a Lloyd y a Watson que quería que los hermanos O´Reilly estuvieran en la investigación en calidad de videntes. Tenían que hacer una visita sin más demora a Axel Manner. Suspiró antes de abrir la puerta de la unidad.

En su mesa estaba esperándola el retrato robot que había hecho Evan Cole con un pósit que decía: «Me debes un café»; también tenía una carita sonriente. Movió la cabeza de un lado a otro y pensó qué demonios les pasaba a todos los hombres. Miró hacia la mesa que ocupaba la agente del FBI, estaba hablando con Lloyd agitando mucho los brazos. Lo mejor sería atacar ahora que acababa de llegar.

—¿Podemos hablar un momento en la sala? —dijo Beth señalando la sala que usaban para las reuniones con el equipo—. Los tres.

Cristine se levantó dejando unos papeles sobre la mesa mientras miraba a Lloyd.

—¿Es urgente?

—Sí, lo es, agente Watson.

—¿Vas a explicarme por qué desapareciste ayer?

—No te debo explicaciones, y creo que Lloyd ya te dijo lo que había pasado, pero si te inquieta mucho volveré a contártelo. Ahora, por favor, ¿podemos entrar y hablar un momento?

—¿Qué es tan importante que no puede esperar Beth? —preguntó Lloyd cerrando la puerta tras él.

—Hay dos puntos que debo tratar con vosotros. Uno, alguien de aquí está pasando información a la prensa. Esta mañana han publicado un artículo usando datos que solo sabemos nosotros.

—¿En qué periódico? ¿Como qué datos? —inquirió Cristine.

—En el *Manhattan Ledger*. Como por ejemplo el uso del término «asesino del puñal de hielo». Ni siquiera es el nombre oficial del caso.

—¿El *Manhattan Ledger*?, ¿no es ahí donde trabaja Nick? —preguntó Lloyd.

—Sí, he tenido una interesante charla con él esta mañana. Él es el autor del artículo.

—Vale, qué me he perdido, ¿quién es Nick?

—Es el hermano de Beth.

—Por desgracia —apuntó ella.

—¿Y no habrás sido tú sin darte cuenta? —dijo Cristine en un tono hiriente, afilado como el puñal de hielo.

Si las miradas pudieran matar, Beth Malone habría fulminado instantáneamente a Cristine Watson, quien hizo caso omiso de la mirada al igual que la inspectora de la pregunta.

—Bien, pongámonos las pilas entonces, hay que encontrar quién es —dijo la agente especial Watson.

—He pedido una orden para eliminar el contenido de la web del periódico y la retirada de la tirada de hoy.

—Te agradezco la rapidez Elizabeth, pero… —continuó Cristine—, el daño ya está hecho. A estas horas cuánta gente habrá leído el artículo. Habrá que preparar un comunicado de prensa para tratar de minimizar los daños y hablar con las familias de las víctimas identificadas.

—Yo me encargaré —dijo Lloyd.

—Conoly, ten tacto, y recuerda que mañana exhumamos a la primera Jane Doe de este caso y habrá prensa en la Hart Island, seguro que a estas alturas ya se han enterado también de esto. —El subinspector asintió con la cabeza.

Beth ardía por dentro, le molestaba lo innombrable que ni una sola de sus ideas le pareciera bien a Cristine Watson. Nunca se habían caído bien, sin motivos, más allá de una cuestión de territorialidad jurisdiccional, pero ahora sí había uno y de naturaleza bien distinta, le brillaban los ojos cuando miraba a Lloyd y algo dentro de Beth se revolvía.

—¿Cuál era el segundo asunto del que nos querías hablar?

—Me gustaría incorporar a la investigación un par de videntes Cristine.

—Beth, ¿te has vuelto loca? —Reaccionó la agente especial.

—¿Por qué iba a haberme vuelto loca? No es la primera vez que colaboramos con videntes, os recuerdo a Cora Wilkins. Estoy convencida de que en el FBI también lo hacéis.

Cora Wilkins era una mujer estrafalaria, en sus maneras y su forma de vestir, de esas con las que te costaría establecer una relación a no ser que quisieras que te leyeran la mano, pero era honesta, y una grandísima profesional en la videncia y la cartomancia.

—¿Quiénes son? —Quiso saber Lloyd.

—Nathaniel y Caitlin O´Reilly. Hermanos. Nathaniel ha tenido una visión del asesino y lo ha identificado con nombre y apellido, es un conocido suyo.

—Para, para, para… ¿y de dónde salen estos hermanos? ¿Han contactado contigo Beth? No me digas que has caído en ese viejo truco.

—A veces te juro que no te reconozco Lloyd, ¿en serio?, sabes que no me trago lo que me cuenta el primero que me llama. Nat… Nathaniel es el nombre real de David Smith.

De pronto una luz se encendió en la mente de Lloyd y todo encajó, como un perfecto puzle. Ahora entendía esa sonrisa permanente en la cara de Beth sin que ella se diera cuenta, ese no querer contarle en qué andaba metida exactamente. David Smith era el hombre que había cambiado su mirada sin que él hubiera tenido oportunidad de remediarlo.

—Ah, no, Beth… Dios… ¿David Smith? ¿En qué momento pasó de ser sospechoso a alguien relevante para resolver el caso?

—Estoy empezando a mosquearme, ¿vais a dejar de hablar solo entre vosotros? ¿Qué pasa aquí? ¿David Smith el pintor al que investigasteis el año pasado?

—Perdona Cristine, sí, ese David Smith, pero seguro que Beth tiene una buena explicación, ¿verdad?

—Sé cómo suena, pero quedó completamente descartado al aparecer el cuerpo de Caroline Bradford, él estaba en Los Ángeles en esos momentos, no es nuestro asesino. De hecho se pasará después para hacer una declaración firmada al respecto. Me equivoqué, simplemente Lloyd —explicó Beth encogiéndose de hombros y mirando a su compañero a los ojos—. Su nombre real es Nathaniel O´Reilly.

—Ya…

—Y antes de que digas nada más Lloyd, nos hemos estado viendo estos días.

Beth no podía mentirle, le conocía lo suficiente para saber que lo sabía y aunque no quería hablar del tema delante de Cristine, sentía que se lo debía. El subinspector Conoly no podía ocultar el dolor silente que lo invadía por dentro, se notaba en la expresión de

su rostro. La agente especial Watson hizo un gesto de desaprobación y también, si era sincera consigo misma, de inquietud.

—No es un comportamiento que se espere de un inspector de policía Elizabeth. —Le recriminó Cristine.

—Pues pon una queja. ¿Queréis escucharme por favor? ¡Es importante! Nate me ha descrito con perfección inmaculada cómo fue el asesinato de Caroline. Ve a través de los ojos del asesino, y el asesino llevaba en las manos un objeto que él ha identificado sin duda razonable. Este objeto pertenece a un antiguo compañero suyo de la escuela, Ryan Manner. Se mudó a Nueva York y le perdió la pista hace tiempo, pero sabe dónde vive su padre, aún tienen la granja familiar en Millwood. Debemos ir cuanto antes a hablar con él, junto con ellos dos. La ayuda de su hermana, que tiene visiones al tocar cualquier objeto o persona, nos será de gran utilidad en esa entrevista. Imagino que el viejo Manner no le dirá nada a la policía, pero sí al amigo de su hijo.

—Con una orden podríamos tomarle declaración, no nos hace falta David Smith —dijo Lloyd.

—Nathaniel.

—Nathaniel, vale.

—Cuanto más tardemos en conseguir que nos cuente algo de utilidad más nos arriesgamos a que vuelva a matar, ¿soy la única que lo entiende así? —preguntó Beth con exasperación.

—Bien —dijo finalmente la agente especial Watson—, iremos a Millwood con los hermanos O´Reilly y veremos qué pasa. Preparad el operativo para esta misma tarde. Lloyd, ponte con el comunicado de prensa y mantened los ojos y los oídos bien abiertos, tenemos que dar con el soplón cuanto antes.

Beth y Lloyd iban a salir de la sala cuando Cristine se dirigió a la inspectora.

—Una última pregunta antes de que te marches. ¿Por qué Nathaniel no acudió antes a la policía?

—Nunca le han creído cuando ha ido a la policía. ¿Acaso tú has creído realmente lo que te he contado? No le juzgues.

Beth no iba a darle más explicaciones a Cristine sobre algo que era evidente. La agente sabía que, salvo contadas excepciones, esas declaraciones no se tomaban en serio.

Cerró la puerta tras de sí creyendo con fe ciega que el dolor, con dolor se paga. Le había hecho daño a Lloyd, pero ella se iba impregnada de ese mismo dolor.

CAPÍTULO 15
EL PASADO SIEMPRE VUELVE

Martes, 05 de diciembre

Axel Manner ya no tenía fuerzas para seguir odiando. La bombona de oxígeno y el abandono se habían comido toda su fortaleza. Cuanto más anciano era más se daba cuenta de las atrocidades que había cometido en la vida, pero no se arrepentía de ello. Cada golpe que dio había sido necesario, y justo. Una mujer que se declaraba en rebeldía y un hijo que no servía para nada no ayudaban en el duro trabajo de una granja. Cualquier hombre de campo de Millwood habría dicho lo mismo. Se mató a trabajar para llevar al niño al mejor colegio de la zona por empeño de su madre ¿y para qué?, lejos de convertirse en un hombre de provecho, ni había continuado los estudios ni se había hecho cargo de la granja. Y no contento con eso se había quedado con su dinero, dejando aún más miseria, si es que eso era posible. Todo se fue muriendo poco a poco. Primero fue Marianne, devorada por el cáncer; y después los animales, uno a uno; las plantaciones; los árboles frutales… hasta quedar por único paisaje ramas peladas y negras y rincones llenos de una mugre que por más que se limpiase, nunca se iba.
Pero no, ya no odiaba. Aprendió a aceptar el presente, el devenir de unos hechos que él no había elegido. Si alguien le hubiese preguntado por su hijo, habría dicho que había muerto, porque sus conversaciones, cada vez más escasas, se resumían en un par de palabras. Sabía que trabajaba en un laboratorio y que vivía en Nueva York, y poco que añadir, pues Ryan era opaco en todas las acepciones del término; hablar con él era como hablar con una roca, difícil de horadar. Si alguien le hubiese dicho a Axel Manner que su hijo tenía sus palabras tan metidas en el alma que engullían su cerebro, como los gusanos la carne podrida, no le habría creído. La

percepción de las consecuencias de sus actos era tan limitada como el espacio por donde podía moverse llevando la bombona a cuestas. Pero menos aún habría creído a quien le hubiera dicho que aquella tarde del cinco de diciembre la policía iba a invadir su casa.

☾ † ☽

Caitlin estaba nerviosa, hacía mucho tiempo que no salía de Raven´s Manor. Sabía que esta aventura le costaría caro, y pese a ello, no deseaba estar en ningún otro lugar, su sufrimiento tenía que servir para algo. Quizás si esta vez enfrentaba su don cara a cara, con toda su crudeza, conseguiría un equilibrio, quizás. Miraba el paisaje a través de las ventanillas del coche de la inspectora Malone de regreso a Millwood, reconociendo cada salida de la carretera y cada camino de tierra. Por su mente pasaban imágenes como si se tratasen de fotogramas de una película ya vista, pero tan deprisa, que no podía descifrarlos. Era lo que le sucedía sin cesar hasta que todo iba tomando una forma consistente y cobraba sentido para ella. Contuvo una punzada de dolor durante un instante. No volvería junto a Agatha hasta que no dieran con Ryan. Jamás contó que él fue su primer amor de juventud, con él aprendió a besar, también descubrió que realmente le gustaban las mujeres. Eran curiosos, los paralelismos, cómo podían haber sido dos niños con toda la vida por delante y sin embargo ahora... Recordó aquella vez que estando con él, al cogerle de la mano, vio el momento que estaba viviendo en ese preciso instante. Y eso la llevó al día anterior, cuando conoció a Beth y la reconoció. Supo entonces que los engranajes de esa perfecta maquinaria que llamamos destino se habían puesto en marcha y ya no se detendrían. Ella era solo otra pieza más. Si se puede luchar contra lo que ya estaba escrito era algo que se preguntaba muy a menudo, porque entonces ¿para qué servía la videncia? ¿Se podía cambiar el futuro conociéndolo? No quedaba mucho para que por fin pudiera averiguarlo.

—Repasemos lo que haremos cuando lleguemos —dijo Beth mirando por el espejo retrovisor.

—Entraré yo y hablaré con el señor Manner, Caitlin me acompañará y aprovechará para tratar de recibir todas las visiones que pueda. El subinspector Conoly y tú vendréis detrás —Continuó Nate.

—¿Y qué pasará después? —preguntó Caitlin con preocupación.

—Si ese hombre dice algo que nos pueda valer, la siguiente visita será la que hagamos a su hijo —le contestó Lloyd.

—Nos autorizarán enseguida una orden para detenerle, tranquila. —Beth dirigió su mirada a los ojos de la mayor de los O´Reilly. Ella se la devolvió por el espejo retrovisor—. Caitlin, si no estás convencida puedes echarte atrás, estás a tiempo.

—Estoy convencida, es solo que… Bueno, no importa.

La inspectora frunció el ceño, quizás no era buena idea que ellos formasen parte del operativo habiendo tenido una relación personal con el sospechoso, pero los necesitaban. Los sentimientos siempre juegan malas pasadas, lo había aprendido a marchas forzadas con cada caso. Cada una de aquellas historias le había ido arrebatando un pedazo de su alma, y Beth ya no sabía cuánto quedaba de ella. Una orden para detenerle no sería suficiente si no conseguían pruebas que demostraran que él era el asesino del puñal de hielo y por eso hablar con su padre era doblemente peligroso, podía ponerle en preaviso y entonces ya podían olvidarse de darle caza.

Tomó el desvío a Millwood. A lo lejos se intuía Still Lake, donde se bañaban los niños de la zona los días más calurosos del verano. Ellos no fueron una excepción. Nathaniel le indicó el camino para llegar a la granja de los Manner. Elizabeth detuvo el Camaro frente al granero y los corrales; la casa quedaba a la derecha. La propiedad era tan inmensa como Raven´s Manor. Lloyd y ella observaron con detenimiento el lugar con las manos sobre sus armas, nadie garantizaba que Ryan no estuviera allí también. Contaron las ventanas y las puertas, puntos de entrada y de salida y vías de escape por si se torcía el plan. Los hermanos O´Reilly llevaban chalecos antibalas, protegidos todo lo que puede proteger

un chaleco, por el mismo motivo. Ir hasta allí no estaba exento de riesgo.

—Vaya —exclamó Lloyd, sobrecogido por la yerma inmensidad.

—Tendrías que haberla visto cuando éramos pequeños, a pleno rendimiento, la mejor granja de Millwood
—le dijo Caitlin dándole una palmadita en el hombro y dirigiéndose hacia la puerta—. Vamos, no os quedéis ahí pasmados. Si algo va a salir mal, lo sabré en cuanto toque el timbre de la puerta.

Y lo tocó, sin guantes, tres veces. De pronto se oyó una voz ronca pidiendo paciencia.

—Ya voy, ya voy, ya voy, maldita sea. —Axel Manner se quedó sorprendido al ver allí a Nathaniel O´Reilly junto a su hermana. Habían pasado muchos años desde la última vez que los había visto, pero nunca olvidaría esas caras, demasiado tiempo vagueando y estorbando junto a Ryan por la granja—. Los hijos de los O´Reilly ¿a qué debo este honor? —dijo llevándose una mano a la boca para toser a la vez que se daba la vuelta para volver a su raído sillón, dejando la puerta abierta como invitación. Detrás de ellos iban Lloyd y Beth.

—Buenos días señor Manner, ¿cómo se encuentra usted?

—¿Qué quieres muchacho? ¿Por qué habéis venido? Me imagino que no será solo para saludar.

A Caitlin le pareció que el viejo Manner tenía un aspecto deplorable. Al igual que su sillón, sus ropas también estaban raídas y llenas de lamparones de grasa. Llevaba unos tubos metidos en la nariz que conectados a la bombona de oxígeno le ayudaban a respirar. Pasaba sus manos con cuidado por las superficies con las que se encontraba para no llenárselas de polvo. Echó un vistazo a la cocina, en otra época de ahí siempre salían unos aromas deliciosos. La madre de Ryan fue una gran cocinera, no había tarde que no les deleitara con una deliciosa tarta de manzana casera con mucha nata y canela por encima. Cerró los ojos y vio a Marianne. Aspiró aquellos aromas con la mente. Todo brillaba y una acogedora luz inundaba cada rincón. Cuando los abrió de nuevo se dio de bruces con la realidad. Siguió observando con tristeza; el resto de la casa hacía

juego con la ropa de Axel. Los suelos de madera crujían a medida que se movía por el salón.

—Veníamos a preguntarle por Ryan —dijo Nate—, sé que está en Nueva York y me gustaría saludarle.

—¿Quiénes son esos? ¿Te crees que soy imbécil? Maldito mocoso…

Nate cogió una silla sin esperar el permiso de su interlocutor y se sentó frente a él.

—No creo que sea usted imbécil señor Manner. Tiene razón, busco a Ryan por otros motivos. Ellos son la inspectora Malone y el subinspector Conoly y quieren saber su dirección.

—¿Por qué quieren saberla?

Axel miraba a unos y a otros a una velocidad vertiginosa. La inspectora Malone tomó las riendas de la conversación, esperaba que Nate le hubiera dado un poco más de cuerda, pero no era experto en esas lides y el anciano reaccionó como habría hecho cualquiera si viera su casa llena de gente desconocida de pronto, con desconfianza. Tenían que ganar tiempo para que Caitlin explorase.

—Yo se lo contaré ahora mismo señor Manner, pero antes ¿podría usted darnos un vaso de agua o un café?

—No me gusta esa familiaridad que se gasta. ¡Chica, eh, chica! —dijo llamando a Caitlin, ella volvió la cabeza—. Sabes dónde está todo aquí, prepara unos cafés, yo no puedo servir a tantos a la vez.

—Enseguida señor Manner —respondió contando hasta cinco para no soltar alguna de sus ironías y ponerle aún más en contra.

Beth cogió una vieja fotografía de un aparador, al igual que había hecho hacía tan solo unas horas en Raven´s Manor. Un niño con flequillo irregular, un diente mellado y expresión despierta le devolvió la mirada. Las fotografías siempre cuentan historias.

—¿Ha tenido usted más hijos señor Manner?

—No señora. Tome asiento donde pueda y dígame de una vez para qué quiere saber su dirección.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas.

—Algunas preguntas de qué clase.

—De clase reservada, no puedo decirle más, pero escuche —afirmó poniendo una mano en su rodilla—, es de vital importancia, créame, por favor.

Axel guardó silencio. Su mirada era intensa y penetrante, reflejaba el alma de un ser de una dureza estremecedora. Beth sintió un respeto que se parecía mucho al miedo y retiró su mano. Aquella mirada decía más que cualquier palabra.

—¿Ha hablado con él recientemente? —preguntó Lloyd.

—Hace mucho que no sé nada de él inspector. —Lloyd no le corrigió el error, allí solo había una inspectora, pero era evidente que estaba más dispuesto a hablar con él que con Beth y había que aprovecharlo—. El muchacho se ha olvidado de que tiene padre. ¿En qué anda metido?

—No lo sabemos con seguridad señor Manner, pero es de vital importancia que hablemos con él, como le ha dicho mi compañera.

—Ya… Se avergüenza de su padre, por eso no viene por aquí. Nunca les faltó un plato de comida sobre la mesa, desagradecido… Ya ve usted en qué se ha convertido esto por lo que tanto luché… ¡en escoria! Por su culpa, todo por su culpa. —Axel, enfurecido, arrastraba las palabras hasta que salían por su boca junto a espumarajos que se repartían en todas direcciones—. Nunca fue un muchacho muy inteligente, no me extrañaría que estuviera haciendo cualquier barrabasada.

Nate sabía que esos apelativos no describían a Ryan en absoluto, era inteligente, sagaz y muy observador. Sacaba buenas notas y en las clases de arte era el mejor de todos los alumnos. Pintaba mejor que él. No sabía qué habría pasado entre ellos cuando llegó la edad de ir a la universidad, pero si decidió no cursar estudios superiores tendría una buena razón.

De pronto un grito rasgó el aire y todos enmudecieron. Era Caitlin en la cocina. Nate corrió lo más rápido que pudo para socorrerla, estaba tirada en el suelo. El desmayo era señal inequívoca de que había tenido una visión intensa.

—¡Beth! ¡Ayuda! —exclamó angustiado Nathaniel.

—¿Demasiado trabajo para la damisela? —Axel rio mientras se ahogaba en toses al escuchar el revuelo que se había organizado.

La inspectora cogió una palangana, la llenó de agua y con el pañuelo que Caitlin llevaba al cuello, pues no había ningún paño limpio en toda la casa, refrescó su frente y las sienes.

—Caitlin, despierta, vamos. ¿Qué hacéis cuando le pasa esto? —le preguntó a Nate, pero estaba tan bloqueado que no arrancó a decir palabra alguna—. Caitlin, vuelve.

—Solo podemos esperar. Llevémosla a alguna habitación. —Arrancó por fin.

Pidieron permiso al señor Manner y entraron en el antiguo dormitorio de Ryan. Nate puso su abrigo sobre la colcha, donde la dejaron tumbada. Lloyd pensó en regresar al salón para darles espacio, aunque no era lo que le apetecía, en realidad le hubiera gustado pegarle un puñetazo en el mentón a Nathaniel O´Reilly, para él, un estúpido farsante, el hombre que se la iba a llevar para siempre. Le costaba encajar la situación. Por segundos perdió de vista que estaban allí por la investigación. Contemplaba a Beth, que sostenía las manos del vidente para infundirle valor, aunque él sabía de sobra manejar la situación, la habría vivido infinidad de veces, era su hermana, «cómo no va a saber qué le va a pasar por Dios», pensaba Lloyd. Estaba convencido de que pretendía dar pena y ella estaba cayendo rendida a sus pies, aunque tratara de convencerse a sí misma de que seguía siendo la dura Elizabeth Malone, la inspectora con el corazón de piedra, como la llamaban muchos en la unidad. Cuando tuvo suficiente con la estampa cerró la puerta y se dirigió al salón.

—Axel, necesitamos un momento para que la pelirroja se recupere, espero que no le importe.

—Hagan lo que precisen inspector, hacía tiempo que no tenía tanta animación en la casa.

—Estoy fuera, necesito un cigarrillo.

—Espere, salgo con usted si me ayuda con la bombona y me da uno a mí.

—Creo que no debería fumar, señor Manner.

—Al carajo con lo que debería señor Conoly, ¿cuánto cree que me queda para hacerme un traje de madera? —Lloyd rio al escuchar la expresión, era la primera vez que la oía—. Ayúdeme.

El subinspector le tendió los brazos para ayudarle a levantarse y juntos salieron al porche delantero, donde se encendieron los cigarrillos. Fumaban en silencio mirando el horizonte. Una capa gris cubría todo, no solo el cielo. Axel Manner dio una calada honda y exhaló el humo despacio, saboreando el momento.

—Le daré la última dirección que tengo de Ryan, no sé si se habrá mudado, ya les he dicho que no viene mucho por aquí. Es todo lo que puedo hacer por usted.

Lloyd asintió con la cabeza y le estrechó la mano en señal de agradecimiento, pese a que intuía que ese hombre no era trigo limpio.

—No sé qué habrá hecho Ryan o no, pero esos dos que están ahí dentro no son de fiar, tenga usted cuidado, la rubia mira al chaval de una manera… ya me entiende. Supongo que si es su compañera no querrá que le suceda algo. —La conversación por fin llamaba la atención de Lloyd—. Los O´Reilly han sido un cáncer perpetuo para Millwood —dijo tras otra calada, a la que le siguió de nuevo la tos—, un terrible cáncer para esta comunidad. Nadie se atreve a hablar con ellos, ni ellos se mezclan con los demás, siempre en esa mansión en lo alto de la colina, se creen mejores que los demás, sobre todo esa bastarda de Agatha Raven. Manipulan, tergiversan, picotean tu cerebro como cuervos sedientos de sangre, hasta que consiguen lo que quieren de ti. Ha sido así desde que llegaron. Y luego está el asunto de aquel chiquillo…

Axel movió la cabeza de un lado a otro en un gesto de lamento mientras recordaba el desafortunado destino de Connor.

—¿Qué chiquillo?

—El mayor de los hijos de los O´Reilly.

—¿Se refiere a Nathaniel?

—No. —Axel miró a Lloyd a los ojos—. Me refiero a Connor O´Reilly. No ha escuchado usted esa historia, ¿verdad inspector? No, claro que no. Supongo que todos los lugares tienen sus secretos.

—¿Qué historia?

—Aquella criatura desapareció de la noche a la mañana. Millwood quedó conmocionada. Ocho años tenía. La policía estuvo por aquí mucho tiempo, pero no consiguieron encontrarle. Los buzos fondearon los dos lagos de la zona, los guardias forestales peinaron la montaña. Pero no había rastro alguno que poder seguir. Las fuerzas del orden se dieron por vencidas y se largaron. El niño era igual de raro que sus hermanos, malditos demonios, pero no se merecía un final así. Pasaron estaciones enteras hasta que dejamos que los muchachos salieran a las calles libremente, había miedo.

—Así que un caso sin resolver relacionado con los O´Reilly. —El subinspector echó su medio tupé hacia un lado—. ¿Qué hacen exactamente para picotear el cerebro de la gente señor Manner?

Axel Manner no tuvo tiempo de contestar a Lloyd, los interrumpió una Beth con gesto descompuesto. Pidió a su compañero que regresara dentro con ella, Caitlin había despertado. El anciano se quedó fumando en el porche con la vista fija en el horizonte.

Cuando estuvieron todos reunidos en el dormitorio del joven Manner, Caitlin les contó lo que había visto. No le quedó más remedio que confesarles el lazo afectivo que la unía a Ryan, aunque de no haber existido esa relación, lo que contempló habría conseguido desvanecerla de igual modo. No era la primera vez que veía algo tan monstruoso, y Nate lo sabía, pero esto sí se lo guardó para sí misma. Imágenes desordenadas, caóticas, la bombardearon al tocar la mesa de la cocina. Llegaron acompañadas de un dolor físico indescriptible que la dobló por la mitad y la puso de rodillas sobre las frías baldosas del suelo. Se armó de valor, cerró los ojos para concentrarse, respiró y volvió a tocar la mesa. Al abrir los ojos de nuevo, Marianne la miraba aterrorizada, se agachaba protegiéndose el rostro con los brazos y protegiendo algo más importante: a Ryan, que sollozaba detrás de ella. Un brazo fornido con la manga subida hasta el codo bastó para arrancar al niño de las faldas de su madre. Lo desnudó. Lo ató a las patas de la mesa. Su madre poco podía hacer, no tenía fuerza suficiente para apartar a la bestia de su hijo. Ese mismo brazo cubrió de latigazos la fina piel de

la espalda, hasta hacer brotar ríos de sangre con los roces de la hebilla. Y cuando se hartó de golpear, siguió con su madre. Ambos vencidos, solo tenían fuerzas para rezar pidiendo que todo terminase de una vez, ya no podían llorar más, pero sus rezos solo sirvieron de reloj que concedía tiempo, el suficiente como para que la bestia volviera con el hierro con el que marcaba a sus vacas al rojo vivo. Lo posó sobre la nalga del chiquillo, que aguantó las lágrimas, pensando que si volvía a llorar la siguiente en probar el hierro, como castigo, sería su madre. Después el silencio. Los dejó allí y se fue de la casa. Caitlin pudo escuchar el pensamiento de la bestia: dejaba a dos seres inservibles, sin remordimiento alguno, para ir al bar de la plaza, con otros hombres de verdad, como él, hasta que estuviera lo bastante borracho como para no lamentarse de su maldita mala suerte al haberse casado con una mujer tan débil y pusilánime y además haber engendrado a un vástago con ella. Por más que la pegaba, nunca aprendía. Cómo podía tener un hijo al que le gustara pintar ¡y leer! y que aborreciera disparar y hacer cosas de hombre. Si no demostraba que él sí era lo suficientemente fuerte, lo apartarían de cualquier clase de negocio en Millwood y alrededores y se reirían en su cara hasta quedarse sin fuelle. Esperaba que al menos esta vez sí hubieran aprendido la lección y la cena estuviera hecha al regresar. Madre e hijo contuvieron el llanto hasta que escucharon cómo se cerraba la puerta de la casa, no era la primera vez que soportaban los golpes de alguien que no tenía alma. Ryan se vistió como pudo, después de que su madre limpiara sus heridas y las suyas propias. Ella sacó las cacerolas y empezó a elaborar un guiso mientras él apretaba con fuerza un pequeño avión de latón con una mano y con la otra, terminaba la tarea de la escuela. Después todo se volvió negro y Caitlin perdió el contacto con la mesa porque cayó al suelo. No vio más, tampoco hacía falta para comprender que el niño con el que descubrió cómo se besaba había sufrido un infierno que jamás compartió con ella. Y el viejo Manner sabía dónde golpear para no dejar rastro perceptible de sus prácticas. Aunque por dentro, los rompió a ambos.

Caitlin quiso salir de aquella casa lo antes posible. Deseó que ese ser terminara de pudrirse solo entre basura.

Ya de vuelta a Nueva York, en el coche, cada uno tenía su mente ocupada con un pensamiento distinto. Lloyd analizaba sus notas. Sí, el monstruo con el que había compartido un pitillo le había facilitado la dirección de su hijo, pero no les había dado nada con lo que poder pedir una orden de registro o de detención contra él. Había sido una visita absurda. Las visiones de Caitlin O´Reilly tampoco servirían de nada para que el juez les concediera la orden. Beth trataba de vaciar su mente y centrarse solo en la carretera. Sentía alivio alejándose de Millwood. Nate pensó en el avión, de nuevo el avión, más ajado por el paso de los años, pero reconocible. Ryan era el asesino que buscaban, si encajaba o no con el perfil del FBI no lo sabía, pero nadie le convencería de lo contrario. La visión de su hermana corroboraba la suya propia. Caitlin pensaba en Ryan, ¿por qué? ¿Por qué mataba a esas chicas? ¿Podría hacer algo ella si conseguía hablar con él? Aunque jamás podría devolverle la vida a Terry Mitchel, ni a Caroline Bradford, ni a Jane Doe #23-7431.

CAPÍTULO 16
JANE DOE #23-7431

Miércoles, 06 de diciembre

El equipo forense de Sam Hickins aguardaba en el cementerio de Hart Island, preparado para velar por que la exhumación de la Jane Doe número #23-7431 se llevara a cabo sin daño para los tejidos. Llovía a raudales, lo que dificultaría la extracción. Sam aún tenía grabada en las retinas la imagen del entierro. No lo pudo explicar, seguía sin poder hacerlo un año después, pero algo le llevó a acudir aquel día. Fue austero, un mero trámite administrativo más, como era habitual en los casos de difuntos no identificados. Sam tenía sus propias reglas como jefe forense y una de ellas era no trasladar emociones del trabajo a su vida fuera de él. Solía mantenerse al margen y firme, pero este caso era diferente. Emma, su pequeña Emma. No dejaba de repetirse que ella sí estaba viva y llevaba una vida normal, alejada de la oscuridad con la que él lidiaba a diario, pero Emma se parecía tanto a la muchacha cuyo cadáver debían profanar una vez más hoy, se parecía tanto que podría haber sido ella. Cuando miró su reloj ya eran las nueve y por el horizonte asomaban los paraguas de la agente especial Watson, el subinspector Conoly y la inspectora Malone.

—¿Y Paul? —Beth se encogió de hombros.

Al detective Williams no hubo modo de hacerle poner un pie en ese cementerio, por más amenazas que profirió la inspectora; era supersticioso por naturaleza y las habladurías sobre Hart Island y sus habitantes bloqueaban su sentido del deber. Tenía suerte, iba a librarse del expediente disciplinario que Cristine quería abrirle porque Beth no pensaba seguir las órdenes de la agente.

—Sam, demasiados muertos sin nombre para él —dijo Beth mirando a Cristine.

—Procedamos, no esperamos a nadie más. —Ordenó la agente especial Watson.

Los operarios se dispusieron a comenzar la exhumación. Beth se dio la vuelta, prefería mirar el río mientras levantaban la lápida y sacaban el ataúd. La lluvia paró, pero fue sustituida por un vendaval ensordecedor. Si bien parecía que el cielo mostraba también sus respetos en aquel momento, era imposible librarse del viento que se levanta en las islas de Nueva York en invierno.

Lloyd se ausentó durante unos minutos y regresó con un café caliente para su compañera, que lo miró con una mezcla de sorpresa y alegría, se moría por un poco de café.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó quitándose los guantes para agarrar mejor el vaso, no quería desperdiciar ni media gota.

—De los obreros que hay trabajando un poco más abajo. Hay que tener recursos.

Estos detalles la desorientaban. Quería llegar a una conclusión acerca de por qué seguía leyendo su alma y trayéndole café cuando más lo necesitaba, pero él solo sonreía, esa sonrisa de medio lado que siempre le había dedicado. La inspectora suspiró, tendría que acostumbrarse a la ausencia, con mayúsculas, si finalmente Lloyd pedía el traslado.

Los trabajos de recuperación de un cuerpo son tediosos cuando se hacen para realizar una segunda autopsia. Nadie hablaba, pero todos esperaban que el jefe forense Hickins encontrase indicios de un tumor y que el Upper East Side Cancer Center ayudase con la identificación. La inspectora quería tener unos familiares a los que poder dar una explicación, borrar de la lápida la inscripción «Jane Doe #23-7431» y devolverla a la tierra en un cementerio que no fuera el de Hart Island. Y no nos engañemos, Elisabeth Malone también quería eliminar de su expediente ese caso sin resolver.

La agente especial Watson aprovechó que debían esperar para hablar con Beth de estrategias. Disponían de la dirección de Ryan Manner, pero no iban a obtener una orden para registrarla a no ser que él les invitase a hacerlo y eso no iba a suceder. La Unidad Veintidós tendría que llevar la investigación un paso todavía más

lejos antes de pedir la orden porque necesitaban hechos que demostrasen una causa probable. Sabían dónde encontrar a Manner, revisarían todas las cámaras públicas en un radio razonable y rebuscarían en todos los rincones de su vida hasta dar con las pruebas para ponerlas en la mesa del juez. Estaban decididos a seguir la hipótesis en la que él era el asesino.

—Necesitamos un listado de todos los trabajadores y las personas relacionadas con el Upper East Side Cancer Center Elizabeth. Repartidores, suministradores de cualquier clase, colaboradores que tengan acceso a la nieve carbónica. Si alguno de ellos es Manner, entonces le habremos cazado.

—¿Y si lo investigamos a él directamente y averiguamos primero dónde trabaja?, le habremos cazado antes. Es la conexión que nos falta, colabora o está relacionado con ese hospital de algún modo y lo sabes.

—¿Y cómo explicarás al juez que has llegado a la conclusión de que es sospechoso y por eso lo has investigado? ¿Alegarás que tenemos dos videntes muy buenos?

—Ahórrate el sarcasmo Cristine.

—Sin algo que ate la causa probable no tendremos orden.

—Bien —replicó Beth—, hagamos ambas cosas entonces. No tenemos por qué contarle todo con pelos y señales a su señoría.

—Bien —continuó Cristine siguiendo con el mismo tono sarcástico—. ¿Hay algo más que quieras decirme Elizabeth? —Ella la miró sin apartar la vista, deseando no tener que colaborar con ella en un caso nunca más.

—No, nada más agente. Sacaremos ese listado, llamaré a Williams para que se pongan con ello ahora mismo. Aprovechemos que se ha quedado en la unidad. Por cierto, Cristine…

—¿Sí?

—¿De los listados que ya elaboramos de empresas y laboratorios no se ha sacado nada en claro? —preguntó Beth acordándose de que parte de ese trabajo ya estaba hecho.

—Hemos sacado demasiadas cosas como para que alguna sea válida, es buscar una aguja en un pajar y no disponemos de

tiempo. Tiremos de este hilo ya que decidimos implicar a los O´Reilly y esperemos no equivocarnos.

Cristine Watson sabía que era arriesgado apostar por la videncia, pero en esos momentos se agarraría hasta a un clavo ardiendo para salir del atasco en el que estaba el caso desde el principio. Era cierto que el hecho de que Terry Mitchel y Caroline Bradford hubieran sido pacientes del mismo centro oncológico les daba, además de la conexión, un móvil para los asesinatos si el perfil era correcto, y tenía fe en ello. Los perfiles que elaboraban sus compañeros rara vez fallaban y todo apuntaba a que los asesinatos no se habían cometido desde la ira, por motivos sexuales o económicos, sino por una versión retorcida de la compasión. Ryan Manner encajaba a la perfección. La pieza del puzle que la agente Watson no terminaba de colocar en su cabeza era por qué elegir ese tipo de objeto para cometer los asesinatos. Entendía el ritual, lo místico que podía ser en esa mente dañada, pero... ¿con un arma que lo iba a señalar con más facilidad que cualquier otra? La prueba desaparecía una vez sublimado el objeto punzante, cierto, pero al mismo tiempo su peculiaridad le dejaría con el culo al aire con mayor rapidez. Y se enfrentaban a un tipo listo, no había duda alguna al respecto.

☾ ✝ ☽

Tres horas después de la exhumación, la sala de autopsias volvía a encender sus luces. Beth y Lloyd decidieron esperar fuera de la morgue hasta que Sam les diera sus primeras impresiones. El informe tardaría aún unas horas en redactarse, pero salir de allí con alguna certeza bajo el brazo era prioritario para la inspectora.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias Lloyd. Si tienes frío nos sentamos dentro.

—Aprovecharé para fumar. Ya, vale, no me mires así, ya sé lo que opinas del tabaco, pero no es el día para dejarlo.

—No mientas, no tienes ninguna intención de dejarlo. —Lloyd sonrió—. Aún no hemos podido dar con el soplón de la unidad, y me preocupa.

—Mientras solo dé chivatazos a la prensa me inquieta menos que si se los diera a un sospechoso, aunque sí, es un problema. La prensa entorpece muchas veces más que ayuda. No te preocupes Beth, antes o después daremos con él, o ella. Cambiando de tema, ayer Axel Manner me habló de algo en lo que no he podido dejar de pensar.

—¿De qué te habló?

—¿Estás segura de que conoces bien a David Smith?

—Nathaniel, su nombre es Nathaniel O´Reilly.

—Como se llame.

—¿Hablan los celos o tu sentido policial?

—La pregunta ofende, ¿en serio crees que lo que siento por ti va a cegarme hasta tal punto? Beth…

Un ligero rubor tiñó las mejillas de Elizabeth Malone y esta bajó la mirada al suelo para que no fuera evidente.

—Estoy lo suficientemente segura de que le conozco bien, dejémoslo ahí. ¿A qué viene la pregunta y qué tiene que ver con Axel Manner? Y hecha el humo del tabaco hacia otro lado por Dios.

Lloyd cambió el cigarro de mano.

—Me estuvo contando una historia acerca de la extraña desaparición de uno de los hermanos O´Reilly, Connor. Se esfumó con ocho años y nunca lo encontraron. Caso sin resolver.

—Lo sé. De hecho, el caso lo llevó mi padre. El único que no pudo cerrar.

—Y Nathaniel, ¿te ha dado alguna explicación al respecto?

Beth negó con la cabeza.

—Llegaré al fondo de lo que sucedió, pero no ahora, esto tiene prioridad. —Hubo un silencio breve—. Lo que me duele es que estoy segura de que sabían que soy la hija del inspector encargado de la desaparición desde que empecé a tener relación con Nate y su familia y ningún O´Reilly, ni la señora Raven, mencionaron ni media palabra al respecto hasta que no empecé a hacer averiguaciones por mi cuenta. ¿Por qué ocultarlo?, por desgracia estas cosas pasan, niños que desaparecen y no se les vuelve a encontrar nunca. Hay algo de lo que no quieren que me entere, eso lo tengo claro.

Lloyd se alegró al comprobar que el espíritu de inspectora cazadora seguía ahí latiendo después de todo.

—¿Y tu instinto qué te dice?

—De momento nada Lloyd, creo que mi cerebro necesita resolver esto antes de pensar en nada más.

Beth cambió de opinión con respecto a tomar algo y se dirigió al carrito de la esquina para coger otro café más. Él la siguió.

—Sé que Axel Manner es un puto monstruo que merece pudrirse en la cárcel, pero creo que no miente cuando me habló de lo mucho que toda la población de Millwood odia a los O´Reilly. No sé qué tuvo en el pasado con Agatha Raven, pero no le dedicó unas palabras muy halagadoras que digamos. Es su madre, ¿verdad?

Ella asintió mientras echaba el azúcar de caña en el café y lo removía con el palito de madera antes de ponerle la tapa al vaso.

—Sí, es la madre de Nate y Caitlin. ¿Puede saberse qué dijo de ella?

—La llamó bastarda.

—Noooo, ¿en serio? ¿Bastarda? Ya te he dicho que hay cosas que se están callando, tampoco es que tengan que contarnos absolutamente todo acerca de sus vidas, pero… ¿Bastarda? —Repitió Beth.

—De lo que deduje de la conversación son los que más pasta tienen en Millwood y gracias a ello han tenido a su merced a todos en todo momento. El poder envilece al que lo sufre. Actos miserables derivan de otros igual de miserables.

—Son los que más pasta tienen —dijo Beth en tono afirmativo—, he estado en su casa, Raven´s Manor. No se puede edificar eso sin dinero. ¡Tiene hasta cementerio propio! —La inspectora recordó su hallazgo—. ¿Sabes?, en el cementerio encontré una pequeña cruz blanca. Una cruz sin lápida. Apuesto lo que quieras a que es la tumba de Connor. Otra tumba sin nombre. Y si está allí, no está desaparecido.

—¿Y si lo averiguamos?

—Nadie ha solicitado reabrir la investigación. Mi deseo de saber la verdad no es compatible con nuestro trabajo como inspectores en esta ocasión Lloyd, sabes que ya no hay peligro

inminente para nadie por la desaparición del niño. Incluso aunque hubiera alguna denuncia contra los O´Reilly no es jurisdicción nuestra.

—No, pero tú tienes una relación con uno de ellos, si no está limpio del todo, ¿qué harás?

—Eso es asunto mío. Volvamos.

—Perdona, no quiero entrometerme en lo que no me llaman.

—La realidad es que sí quieres Lloyd.

—¡No quiero! Solo quiero que no te hagan daño, ¿eso puedes entenderlo? —exclamó Lloyd subiendo los brazos y apretando el paso para caminar por delante de ella.

—Sé cuidarme sola, no te preocupes.

—¿Estás segura de que sabes?

Lloyd cabeceó de lado a lado presa del enfado que las palabras de Elizabeth despertaban en él y entró en la morgue. No hablaría más del tema, quedaba advertida.

Dentro de la morgue, Sam Hickins estaba tomando un descanso con una taza de té en las manos. El día se hacía largo y no podía permitirse pasar nada por alto. Cuando los vio llegar supo que habían discutido.

—¿A qué vienen esas caras? ¿Qué ha pasado ahí afuera?

—Pregúntaselo a ella, que se las apaña muy bien manejando todas las situaciones.

—¿Beth? —preguntó Sam.

—Habla con Lloyd, que sabe mejor que yo lo que debo hacer con mi vida.

El jefe Hickins miró a Lloyd con expectación. Lloyd y Beth eran como hijos para él, entre ellos existía la suficiente confianza como para insistir con la pregunta.

—¿Y bien?

—Hemos estado hablando del caso que su padre no pudo cerrar en Raven´s Manor y de los O´Reilly. Solo quiero que tenga cuidado jefe, pero para ella eso es entrometerme en su vida privada, a la que por lo visto tengo el acceso prohibido no sé muy bien desde cuándo.

De pronto el jefe Hickins retrocedió hasta una época convulsa para el matrimonio de Henry y Cloe Malone, y aunque le costara admitirlo, para él también.

—¿Qué sabéis de aquello?

—Sé poco y sospecho mucho. Recordé que había escuchado el nombre de Millwood y el de la mansión en algún lado y le pregunté a mamá Sam, ella fue quien me dijo que el hijo mayor de los O´Reilly desapareció en extrañas circunstancias. Claro que lo había escuchado, papá no paraba de hablar de ello en casa...

—Mi querido Henry… aquello le marcó profundamente, en más de un sentido Beth.

—¿A qué te refieres? —Quiso saber la inspectora.

—No es el sitio adecuado para hablarlo y yo necesito despejar la mente para volver a esa sala.

—Sam…

—Debería ser Cloe la que te hable de ello.

—¿Mi madre? ¿Qué tiene que ver mi madre en esto?

Sam se dio cuenta del agujero sin fondo hacia el que acababa de tirarse sin paracaídas. Dio un sorbo lento a su taza, suspiró y miró a Beth con ojos vidriosos antes de continuar con su relato.

—Henry tuvo una aventura con Agatha Raven.

—¿Perdón? ¿Estás hablando de mi padre?

—Sí Beth, hablo de Henry Malone. Por aquel entonces tus padres llevaban un tiempo algo distanciados, no es excusa, pero es la realidad. Cuando le asignaron la investigación pasó mucho tiempo en Raven´s Manor, de hecho, estuvo meses viviendo en Millwood.

—Es cierto… Recuerdo que hubo un tiempo en el que dormía en casa solo los fines de semana. Nos dijeron que estaba desplazado por trabajo temporalmente —dijo Beth con la mirada perdida.

—Y no os mintieron. En Millwood no había un equipo capacitado para aquello, les quedaba grande, por eso le desplazaron. Una terrible casualidad que de entre todos los inspectores disponibles lo eligieran a él. Beth, fue discreto, te aseguro que solo yo, su mejor amigo, sabía que su relación con Agatha mudó de naturaleza y que la amaba.

—No me lo puedo creer. He estado durmiendo bajo el mismo techo que esa mujer hace unas horas… Mi pobre madre…

Beth estaba tan en shock que no podía hablar, se desplomó en el asiento que tenía detrás.

—¿Y qué pasó, Sam? —preguntó Lloyd.

—Henry tenía sus sospechas, creía que algo turbio había sucedido con el pequeño Connor. No podría seguir con la investigación sin implicarla directamente y ahí acabó todo. Esa decisión lo mató como inspector, pero lo hizo por ella, por Agatha. De cara a la unidad, no había pistas plausibles de las que seguir tirando, se retiraron los efectivos de búsqueda y las noticias dejaron de mencionar el nombre de Millwood.

»Él comprendió que salvarla tenía un precio y este era su honestidad como inspector. Y si alguna vez hubo posibilidad de que deseara comenzar una nueva vida junto a ella, esta terminó del mismo modo que el caso. No podía estar con una mujer que tenía algo que ocultar de esa magnitud. Regresó a Nueva York y a la realidad transformado en una sombra de lo que fue.

—Nos convertimos en su segundo plato.

—No se trató de eso en ningún momento y eres lo suficientemente adulta como para comprenderlo.

—No Sam, no lo comprendo, como tampoco comprendo que dejara un caso sin resolver a propósito. Faltó a su deber como inspector y además os mintió, estoy convencida de que sí encontró a Connor.

—Si lo hizo en su conciencia quedó.

—¿Así de simple? ¿Y nosotros? ¿También estábamos en su conciencia cuando se acostaba con Agatha Raven?

—Beth… con el tiempo lo entenderás. —Sam la abrazó—. A tu madre le contó lo que había sucedido, siempre lo supo. Cloe le perdonó y volvió a casa, donde debía estar. Tu madre y yo lo entendimos. Ninguno de los tres volvió a hablar de ello y así debería seguir siendo.

»Según tú, ¿dónde está Connor O´Reilly?

—Jamás salió de Raven´s Manor, pero todavía no tengo pruebas que lo demuestren. Además, a nadie le importa ya.

—A ti sí. Sé cauta Beth, te conozco, no pongas los pies en algo peligroso. —La previno Sam.

—¡Eso es lo que trato de que se le meta en esa terca cabeza que tiene! —dijo Lloyd más preocupado que nunca por su compañera.

—Debo volver, no quiero hacer esperar más a nuestra Jane Doe. Tened cuidado, los dos.

El jefe Hickins abrió las puertas de la sala de autopsias.

—Sam. —Beth lo llamó y él se giró—. Gracias por contármelo. Aunque duela. —Él asintió con la cabeza y se perdió tras las puertas.

Para Elizabeth Malone, este aciago día sería un antes y un después en su vida, un corte transversal que lo cambiaría todo, incluido el mito que había forjado en su recuerdo en torno a su padre. Y por desgracia para ella, porque aún quedaba más dolor que asumir, no sería el último día que iba a marcarla para siempre.

CAPÍTULO 17
Y TÚ, ¿POR QUÉ MATARÍAS?

Jueves, 07 de diciembre

Segunda autopsia de Jane Doe #23-7431 un año después de su fallecimiento. Cáncer de colon en estadio cuatro. Las tres víctimas del asesino del puñal de hielo tenían un tumor. Hickins se revolvió al corroborar que las sospechas de la unidad y el FBI eran ciertas. El tumor había sido el único móvil del asesinato, pero en su defensa, pensó, cuando realizaron la primera autopsia, la causa de la muerte era tan evidente y sorprendente, que toda la atención se centró en el tipo de arma utilizada para cometer el crimen. No se buscó más allá, y eso ya se lo había confesado a Beth. Tampoco había más casos por entonces, no se sospechaba que fuera obra de un asesino en serie y que un año después, nada más y nada menos que un año, se enfrentarían a dos muertes más en las mismas circunstancias. Sin embargo, el hecho de que el asesino hubiera preparado a Jane Doe como si fuera un cuadro de Ofelia les ofreció indicios de que el crimen volvería a cometerse. La ritualidad tiende a repetirse, los encargados de elaborar perfiles criminales lo saben y los implicados en el caso «Blue Lagoon», incluido el jefe forense Hickins, también. Pero igualmente sabían que solo podían ir paso a paso por el camino que el asesino había dejado tras de sí.

Después de contarle a Beth y a Lloyd la conclusión de la autopsia, entró en el servicio de la morgue y vomitó. Vomitó tanto que la faringe se irritó y toda la boca se llenó de un sabor metálico conocido. No lo contaría jamás a nadie.

Eran las tres de la madrugada cuando el jefe forense terminó de redactar el informe. Apagó la luz de su despacho y cerró con cuidado la puerta, no quería alertar sin motivo a James, el vigilante. Se acercó al depósito para comprobar por tercera vez que

Jane Doe estaba ya en la cámara, a la espera de que a la mañana siguiente, la unidad consiguiera hablar con Mildred Planchet y les confirmara si era paciente del centro o no. Tres luces parpadearon en el pasillo. Todo lo demás estaba sumido en una oscuridad tan intensa que Sam pensó que los fluorescentes estaban igual de deteriorados que él, porque no era de los que creían en supersticiones o señales del más allá y llevaba media vida deambulando por cada uno de los rincones de la morgue; pese a ello, una sensación de que algo terrible iba a suceder lo invadió de forma abrumadora en ese instante. Se dio la vuelta y miró, esperó un par de segundos en los que las luces volvieron a titilar y siguió caminando. Saludó a James y salió de allí como alma que lleva el diablo, deseando llegar a su casa, meterse en la cama y olvidarse de aquel maldito día interminable. Realmente, el día había sido larguísimo.

☾ ✝ ☽

Ryan Manner y Betsy Clarkson estaban en la esquina del edificio donde vivía Mildred Planchet. Ryan llevaba su maletín con el nuevo puñal recién creado.

—La gente mata por todo Betsy. Unos lo hacen por celos, otros por dinero, ambición, yo lo hago por compasión. ¿Y tú? ¿Por qué matarías tú?

—Ryan…

—Esa zorra te ha amargado la existencia hasta límites inhumanos —dijo Ryan esperando ver en Betsy la rabia necesaria para empuñar el objeto que contenía el maletín y clavárselo hasta atravesarle el corazón a la señora Planchet—. Recuerda todas las palabras que te ha regalado.

—Siempre se cree que no escucho, soy un saco de boxeo para ella. Pero no es la única. Me miran, cuchichean y se ríen. Qué harta estoy.

—Hay que empezar por algún sitio. El primer paso no te lleva a la meta, pero te saca de donde estás Betsy.

Ryan advirtió el brillo en los ojos de ella; era una mezcla de lágrimas y orgullo herido, de desazón que horadaba una mente ya de por sí muy debilitada. Betsy Clarkson estaba en el punto límite en el que el equilibrio deja de existir y la balanza se inclina hacia el lado oscuro del universo con todo su peso.

—Es ahora o nunca Betsy, no podemos estar mucho tiempo más aquí abajo parados. He anulado la cámara de seguridad del edificio, pero nos puede ver cualquiera que mire por la ventana, es muy arriesgado.

—Vamos. 401. ¿Crees que podré? —dijo ella apretando muy fuerte las manos de Ryan.

—No temas, yo la duermo, tú solo tienes que hundir el puñal en el punto que te indique con todas tus fuerzas, hasta el fondo. Un solo gesto rápido y preciso. Eres muy capaz Betsy. Ponte los guantes.

Ella obedeció. Se puso los guantes que él había comprado para aquel momento, los de él le quedaban grandes y los dedos bailaban dentro.

—Ryan… —Le temblaban las manos.

—Shhhhh —Puso un dedo sobre sus labios—. A partir de ahora prohibido hablar, prohibidos los nombres. Estoy contigo, tú puedes. Ponte la capucha y subamos de una vez.

Cuando salieron del edificio algo había cambiado. Betsy lo notaba hasta en el aire. Respiraba con ligereza, como si el mundo pesase menos. Habían dejado juntos su firma del miedo, esta vez sin cuadro. Ella se sentía distinta: una Betsy empoderada, sin temores, sin complejos. Y aunque ese sentimiento no pasaría a ser definitivo, en aquel momento para ella supuso la rotunda ruptura con una vida en la que era una don nadie. Pensó que los caminos por donde te lleva la vida son inesperados. Acababa de cometer un acto que jamás creyó que sería capaz de cometer. Se había debatido entre el bien y el mal de una forma absurda porque acababa de comprender que para ella el debate no estaba entre el bien o el mal, o entre lo que es moral o no lo es. El debate en realidad estaba entre lo que es justo y lo que no lo es. Lo había entendido por fin.

Una vez fuera del área de influencia del domicilio de Mildred Planchet ella ordenó a Ryan que parase la furgoneta, le llevó a la parte trasera, donde otras habían yacido de forma distinta, e hicieron el amor sin juguetes ni artilugios, solo ellos, solo sus cuerpos desnudos siendo libres de culpa y remordimiento. Ambos disfrutaron del sexo como nunca antes lo habían hecho. Por primera vez Ryan se sentía acompañado con plenitud.

☾ † ☽

Eran las cinco de la mañana cuando los móviles de Lloyd y Cristine sonaron a la vez. Lloyd se levantó de un salto y se fue a la cocina, no quería que los escuchasen hablar a la vez. La llamada era de la unidad. Un aviso de homicidio en el 700 de Amsterdam Avenue, mismo método, pero solo en el arma. A priori nada de lo demás encajaba. La víctima, Mildred Planchet.

Elizabet Malone llegó la primera.

—Beth.

—Hola Lloyd.

—Buenos días inspectora Malone.

—Cristine… —Beth miró a Lloyd—. ¿Habéis llegado juntos?

—Nos hemos encontrado en la puerta. —Se adelantó el subinspector Conoly.

—Ya. Bien, aquí la tenéis. A priori la han asesinado con el mismo objeto punzante de hielo seco a juzgar por las abrasiones de la piel. Pero como os estaréis preguntando, no es joven, no está enferma y no es pelirroja.

—Pero es la directora del Upper East Side Cancer Center —apuntó la agente especial Watson.

—¿Crees que es obra de nuestro asesino?

—Elizabeth, lo que creo es que hoy no vamos a poder hablar con Mildred Planchet. Hay que acercarse al centro y averiguar quién se queda al mando a partir de ahora, necesitamos saber si Jane Doe era paciente suya. Lloyd, da el aviso a los parientes cercanos. Elizabeth, quédate aquí hasta que levanten el cuerpo y habla con Hickins. Yo iré al centro. Es evidente que hay una

conexión entre ese lugar y el asesino y voy a descubrirla. Nos vemos más tarde.

Mientras, en la unidad, el detective Williams llevaba varias horas visionando las grabaciones de la cámara de seguridad del edificio de Ryan Manner. Los días de los asesinatos de Terry Mitchell y Caroline Bradford, a la hora adecuada, se le veía salir con un atuendo curioso y un maletín. Se perdía por la calle, pero al cabo de tres minutos siempre pasaba por delante del 39 de Pearl Street una Dodge Ram negra de 1999 con él dentro. Era lo que necesitaban. Lo tenían. Aquello relacionaba la furgoneta grabada en los alrededores de Central Park los días de los asesinatos con la que llevaba Ryan Manner. De poco había servido el retrato robot, el hombre que se veía en las imágenes no se parecía en nada al dibujo de Evan Cole. Era evidente que el asesino empleó un disfraz cuando compró la furgoneta. El detective Williams llamó a Elizabeth, podían pedir la orden de registro.

☾ † ☽

Cristine Watson no caía bien de entrada y ella lo sabía, por eso al entrar en el Upper East Side Cancer Center lo hizo con la mejor de sus sonrisas impostadas; entrenaba a menudo delante del espejo porque en su trabajo era fundamental transmitir serenidad y simpatía cuando la situación lo requería, y esta era una de esas situaciones. Al enseñar la tarjeta identificativa la llevaron con Betsy. Elizabeth Clarkson era la más preparada para organizar el caos de aquel jueves en el centro. La noticia había llegado hacía tan solo unos minutos y la junta directiva aún no había enviado a nadie en sustitución de la señora Planchet. Cristine detectó un nerviosismo creciente en aquella mujer pelirroja y pasada de kilos que la estaba atendiendo.

—¿Y cuándo podré hablar con el nuevo director o directora?

—Me tem mo que yo me encargaré has hasta que lo designen. ¿Quiere un café?

—No, gracias señora Clarkson.

—Señorita, si no no le importa.

—Bien, señorita. ¿Podemos ir a alguna sala algo más privada? Necesito que me confirme si puede identificar la fotografía de una persona fallecida como paciente del centro. —Betsy la miró horrorizada—. No se lo pediría si no fuera de vital importancia Elizabeth. No puedo esperar.

—Sígame, y llámeme Bet, Betsy por favor —dijo continuando con su tartamudeo, que había vuelto a aparecer como si nunca se hubiera ido.

Llegaron al despacho de Mildred Planchet, Betsy se sentó en el asiento de la directora. Cristine abrió la carpeta con las fotos de la primera autopsia de Jane Doe #23-7431, las sacó y se las puso de modo que Betsy pudiera observarlas con detenimiento.

—¿La reconoce, Betsy?

—No, lo siento.

—¿Podría reconocerla si hubiera sido paciente del centro hace un año?

—Sssssí, con seguridad. Ordeno y clasifico el archivo de, de todos nuestros pacientes, además de otras cosas. La recorrrrdaría.

—¿Está segura? ¿Podría testificar lo mismo en un juicio?

—Mmm…muy segura. Un… ¿un juicio?

—Escúcheme bien señorita Clarkson, no me voy a andar con rodeos, estamos a punto de dar con el asesino en serie más famoso de Nueva York en este momento y creemos que podría estar relacionado con el asesinato de Mildred Planchet. Habrá oído o leído acerca de él en la prensa como «el asesino del puñal de hielo», pese a nuestras reticencias a que utilizaran esa expresión ante la ciudadanía.

Esto último lo dijo más para ella misma que para Betsy. No pudieron parar con suficiente rapidez el artículo de Nick Malone.

—¿Van a detenerle?

—¿Tartamudea usted unas veces sí y otras no?

Betsy enrojeció. Hablaban de enjuiciar al hombre que Elizabeth Clarkson amaba, y aunque ella sabía que esta historia iba a terminar así, le costaba controlar los nervios y el terror que la dominaban.

—Muchas gracias por su tiempo señorita Clarkson. Seguiremos en contacto. Sé que esto que voy a decirle suena muy a tópico de pelis de polis, pero… no salga de la ciudad.

Cristine salió del despacho y cerró la puerta. Mientras bajaba por las escaleras escuchó una puerta cerrarse detrás de ella.

—Es… espere agennnnte.

Betsy estaba dos pisos más arriba queriendo parar una maquinaria que ya no podía detenerse.

—¿Puedo ayudarla en algo más?

—¿Qué crrrree que le pu pu puede pasar al a a asesinnno?

—Me temo que eso no es de su incumbencia señorita Clarkson, gracias de nuevo.

Se dio la vuelta, ignorándola, y siguió bajando. Al cabo de unos segundos escuchó cerrarse de nuevo la puerta que daba a las escaleras. Algo que todavía no comprendía del todo acababa de pasar. Algo en Betsy Clarkson no encajaba, una desesperación silenciosa encerrada en ese tartamudeo, luchando por salir a flote.

Betsy estaba furiosa con ella misma. Había mostrado de nuevo su lado más vulnerable frente a la agente del FBI. Se preguntaba si su estupidez pondría aún más en peligro a Ryan. La Betsy que tartamudeaba y dudaba estaba más que muerta y enterrada. «¿Por qué ha vuelto a salir?», se preguntaba. La posibilidad real de perder al joven Manner había dinamitado todas sus barreras y precauciones. Quizás esa Betsy no estaba tan muerta ni tan enterrada como ella se había creído, y es que dejar de ser uno mismo, por mucho que se haya cometido un acto atroz que haya cambiado de raíz todo tu ser, es una cuestión difícil y compleja.

CAPÍTULO 18
CERRANDO EL CERCO

Viernes, 08 de diciembre

Después de haber implorado a la fiscalía, prescindiendo de Cristine Watson, y a la espera de recibir la orden del juez, la inspectora Malone organizó la reunión de aquella mañana en la Unidad Veintidós. Paul era un detective leal como ninguno, nunca habría avisado antes a la agente especial Watson que a Beth de que tenían causa probable para pedir la orden de detención. Y ese hecho le había proporcionado a la inspectora Malone cierta ventaja.

De muy buen humor, ese que hacía tiempo que no la acompañaba, Beth había traído café del puesto de la esquina, no de la cafetera de la unidad, para todos, y había preparado la sala donde guardaban el tablón de la operación «Blue Lagoon». Todo debía estar atado y bien atado, porque en cuanto cruzaran la puerta de Ryan Manner, si lo hallaban en su domicilio, los acontecimientos iban a precipitarse a una velocidad no controlable. Este era uno de los momentos más peligrosos en el trabajo policial. Además, Cristine iba a añadir un factor nuevo en la ecuación en la reunión y eso era algo que la inspectora ni tan siquiera sospechaba, pese a que Nathaniel en su visión del asesinato de Caroline Bradford ya había adelantado que Ryan tenía otra pelirroja en su vida.

Poco a poco el equipo fue llegando y ocupando un asiento de la sala. Lloyd se acercó a Beth para agradecerle el café. De nuevo había llegado a la vez que Cristine. «¿Por qué me duele?», pensaba Beth. Le costaba respirar cuando los veía juntos, pero al mismo tiempo, cuando esa falta de aire llegaba, las caricias de la noche anterior de Nate se convertían en bálsamo sanador para ella. Se perdía en su piel y en su olor, y todo lo demás desaparecía. Nathaniel estaba pasando más tiempo en el apartamento de Beth

que en su propia casa, pues no le apetecía lo más mínimo tener encuentros de carácter romántico estando su hermana en la habitación de al lado; y Caitlin se había negado en rotundo a regresar a Raven´s Manor hasta que no terminara todo. Quería tener la oportunidad de ver a Ryan, aunque no se lo había comentado a nadie y aún no sabía cómo se las arreglaría para verle.

Cuando el equipo al completo estuvo sentado, Cristine se colocó al lado de Beth y soltó la bomba llamada Elizabeth Clarkson.

—Buenos días a todos. Antes de que entremos en materia quiero contaros que ayer estuve en el Upper East Side Cancer Center. Como era de esperar aún no tienen sustituta para la señora Planchet. Elizabeth, ¿tenemos ya el informe forense?

—Llegó de madrugada. Os lo he añadido en la carpeta que tiene cada uno en su sitio. El arma es un objeto punzante fabricado con nieve carbónica y polvo de diamante. Como dato relevante, hallaron un cabello largo de color pelirrojo en el cuerpo. Y como todos pensábamos, Mildred Planchet no estaba enferma de cáncer, gozaba de muy buena salud en el momento de su muerte. Ahora hay que encajar una pieza más en el puzle con la que no contábamos, el asesinato de esta mujer, sin relación aparente con el caso. Por otro lado, Williams sacó los listados de los colaboradores y suministradores del Cancer Center.

—¿Y qué hemos sacado de ello?

—¿Poco tiempo ayer para leer el informe que yo misma te envié por correo electrónico Cristine? —Beth habló mirando fijamente a los ojos de Lloyd. Cuando hacía comentarios de este tipo la tensión del equipo se elevaba, y la de Lloyd Conoly, que no sabía cómo lidiar con la situación, más—. Esos listados, además de haber conectado la Dodge Ram con Ryan Manner gracias al trabajo de Williams, son parte de la causa probable por la que fiscalía ha accedido a solicitar al juez las órdenes de registro y detención. Hay un laboratorio, el Laboratorio de Innovación Clínica de la Universidad de Columbia, con el que el Upper East Side Cancer Center colabora. Están llevando a cabo un estudio para mejorar las condiciones de preservación de órganos para los trasplantes, y el Cancer Center les proporciona los órganos de los donantes voluntarios. Los donantes

son conscientes en todo momento de que sus órganos se destinarán a investigación, no hay nada oscuro en este tema. Firman en vida un acuerdo para que el Laboratorio de la Universidad pueda investigar con ellos. Si recordáis, tanto Terry Mitchell como Caroline Bradford eran donantes, y concretamente y este dato nos faltaba, donantes voluntarias para el Laboratorio. Y ahora viene lo mejor: las dos personas que gestionan el papeleo del programa son, oh sorpresa, Ryan Manner por parte del Laboratorio y aquí entra en escena alguien nuevo, por parte del Cancer Center, Elizabeth Clarkson.

—Betsy para los conocidos. Es de ella de quien quería hablaros y perdona que interrumpa —dijo la agente especial Watson —. En mi visita de ayer tuve un breve encuentro con la señorita Clarkson y algo chirriaba. Tenía la palabra culpable escrita en la frente. Es solo intuición, pero si tuviera que sacar un perfil suyo, diría que oculta algo. Estaba muy nerviosa, tartamudeaba en exceso unas veces y otras no, y lo que me llamó poderosamente la atención, tenía un interés extraño y especial en saber qué iba a sucederle al asesino del puñal de hielo.

Beth se quedó pensativa. ¿Y si…? ¿Y si Ryan Manner no actuaba solo? Pero lo que ahora les había metido en un recoveco difícil era la última muerte, solo encajaba el tipo de arma. La inspectora pondría las manos en el fuego por…

—¿Y si llamamos a Caitlin O´Reilly y que nos acompañe a la morgue? —preguntó Beth.

—¿Otra vez los O´Reilly? —protestó el subinspector Conoly. Perdona Beth, pero creo que sería mejor pedirle amablemente a la señorita Clarkson que se acerque a la unidad a hacer una declaración, sin nadie más de por medio.

—Gran idea Lloyd. Y si además Caitlin está presente en el interrogatorio, puede que tenga alguna visión.

—Y no la podremos aportar como prueba Beth, y lo sabes. ¿Por qué eres tan cabezota con esto? Creo que el papel de los O´Reilly en esta investigación ha llegado a su fin. Traigamos a Elizabeth Clarkson siguiendo la intuición de la agente Watson y veamos a dónde nos lleva el interrogatorio. Si Betsy estaba tan nerviosa como dice Cristine, no nos costará mucho sacarle algo.

—Estoy con Lloyd —apuntó Cristine tomando un sorbo de su vaso de café. La inspectora Malone los miró a ambos unos momentos y después fijó su vista en el tablón.

—Es la primera vez que encontramos restos biológicos en la víctima. Cristine, ¿Elizabeth Clarkson es pelirroja?
—preguntó Beth.

—Lo es.

—¿Y si son pareja?

—¿A lo Bonnie y Clyde? —dijo Lloyd.

—Sí, ¿por qué no? Hablemos con ella, y si no os importa, pese a mi cabezonería, igualmente me gustaría contar con la opinión de Caitlin O´Reilly. Quizás me equivoque, pero creo que a Mildred Planchet la asesinó Betsy para los amigos. Fijaos, esta vez es un crimen personal. No hay puesta en escena posterior, no hay restos de pintura en el cadáver. La víctima no estaba enferma, no era joven, ni pelirroja.

—Puede que tenga razón inspectora —el detective Paul Williams habló por primera vez en toda la reunión. La manía que tenía de utilizar el usted con ella, pese a las millones de veces que Beth había insistido en que no lo hiciera, la sacaba de quicio, pero era su detective favorito.

☾ † ☽

No se pudo escapar antes del trabajo. El hospital había sido un caos espantoso todo el día. El equipo de la Junta directiva no dejó que el teléfono descansara media hora seguida. No paraba de repetir en su cabeza que su historia de amor iba a morir y prefería morir ella. Betsy corría por las calles de Nueva York en busca de un taxi para llegar a casa de Ryan sintiendo que la vida se le escapaba con cada respiración. Quería llegar antes que la policía, quería poder besarle una última vez.

—Estás aquí… —dijo echándose en sus brazos cuando este abrió la puerta del loft.

—Ey, ¿qué sucede? ¿Por qué lloras? —Betsy no podía parar de llorar ni podía soltarle—. Siéntate, ven. Cálmate. Betsy, mírame,

respira.

—El FBI ha estado en el hospital, buscaban al sustituto de Mildred.

—Bueno, ¿y? —Ryan se levantó y le trajo un vaso de agua —. Toma. Quítate el abrigo, bebe tranquila, estás en casa.

Betsy intentó tranquilizarse. Él estaba allí. Le percibía sereno y firme como una roca.

—Ryan, debes marcharte. La agente del FBI que ha hablado conmigo me ha dicho que están a punto de detener al asesino del puñal de hielo, y ese eres tú.

—Lo sé. Mi padre me llamó esta mañana, la policía estuvo en Millwood, en la granja. Por fin se decide a llamarme y lo hace días después de que hayan estado allí y para que me quede claro que vienen a por mí. Mal nacido… Les dio mi dirección. Era cuestión de tiempo, con mi padre o sin él. Lo sabíamos. —Tomó su rostro con una mano y lo elevó hasta que sus miradas se encontraron—. Asumo mi destino, pequeña. Lo único de lo que me arrepiento es de no haber pasado más tiempo contigo, y lo único que lamento es todo el que estaremos separados. No podrá ser en esta vida, Betsy. No podrá ser.

Ryan se fundió con ella en un abrazo. Betsy solo podía pensar en que por muy lejos que se lo llevaran, no le dejaría. Los planes para un futuro que no por esperado es menos doloroso se instalaban en su cerebro a velocidad de vértigo. Pero antes debía intentar convencerle de lo obvio, aún estaba a tiempo de huir.

—Escúchame, te lo ruego, vete.

—Te escucho amor mío, pero no voy a marcharme. Lamentablemente en cuanto me atrapen esas chicas seguirán padeciendo y muriendo presas de una soledad y un dolor insoportable. Yo ya no estaré para ayudarlas, pero sé que he hecho cuanto he podido, mi madre está orgullosa de mí allá donde esté. Ahora debes escucharme tú a mí, porque no sabemos cuánto nos queda antes de que llamen a esa puerta.

—No, no, no… por favor Ryan. Tienes que irte. No puedo vivir sin ti. Además, me puse tan nerviosa que creo que me he

declarado sospechosa de una forma torpe y estúpida y les he puesto tras de mí.

—Betsy… has tenido la vida de una malnacida en tus manos y has hecho justicia. Ese poder debería hacerte invulnerable. Escúchame tú, por favor.

Betsy asintió con los ojos húmedos, la máscara de pestañas emborronaba sus pecas.

—Yo confesaré el asesinato de Mildred Planchet. Ya cargo con tres muertes a mis espaldas, me da igual una más. Me espera la perpetua con total seguridad, por muy buen abogado que tenga, y lo tengo. No voy a consentir que tú entres en prisión, no lo soportarías.

—Pero tú no lo has hecho.

—Estaba a tu lado, sujetando tus manos cuando hundiste el puñal en su corazón. Sentí cómo dejaba de latir. Escuché ese silencio maravilloso a través de ti. ¿Acaso no es lo mismo? No admito discusión alguna en este punto. Déjame protegerte, por favor.

—¡No confieses!

—Betsy, no reniego de mis actos. Al contrario, estoy satisfecho con mi plan. —Se acercó a ella despacio, con esa sonrisa a la que ella no podía resistirse, y la besó—. Ven, brindemos por nuestra última noche juntos. Abramos una botella de vino por nosotros, comamos todo lo que podamos y follemos como dos adolescentes. Bueno, no, ¡mucho mejor que dos adolescentes! —Tiró de ella hasta levantarla del sofá—. Y mientras, te contaré la segunda parte de lo que vamos a hacer a partir de ahora.

—Pero, pero… ¿y si llegan ahora mismo Ryan?

—No va a ser ahora mismo, ten fe. Puede que sea mañana, o pasado, o al otro. Venga, celebremos Betsy. Celebremos porque por fin he encontrado a la mujer de mi vida.

Ryan Manner ya tenía en su mente una cena especial antes de que Betsy llegara con aquellas noticias, mucho antes. Nada empañaría la noche, porque esa misma tarde había elegido un anillo en la mejor joyería de todo Manhattan. Aunque no pudiera ser en esta vida, aunque estuviera metido entre rejas, quería hacerla su esposa. Al entrar en la cocina, Betsy reparó en que la cena estaba

hecha, la botella de vino tinto preparada, las velas encendidas y algunos pétalos de rosas negras esparcidas por la mesa y no entendió nada de nada, pero de pronto él estaba con una rodilla en el suelo y un estuche abierto.

—Amor, me es imposible ofrecerte la vida que habríamos podido soñar si yo no fuera yo. Lo lógico sería pedirte que me olvides. No puedo darte nada en realidad: soledad y visitas conyugales en prisión; pero ardo en deseos de que te conviertas en mi esposa.

Aquellas palabras tuvieron un impacto incalculable en ella. ¿Puede la vida cambiar en tan solo dos semanas hasta el punto de hacerla irreconocible para uno mismo? Elizabeth Clarkson sonrió, siendo consciente de que no tenía ninguna otra alternativa más que unirse a ese hombre porque no concebía otro camino. El punto en el que se encontraba era un punto de no retorno en más de un sentido.

—Sí, mil veces sí Ryan Manner, seré tu esposa.

El joven Manner puso el anillo en su dedo. Chocaron sus copas. Le pidió perdón por no haber traído champán, y la besó de nuevo, esta vez con el desgarro de quien sabe que su negro destino está a punto de cernirse sobre él con la misma certeza que sabe que el manto de la negra noche aparece cada día. Ella recibió ese beso como el más hermoso de su vida. Cuando accedió a tener un encuentro sexual ocasional y sin más compromiso, no habría imaginado que acabaría comprometida con el hombre que llenaba todos sus sueños, húmedos y románticos. Esta historia de amor no había sido como siempre soñó, pero «nada en la vida es perfecto cien por cien», se consolaba.

Mientras cenaban Ryan estaba distraído. Había algo más que quería pedirle a Betsy y le costaba comenzar la conversación por temor a una negativa.

—Betsy, necesito que me ayudes con algo cuando todo haya pasado. —Ella se dispuso a escuchar con atención—. Quiero que vayas a hablar con mi compañero Billy Graves y le convenzas para que termine mi estudio sobre la criogenización. Alguien debe concluirlo, y tú le ayudarás.

—¿Billy Graves? ¿En serio?

—Sé que parece estúpido, pero dentro de esa cabezota llena de enmarañados rizos tiene un cerebro mejor que el mío.

—¿Y cómo crees que voy a convencerle? No sé si es estúpido o inteligente, solo le he visto un par de veces en la recepción del laboratorio, no habré cruzado con él ni cuatro palabras seguidas.

—Eres muy capaz, confío en ti. Mira la espléndida mujer en la que te has convertido.

—Ryan, sigo siendo yo detrás de esta nueva máscara que me has puesto. La inseguridad y el tartamudeo vuelven en cuanto estoy nerviosa o asustada. Hoy mismo lo he comprobado.

—Crees que es una máscara, pero he sacado a la luz a la auténtica Betsy Clarkson. Estabas enterrada bajo capas y capas de sociedad hipócrita y castrante. Ahora tienes que terminar de limpiarte la tierra restante y brillar.

Tomó su mano y ella asintió. Lo ayudaría. No defraudaría la confianza de su futuro marido.

Aquella noche no durmieron, tendrían tiempo suficiente para dormir en adelante. Bebieron, bailaron y se amaron hasta el amanecer conscientes del valor de cada segundo. Sintieron que eran un solo ser imposible de dividir. Al fin y al cabo, Ryan había inoculado a Betsy con su oscuridad, al igual que Betsy a Ryan con su luz. Ninguno de los dos era el mismo que antes de conocerse y jamás volvería a serlo.

CAPÍTULO 19
HASTA PRONTO, RYAN

Sábado, 09 de diciembre

39 de Pearl Street. Siete y media de la mañana. El equipo de la Unidad Veintidós, con la agente especial del FBI Cristine Watson al frente, y los refuerzos solicitados, tomaban el edificio desde todas las perspectivas posibles. El cerco terminaba de cerrarse.

Con la orden en mano, la agente Watson, la inspectora Malone y el subinspector Conoly golpearon la puerta del loft.

—¡Ryan Manner, FBI, abra la puerta!

El joven Manner abrió. Impertérrito, con una siniestra sonrisa impresa en su semblante. No era la primera vez que veían ese gesto en la cara de un asesino. El mal siempre tiene el mismo rostro.

—Inspectora Malone de la Policía de Nueva York, ¿es usted Ryan Manner? —preguntó Beth mientras le enseñaban la orden y sus placas.

—El mismo.

—Señor Manner, queda usted bajo arresto.

—¿Y puedo saber el motivo?

—Hay una orden judicial en su contra por cuatro cargos de asesinato. Debe acompañarnos. Gire lentamente y ponga las manos detrás de la espalda.

Lloyd y Cristine le apuntaban con sus Glock 19. Ryan los miró con detenimiento y después, sin prisa, obedeció a la inspectora. Le esposaron. Él no se opuso, no presentó resistencia. La tristeza en los ojos del niño de la fotografía que Beth observó en la granja de los Manner estaba ahí, no había cambiado un ápice.

—Tiene derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser usada en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a

hablar con un abogado y a que un abogado esté presente durante cualquier interrogatorio. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio si así lo desea. ¿Entiende cada uno de estos derechos tal como se los he explicado?

—Perfectamente inspectora Malone. Puedo pagármelo, no se inquieten. ¡Betsy, llama a Victor Blackwell! ¡Su número está en la agenda de mi escritorio!

—¿Betsy? ¿Elizabeth Clarkson? —preguntó Cristine. Ryan la miró como a un mosquito que está intentando picarte.

—Soy yo.

De la oscuridad emergió el rostro ahogado en llanto de Betsy, casi irreconocible, desfigurado por el dolor.

—¡Williams! —Paul se acercó a la puerta—. Llama a la unidad, que dejen de buscar, acabamos de encontrar a la señorita Clarkson. —El detective asintió y cogió su móvil—. Me temo señor Manner que su compañera también tendrá que acompañarnos, podrán llamar al señor Blackwell desde comisaría —apuntó Beth.

—¿Está detenida?

—Solo queremos que conteste unas preguntas. Señorita Clarkson, necesitamos que nos acompañe.

—¿Puedo negarme?

—No está detenida —recalcó el subinspector Conoly. Puede negarse, en cuyo caso pediremos una orden y volveremos.

—Ne… ne… ¿necesito un abo… abogado?

«Betsy, para de tartamudear, ¡para!», se decía a sí misma. «Tú puedes, él confía en ti».

—De momento no, se lo estamos solicitando de manera voluntaria Elizabeth.

—Los acompañaré.

Metieron a ambos por separado en los coches que los llevarían a la unidad. La agente Watson iría con ellos mientras inspectora y subinspector procedían a registrar el domicilio en busca de pruebas.

Cuando Lloyd entró en el estudio de pintura, o altar, no habría sabido cómo llamarlo en aquel momento, se quedó blanco como la nieve.

—¡Beth! ¡Aquí!

—Así es que aquí están los cuadros. Los famosos cuadros.

La habitación estaba impregnada de un olor a iglesia insoportable; Beth se tapó la nariz con la manga del abrigo. Los miró detenidamente. Allí estaban las tres muchachas: Jane Doe, Terry Mitchel y Caroline Bradford. Aunque no le dio tiempo a dejar el cuerpo de Caroline convertida en Ofelia en Central Park, la había retratado para cumplir con el ritual.

Beth no esperaba encontrar un cuadro con Mildred Planchet y no lo encontró. No encajaba en la pauta, y sin embargo, el uso del mismo tipo de arma en su cuerpo la había metido dentro de la serie de mujeres que habían fallecido a manos de este asesino.

—La firma del miedo Lloyd. —Pasó los dedos enguantados en vinilo sobre la firma de Ryan en el cuadro de Jane Doe #23-7431—. Nate estaba en lo cierto, es muy buen pintor. Eso hay que reconocerlo. Mira sus expresiones.

—Y tú tenías razón, no era David Smith, o Nathaniel O´Reilly, o como quieras llamarle.

—Lloyd, ¿a estas alturas? ¿Otra vez con lo mismo? ¿En serio? Yo creí en él la misma noche que le saqué a beber para obtener información. Mi instinto no suele fallar.

—Tenías otras motivaciones para creer en él —dijo con un suspiro y se quedó unos segundos en silencio. A veces era incapaz de pronunciar palabra cuando pensaba en ellos dos. Bajó la vista un momento para recuperarse y cambiar de tema. La reacción de ella tampoco se hizo esperar, enarcó una ceja y le miró con gesto de reproche—. Te arriesgaste demasiado Elizabeth.

—Pero salió bien.

—Pero podría haber salido fatal.

—Es suficiente Lloyd, en serio, no sigamos por ahí. Hay que llamar a la científica, nos hacen falta.

El detective Williams les interrumpió. Había algo que debían ver. Los llevó hasta la habitación que Ryan tenía a modo de laboratorio, donde trabajaba cuando no podía seguir haciéndolo en la universidad. A juzgar por lo que encontraron, tal y como habían sospechado desde el principio, creaba un puñal para cada víctima. El

arma perfecta que dejó de serlo cuando las coincidencias se hicieron patrón.

Beth les dejó para ir al dormitorio de Ryan. Abrió el armario, los cajones del escritorio y todo cuanto podía abrirse. Debajo de la cama halló un maletín negro con artículos bondage. «Cada uno es libre de practicarlo como desee», se dijo a sí misma intentando no juzgarle por aquello. Posó su vista sobre una estantería donde había fotografías. Junto a la imagen de la que imaginó sería la madre de Ryan, estaba el pequeño avión de latón. Sacó el móvil del bolsillo del abrigo, le hizo una fotografía y llamó a Nathaniel.

—Nate, tenías razón en todo. Estamos en la casa de Ryan. Acabamos de detenerle, por fin. Tengo en mis manos el avión. Aquí está, existe.

—Enhorabuena. No podréis presentarlo como prueba, pero tú y yo sabemos que lo llevaba, y lo que significa.

—Nate…

Hubo un silencio.

—Dime Beth.

—¿Vendrás esta noche?

—Cuenta con ello princesa.

—Deja de llamarme princesa. —Un ligero rubor se encendió en sus mejillas. De pronto se escuchaba a Caitlin por detrás, quería hablar con ella.

—Creo que ya la oyes, te la paso. Hasta la noche.

—¿Qué pasa Caitlin?

—Beth, necesito hablar con Ryan, por favor. Sé que le tenéis.

—¿Cómo sabías…? Perdona, borro la pregunta. No puedo dejar que le veas ahora Caitlin.

—No sé si tendré más oportunidades para hacerlo, por favor.

—Escucha Catilin, ¿vendrías a la unidad para estar presente en el interrogatorio de Elizabeth Clarkson? Es su pareja, necesito que intentes ver. Sea lo que sea nos ayudará. Sospecho que está más implicada de lo que parece.

—Iré, ¿me dejarás tú ver a Ryan?

—Te dejaré, una entrevista muy breve.

—Entonces salgo ahora mismo. ¡Ah! Y trae el avión, por favor, quiero devolvérselo.

Tenía aún en la mano el juguete cuando Lloyd entró en el dormitorio. No les quedaba mucho más por hacer allí. Debían irse para que sus compañeros de la científica pudieran trabajar. Algo dentro Beth se revolvía. Su máxima, cada caso te arrebata un pedazo de alma, se cumplía una vez más. Aunque esta vez, tal y como ella llevaba tiempo sospechando, de su alma se había desprendido más de un pedazo.

☾ † ☽

—¿Quién era la mujer que mataste el año pasado? ¡Dime su nombre, maldita sea!

—Ya tiene mi confesión inspectora Malone, ¿qué más quieren de mí? Yo maté a esas cuatro mujeres, ya les he dado todos los detalles, déjenme en paz.

Cristine Watson movía la cabeza de un lado a otro con exasperación detrás del cristal.

—Ryan. —El abogado le hizo un gesto para que se acercara, no quería que la inspectora los escuchara hablar—. No diga nada más, déjeme hablar a mí.

Era la primera vez que el señor Blackwell, de Blackwell & Sons Attorneys, se veía cara a cara con Ryan Manner. Hacía aproximadamente un año recibieron una llamada suya en el despacho, solicitó pasar a formar parte de su cartera de clientes, aunque no había ninguna causa en la que pudieran defenderle. Al recibir la segunda llamada comprendió la motivación de la primera.

—Hable después de estudiar el caso —le contestó Ryan. Acto seguido se levantó. Desde el otro lado de la mesa, si se inclinaba lo suficiente, casi rozaba la oreja de la inspectora. Susurrando se dirigió a ella—. No escucharán jamás su nombre. —Ryan se guardaría ese dato para sí mismo. Es algo que se quedaría entre Jane Doe y él para toda la eternidad. ¿O no?

—¿La conocías, tenías una relación con ella?

Cristine entró en la sala antes de que Beth perdiera del todo los papeles. Su tono de voz indicaba que era lo siguiente que iba a suceder. La sacó de la sala para sustituirla en el interrogatorio.

—No va a decir nada más Lloyd. No nos dirá el nombre de la primera víctima. A Cristine tampoco se lo va a decir.

—Acabo de llegar, estaba terminando de redactar el informe. ¿Ha confesado algo?

—Sí, puedes ver luego la grabación, ha confesado los cuatro asesinatos. Ha contado con pelos y señales cómo las cogía, las dormía con cloroformo, las llevaba a la furgoneta, las retrataba en sus lienzos ya vestidas con tul blanco y flores y las dejaba después en el Reservoir; menos a Caroline Bradford que la pintó después de haber abandonado el cuerpo, y Mildred Planchet, que la mató en su domicilio y ni la pintó. Miente Lloyd. Mildred Planchet no fue obra suya, o no del todo. Y lo injusto es que van a atribuírselo a él por no investigar más, quieren cerrar el caso cuanto antes. Estoy furiosa.

—Deja la furia para cuando hayas salido de la unidad, así no vas a arreglar nada Beth, no hace falta que te lo diga. Vamos a ver a la señorita Clarkson, está en la sala de al lado, sudando.

—No va a decirnos nada de interés, no perjudicará a su pareja.

—Habrá que intentarlo.

El subinspector Conoly se dio media vuelta en dirección a la otra sala.

—Lloyd, espera. Caitlin ha llegado, en cuanto acabemos con Elizabeth Clarkson hay que dejarla que vea a Ryan unos minutos, se lo he prometido.

Lloyd asintió y ambos entraron para charlar un rato con Betsy. Williams llevó a Caitlin hasta el otro lado del espejo para que pudiera observar todo cuanto se decía. Media hora después salieron exhaustos. Cuando sacaron a Betsy para ponerla en libertad Caitlin se acercó y la cogió del brazo, disimulando que se tropezaba. Un acto muy inteligente por su parte.

Beth sabía que teniendo la confesión de Ryan esto iba a terminar así. Lloyd también. Pero no podrían acusarles de no haber hecho su trabajo. Como esperaban, pese a los sudores y al tartamudeo, la señorita Clarkson no dijo nada que les fuera útil. Lo único que admitió fue que era la novia de Ryan Manner y lo amaba. Negó conocer sus actividades delictivas. Negó estar implicada en ellas. Reconoció haber estado en casa de Mildred Planchet con asiduidad por motivos de trabajo, por lo que el pelo pelirrojo y largo podía ser suyo sin ser más que una prueba circunstancial que no demostraba nada. Y como no podían retenerla sin pruebas, volvió a su casa, dispuesta a contactar con Billy Graves lo antes posible y reanudar con él los estudios de Ryan.

La mente de Elizabeth Clarkson era fuerte, lo único que pudo ver Caitlin fue calientes escenas de sexo sado con él. Así se lo contó a ambos, que esperaron con paciencia hasta que la sala se vació para hablar con ella. Les advirtió también de un punto inquietante que logró discernir pese a tanta resistencia a que penetrasen su mente: Betsy tenía la intención de continuar con algún proyecto que había comenzado Ryan. No logró saber más, no era muerte y destrucción, pero debían estar atentos a los pasos que diera en un futuro no muy lejano porque no podía aportarles más información. El joven Manner estaba en lo cierto, solo había dejado al descubierto a la verdadera Betsy, fuerte como un roble. Ambos eran más parecidos de lo que jamás habrían imaginado. Almas gemelas.

Por su parte, Cristine Watson tampoco pudo sacarle nada más al detenido. Tenía muy claro lo que iba a contar y lo que no. Y su abogado no dejó que el interrogatorio continuara, ya tenían su confesión y detalles que solo hubiera podido saber el asesino, además de las pruebas que habían ido acumulando y que ahora encajaban unas en otras como una matriuska. Ryan debía pasar a disposición judicial les gustase o no.

Victor Blackwell acompañó a la agente Watson para terminar la burocracia del traslado al centro de detención, momento que aprovecharon para cumplir lo prometido y permitir que Caitlin viera

unos minutos a Ryan. Beth, con un movimiento que nadie advirtió, puso el avión en las manos de la mayor de los O´Reilly y esta sonrió.

—Ryan…

Caitlin deseaba mirarse en sus ojos pese a lo que pudiera ver en ese espejo.

—Caitlin O´Reilly… eres la última persona que esperaba ver hoy en esta sala. Pero no sé por qué me extraño, mi padre me dijo que estuviste en la granja con la policía. También estuvo Nate. ¿No ha tenido valor para venir a verme?

Ella se sentó frente a él y le tomó las manos esposadas a la mesa.

—Colaboramos con ellos. Sabía que estabas aquí, quería verte.

—Ya… les habéis ayudado a cogerme, ¿no es eso? ¿Te sientes culpable?

—No Ryan, no me siento culpable. Yo no elegí seguir el camino del mal.

Ryan sonrió con un toque de ironía.

—¿Por qué lo veis así? Han dejado de sufrir.

—Esas mujeres tenían una vida Ryan, una vida que les arrebataste sin ningún derecho.

—¿Vida? Viste lo que esa maldita enfermedad le hizo a mi madre, yo les he dado la paz.

Cuando las miradas de ambos coincidieron en el mismo punto, ella vio los rostros de todas y cada una de las mujeres que mató; dormidas, solo abrieron los ojos una última vez antes de expirar. Vio el rastro del miedo en ese último gesto para nada involuntario pese al cloroformo. Notaron la mole de hielo hundiéndose en su carne, notaron cómo se paraba su corazón. Caitlin retiró sus manos de golpe y se echó para atrás, rompiendo la conexión visual con Ryan.

—¿Por qué Ryan? ¿Por qué?

—No voy a justificarme más Caitlin. Hablemos de otra cosa. He oído en Millwood que no te dejan salir de Raven´s Manor. ¿Tu madre te tiene prisionera?

—Soy yo la que no quiere salir, ella solo me protege.

—¿Eso crees?, ¿de veras?, ¿que te protege? Estás más presa de lo que yo estaré el resto de mi vida. ¿Hasta cuándo permitirás que tenga ese poder sobre ti? Esa mujer siempre ha tenido una influencia sobre vosotros muy tóxica.

—Ryan, ¿lo dices tú? Sé lo que te hizo tu padre, lo he visto. Sé que escuchas su voz, sé que te atormenta hasta en sueños. No has olvidado nada.

—Acabaré con él algún día Caitlin, ya no estoy solo. Ya casi no le oigo.

Unos leves golpes en el espejo indicaron a Caitlin que debía salir ya.

—Creo que te llaman —dijo Ryan. Ella se levantó y antes de salir le dedicó unas últimas palabras. No era un adiós. Sentía una unión íntima con él en un sentido no romántico por todo cuanto vivieron de niños. Debía ayudarle.

—No arrastres a Betsy contigo. Esta conversación no ha terminado, te visitaré. Cuídate, Ryan, hasta pronto.

Antes de salir le dejó sobre la mesa el pequeño avión de latón. Ryan lo cogió para guardarlo con los ojos llenos de lágrimas. No olvidaría aquel acto de compasión.

CAPÍTULO 20
CONNOR O´REILLY

Sábado, 09 de diciembre

Cuando Beth salió de la unidad, la oscuridad había cubierto por completo el horizonte. Tenía ganas de alejarse de todo y sentir paz por un momento, aunque este fuera minúsculo. Lo necesitaba como el respirar. Caminó hacia su Camaro y en la quietud de una calle casi en silencio, pese a ser una ciudad tan chispeante de vida y ruido como era Nueva York, resonaban sus pisadas sobre los charcos. Había sido un día gris en el que la lluvia parecía ir acorde al sentimiento de la inspectora con respecto a las víctimas. Ryan Manner pasaba a disposición judicial, pero el caso no se había resuelto del modo que la hubiera satisfecho. A veces era así. Se quedó un minuto observando las luces de la ciudad antes de entrar en el coche y pensó en su padre. Otro tema que debía enfrentar, aunque no quisiera. Tendría que resolverlo en su cabeza de algún modo para poder continuar hacia delante.

Camino de su apartamento se preguntó varias veces si el caso del asesino del puñal de hielo quedaría unido por siempre a Nathaniel, a su esencia, a lo que era, a lo que eran ellos cuando estaban juntos y al por qué estaban juntos. ¿Podría separarlo o esa sensación de quemazón en el estómago que Beth tenía cuando pensaba en ello no se iría nunca? Al aparcar posó su frente en el volante y suspiró con preocupación; acto seguido dio un manotazo al mismo volante enarbolando una de sus frases favoritas: «Maldita sea».

Ya en casa, puso su lista de reproducción de jazz en el móvil mientras se daba una ducha. Sonaba *Autumn Leaves* y el agua resbalaba por su piel, llevándose con ella el día por el desagüe.

Encendió un par de velas aromáticas y se desplomó en el sofá. Nate no tardó mucho en llegar, afortunadamente, traía la cena.

—Siento cómo ha terminado todo —dijo él mientras dejaba la comida sobre la barra americana y le daba un beso a Beth.

—Debería estar contenta. Le hemos atrapado.

—Para ti no es suficiente Beth.

—No, pero no quiero seguir hablando del tema.

—Tienes un sentido de la justicia muy poco realista, a mi parecer.

—Puede, pero me da mucho asco cuando las cosas se terminan con un mal remate solo porque conviene políticamente…

Beth estaba deseando hacerle una pregunta a Nate. No tenía que ver con Ryan Manner, quería saber de una vez qué le sucedió a su hermano Connor, y no encontraba el modo de hacerla. Era consciente de que sabiendo lo poco que sabía, con seguridad después de esa pregunta todo cambiaría, para bien o para mal, ellos ya no serían los mismos. La verdad y ser cómplice del silencio nunca se llevaban bien, no eran compatibles. Como tampoco lo eran conocer un hecho que debiera denunciarse sin hacer algo al respecto y seguir con una carrera de inspector de policía; eso era lo que había destruido a su padre, la bala que lo atravesó solo fue el punto final. Y ahora ella estaba en la misma posición de partida. Quería de verdad a Nate, pero las dudas la cubrían con su manto de sombras retorcidas. La relación que unía a los O´Reilly con los Malone era todo menos lo que se suele esperar de una relación sana con la familia de tu pareja. Beth sentía que andaba por un pasillo oscuro, y al final, donde acababa la oscuridad y comenzaba la luz, estaba Lloyd y la seguridad de su preciosa sonrisa. Y como era consciente de todo ello, prefirió cenar, tomar un buen bourbon con Nate y dejarse mecer por las notas de la música que seguía sonando, y por sus besos. La pregunta iría después. Quería permanecer libre de la verdad una última vez. Se dejó llevar por el deseo y las ganas contenidas de estar con él sin pensar en nada más.

Aún abrazados y desnudos entre las sábanas ella intentó hallar el camino para abrir la mente y escucharle.

—Nate, ahora que hemos cerrado el caso tengo toda mi atención para ti. Estamos los dos solos, Caitlin ha regresado a Raven´s Manor.

—Tú también tienes toda mi atención, la has tenido siempre, incluso cuando creías que era el asesino. Desde el primer día que te vi esos ojos azules inundaron mi alma.

—Vaya, además de pintor eres poeta… —apuntó Beth acercándose a su boca para besarle.

—Quieres que te hable de Connor, ¿no es eso? —Ella asintió. Él, al igual que Lloyd, la intuía más allá de lo razonable—. Perdona, sé que es una conversación pendiente que he ido postergando.

—Tranquilo, yo tampoco estaba muy centrada que digamos para hablar de ello, pero necesito saber qué ocurrió Nate, lo necesito.

Él la miró fijamente a los ojos, la historia de su hermano mayor era parte de ese pasado que no quería poner en su conocimiento. Nathaniel también sabía que todo cambiaría después de esa conversación, no en vano tuvo el sueño en el que ella caía en una tumba abierta y que aún no había podido encajar en ningún sitio. Raven´s Manor solo había traído a su vida tristeza y desgracia, pero no podía alejarse demasiado tiempo de la propiedad y eso era algo que debía asumir; no abandonaría a su hermana, ya solo se tenían el uno al otro. Con Agatha no se podía contar porque era parte de la tristeza y la desgracia y nunca fue para ellos la madre que necesitaron.

—Connor falleció. La cruz blanca que viste en Raven´s Manor es su tumba.

—¿Por qué no tiene nombre? —interrumpió Beth.

—Me cuesta mucho hablar de esto princesa, no me interrumpas, por favor. Todo tiene una explicación y te contaré también el por qué. —Nate calló unos segundos para coger impulso —. En un mundo en el que se confunde la mediumnidad con la resistencia demoníaca, era difícil que entendieran lo que le pasaba a Connor. Era el mayor, el que más habilidades psíquicas tenía. Sensible, permeable, abierto a las voces de todos los que se le

acercaban. Ningún antepasado, ninguno de nosotros tenía las capacidades de Connor. Las convulsiones que sufría cuando un espíritu canalizaba a través de él, los gritos, los cambios de voz, todo ello llevó a mi madre a sospechar que quizás lo que le sucedía era que un demonio había entrado en él, que estaba poseído. Agatha también es vidente, una vidente muy parecida a Caitlin, pero no puedo olvidar que nuestra familia hunde sus raíces en una tradición católica muy estricta y eso arrastra parte de su ser. Debería perdonarla por ello, aunque no sé si lo he conseguido Beth. —A él se le escapó una lágrima por la mejilla y ella se acercó para abrazarle —. Éramos muy pequeños, no recuerdo bien lo que sucedió, aunque a veces mis sueños me atormentan con imágenes de aquellos días. Agatha convenció a Aidan y llamaron al Padre Declan O'Rourke. Un sacerdote viejo, católico e irlandés. En su cabeza no había más opciones que demonio o enfermedad. A Connor ya le habían visitado varios médicos sin poder afirmar que estuviera enfermo, por lo tanto, solo quedaba una respuesta correcta. Les propuso a mis padres un exorcismo. Beth se encogió con la mano en la boca.

—Y… ¿lo hicieron?

—Lo hicieron. La Iglesia lo aprobó. Un exorcismo que no salió como habían imaginado. Connor murió de agotamiento. No había demonio por ningún lado, solo el cuerpo de un niño pequeño que dejó de responder, sin más.

Beth intentó contener un grito, pero no pudo. Después de su visita a Raven´s Manor imaginó varias causas posibles para la desaparición del pequeño de ocho años, pero esta no la había contemplado.

—No hubo intención de que acabara así, el Padre Declan no quiso matarlo, fue una negligencia gravísima por su parte y por parte de mis padres.

Lo que ningún miembro de la familia O´Reilly supo es que después del terrible suceso el Padre Declan O´Rourke entró en una espiral de autodestrucción. Perdió lo más sagrado que tiene un sacerdote, su fe. Empezó a dudar de sí mismo en cada acto relacionado con su ministerio, hasta que solo quedó de él la sombra

de lo que había sido. La culpa lo corroyó hasta el tuétano. Lo veía en sueños, una aparición sin gesto en el rostro, sin ojos, permanecía de pie frente a él hasta que abría una gran boca que lo engullía en oscuridad. Se despertaba gritando empapado en sudor. Pronto empezó a verlo en cada esquina de cada calle por la que andaba, su recuerdo lo perseguía, lo acosaba, lo agotaba. Jamás contó lo sucedido. Por más que le preguntaron qué había sucedido en Raven´s Manor nunca dijo la verdad. Quiso proteger a los padres del niño. A partir de ahí, Aidan enfermó y se encerró en su mundo, Agatha empezó a respirar solo por inercia e irónicamente, fue cuando de verdad conoció qué era el amor junto a Henry Malone, y el Padre Declan se suicidó. Se quitó la vida arrojándose por un acantilado en su Irlanda natal. La Iglesia sepultó en mutismo el caso, tampoco fue nadie a preguntar por Declan O´Rourke.

—¿Y qué hicieron con el cuerpo de Connor?

—Convinieron enterrarlo en una tumba sin nombre y denunciar su desaparición, por el bien de la familia y por el bien del Padre.

—No me lo puedo creer… ¿cómo… por qué…?

—No tengo respuestas Beth. Agatha nunca ha querido hablar del tema con nosotros. Y nosotros bastante teníamos con asumir la pérdida y tener que seguir el juego del silencio.

—¿Y no vais a decir nada? ¿Seguirá bajo esa cruz blanca sin un nombre?

—¿Decir algo? ¿Acusar a mi propia madre?

—¿Dejar que el mal campe a sus anchas?

—Nunca hubo intención de herirle.

—¡Nate! ¡Murió! ¿Qué más da la intención?

—La intención lo hace todo.

—Ah ¿sí?

—Beth, no puedo denunciar a mi madre, y Caitlin tampoco. No te puedo pedir que lo entiendas, pero es la realidad. Créeme que llevamos dentro un castigo mayor del que podría impartir ninguna justicia. ¿Acaso tú condenarías a tu padre?

—¿Él lo sabía?

—No lo sé Beth, insisto en que yo era muy pequeño. Solo sé que un día se marchó y no hizo más preguntas. Un día escuché a tu padre hablar con mi madre, por lo que deduzco de aquella conversación, él creía que mis padres sabían más de lo que querían contar, pero no había más hilos de los que poder tirar. Por entonces no había cruz blanca. No ordenaron jamás una excavación en el cementerio familiar. El cuerpo no se encontró. Y tu padre renunció a seguir buscando.

—Renunció a muchas cosas después de esa decisión. Renunció a tu madre Nate, ¿eso lo sabíais?

—Caitlin lo supo en cuanto tocó a tu padre la primera vez, lo supo antes incluso que Agatha. Supo que se enamorarían. Y no ha parado de culparse desde entonces porque nunca vio lo que le iba a suceder a Connor ni lo que le sucedería a tu padre, ni al mío. No siempre funciona en el sentido que queremos. El don no siempre nos muestra lo que habríamos querido saber, porque el destino no puede evitarse.

—Nate, no me vengas con el destino, por favor… Cuando nos conocimos supiste que era la hija de Henry, y nunca me contaste nada, ni tú ni tu familia. ¿Por qué hacer como que no me conocíais?

—¿Para qué arriesgarnos a que supieras lo que le pasó a Connor?

—Lo habría sabido antes o después, era solo cuestión de tiempo.

—Eres muy buena en lo tuyo Beth.

—Nate, esto… esto que ahora sé…

Él la abrazó con ternura.

—Te amo y eso no va a cambiar. Ahora eres tú la que debes decidir qué hacer con esta información.

Elizabeth Malone se puso blanca. En sus manos estaba acabar con la relación para siempre, denunciar los hechos, o continuar a su lado. Pero continuar a su lado implicaba más de lo que podía asumir en ese instante. Necesitaba pensar. Le pidió a Nate unos días para poner en orden sus ideas, sus sentimientos. Le llamaría, le haría saber su decisión antes de dar ningún paso. Él se

vistió, y mientras lo hacía, ella sintió una punzada de dolor en el corazón. La dura inspectora Malone se quebraba por dentro. Cuando le vio cerrar la puerta del apartamento no puedo evitar estallar en llanto.

CAPÍTULO 21
DESTINO QUANTICO, VIRGINIA

Domingo, 10 de diciembre

Cristine Watson estaba de muy buen humor. Habían atrapado al asesino del puñal de hielo pese a las reticencias de la inspectora Malone a aceptar su confesión. Ella también sabía que había un porcentaje muy alto de probabilidad de que él no hubiera cometido el asesinato de Mildred Planchet, o no él a solas, pero no había dudas con respecto a su culpabilidad y por fin iría a la cárcel. Podrían dar algo de paz a las familias de aquellas pobres mujeres y eso era lo que realmente importaba. No podrían poner un nombre en la lápida de Jane Doe #23-7431 ni sacarla de Hart Island, a no ser que en algún momento Ryan Manner recapacitase desde prisión, pero habían hecho todo cuanto habían podido teniendo en cuenta que la investigación policial no es lo único que entra en juego en un caso de asesino múltiple. No se sentía mal, ni culpable.

El superior directo de la agente especial Watson la había llamado a primera hora de la mañana, pese a ser domingo, para ofrecerle un puesto en Quantico, en la Unidad de Análisis de Conducta. Habían seguido sus pasos muy de cerca en este caso y creían que era la persona adecuada para cubrir la vacante por jubilación de Claire Donovan. Tenía la experiencia, el instinto y la edad precisa para desarrollar una más que brillante carrera en la unidad. Allí seguiría creando perfiles, analizando asesinos y ayudando a identificar a otras Jane Doe. Para Cristine eso supondría trasladarse, ella y su vida, de Nueva York a Virginia. Al colgar el teléfono pensó en su familia, en sus amigos, en Lloyd, aquel hombre le gustaba de verdad, más allá de que congeniaran bien en la cama. No le habían dado mucho tiempo para decidirse, tenía dos días de

plazo para aceptar o rechazar la oferta, existía cierta urgencia en cubrir la plaza.

Lloyd Conoly se había arreglado, con dudas de si quizás demasiado, para ir a tomar el brunch con Cristine. Su mejor perfume y un aire informal junto con su inseparable abrigo de invierno lo vestían. Cogió sus guantes de piel y por un momento pasó por su mente Ryan Manner, con los guantes que hallaron en su casa, con los que mató a todas aquellas mujeres, y se preguntó si ese caso se iría alguna vez de su cabeza. No solo por el asesino y sus víctimas, sino también por Nathaniel O´Reilly y el resto de su familia. Extraños, lúgubres. También pensó en cómo un hombre así había podido llamar la atención de Beth. Le iba el peligro, era la conclusión a la que llegaba cuando no podía evitar los pensamientos intrusivos. Salió de casa y fue al encuentro con Cristine. Habían quedado en una cafetería a la que ninguno de los dos solía ir, el subinspector Conoly no quería que se les viera juntos. Aún no.

Se dieron un cordial beso en la mejilla al verse, pero el aroma del uno se metió en la nariz del otro queriendo invadir algo más y el vello se les erizó a ambos. Nadie podía poner en duda que entre ellos dos había química.

—Lloyd, tengo algo que decirte.

—Te escucho —apuntó Lloyd mientras la camarera les servía las bebidas.

—Me han ofrecido un puesto en Quantico.

—¿Y te extraña? Eres brillante Cristine.

—No me extraña, es solo que no me lo esperaba. ¿Sabes lo difícil que es que te ofrezcan algo así?

—Lo sé. Enhorabuena compañera.

—Gracias —dijo ella agachando la cabeza tan solo lo justo para que no se notase que se había ruborizado.

—¿Y qué harás?

—Tengo dos días para contestar, pero no hay mucho que pensar, iré, aceptaré el puesto.

—En serio, eres una gran psicóloga y una gran policía, les vas a dejar locos.

—Ya les he dejado locos, por eso me han llamado.

Cristine sonrió, creía que no era tan buena psicóloga en el fondo porque no podía quitarse a Lloyd de la cabeza pese a que sabía que amaba a otra mujer. Ahí se quedó el tema, no sabía cómo decirle lo que quería decirle realmente.

Después del brunch fueron al piso de ella y volvieron a hacer el amor. Muy lentamente, disfrutando de cada centímetro de piel, del sabor del sudor y de los besos. Las mariposas en el estómago eran intensas y con cada movimiento de él dentro de ella se hacían más intensas aún, aumentando las oleadas de placer que iban y venían, al principio lentas y después furiosas, salvajes. Ella le tenía, estaba entre sus piernas, era suyo, pero… ¿lo era de verdad? ¿Alguna vez la miraría como miraba a Beth? ¿Alguna vez se iría hasta casi el fin del mundo para traerle un café? Eso era lo que añoraba Cristine, un hombre que hiciera ese tipo de cosas. Lloyd le había demostrado que podía hacerlo, pero no para ella; aun así, le quería en Quantico. Todavía entre las sábanas se lanzó a la temida conversación.

—Lloyd.

—Dime.

—No sé cómo decírtelo…

—¿El qué? —respondió en tono jocoso.

—En serio, no soy de las que piden estas cosas.

—¿Me vas a pedir matrimonio?

—¡Lloyd!, deja de hacer bromas —dijo ella tirándole la almohada a la cabeza. —Quiero pedirte que vengas conmigo a Quantico.

—¿Cómo? ¿A Quantico? ¿Contigo?

—Sí, ¿es muy horrible o qué? Gracias por la reacción.

Lloyd se sintió mal, no quería ofenderla.

—Perdona, me ha pillado por sorpresa. Joder, a Quantico. Cristine, ¿tú estás segura? Lo nuestro…

—Lo sé, no tenemos una relación seria. Pero no me hago a la idea de no verte.

—¿Cuánto se tarda en llegar a Quantico? ¿Cuatro, cinco horas? No dejarías de verme.

—Sabes a lo que me refiero.

—Cristine, seamos realistas, si te quedaras en Nueva York tendrías otros casos, tampoco nos veríamos todos los días.

—Quiero amanecer contigo todos los días.

—Wow. —Lloyd se estaba mareando—. Yo… no sé si quiero eso.

—Ya… —Ella se levantó, se puso su bata y se fue a por un vaso de agua—. Me lo acabas de decir muy claro.

Él se fue detrás de ella, con la sábana enrollada en la cintura.

—No, escúchame Cristine, no quise decir eso así, perdona.

—¿Y cómo lo querías decir entonces? Supe que esto era una mala idea desde el día que te vi por primera vez.

—Nos conocemos desde hace muchos años.

—Pues eso.

Él la abrazó por detrás.

—¿Hace tanto que te gusto? —Ella se dio la vuelta y le dedicó una mirada que daba miedo—. Déjame pensarlo. Por favor. Además, está mi trabajo. ¿Cómo voy a despedirme así por las buenas? No sé hacer otra cosa que ser policía.

Lloyd daba excusas, a Beth le había insinuado que iba a pedir un traslado, por lo que ya había pensado en dejar la unidad antes de que Cristine le propusiera esto.

—Moveré todos los hilos que hagan falta para tu traslado, eso lo tienes asegurado. Habrá alguna comisaría en Quantico que te necesite. Lloyd, eres muy buen policía, eres subinspector, ya pasaste la fase de ser solo un detective. Encontraremos sitio.

—Déjame pensarlo.

—Bien, pero no pienses mucho porque en una semana me iré. —Cristine le lanzó su camisa a la cara en clara invitación a que se vistiera—. Tengo que comprar cajas y meter cosas en ellas. Ya me dirás qué has decidido.

Lloyd se vistió pensativo. Ahora tenía la oportunidad y el empujón real que le hacía falta para alejarse de Beth. Debía hablar con ella. La invitaría a un café. Sabía que no se lo tomaría a bien, pero era la única que podría ayudarle en la decisión. Era su mejor amiga.

☾ † ☽

Beth abrió la puerta en pijama, no se lo había quitado aunque ya estaba bien entrada la tarde. Hoy no tenía que pasarse por la unidad y se había tomado el día entero para ella y solo para ella. Debía reflexionar acerca de su futuro con Nate. Había criticado tantísimo a su padre… y ahora estaba en una situación demasiado similar como para juzgarle, y, sin embargo, lo había hecho, le había juzgado y condenado sin miramientos. Cuando sonó el timbre pensó que sería su madre, o alguno de sus hermanos, aunque aún no le dirigía la palabra a Nick. Esta vez se la había jugado de una forma muy sucia. Se sorprendió al ver a Lloyd al otro lado de la puerta con una bolsa con muffins y una bandeja con dos cafés en las manos.

—¿A qué debo este lujo subinspector Conoly? —Le invitó a entrar con la mano.

—Tengo que hablar contigo, necesito a mi amiga Beth más que nunca.

—Tu amiga Beth está disponible esta tarde, tienes suerte.

Se sentaron en los taburetes que tenía junto a las ventanas, donde el propio Lloyd le ayudó en su día a instalar una viga de madera estrecha, haciendo de barra, cuando se mudó al apartamento. No le pidió permiso al casero, Beth no solía preguntar nunca, prefería pedir perdón después, y había quedado un rincón precioso desde el que poder mirar la vida pasar.

—Lo que te voy a contar que no salga de aquí.

—Además con misterio, mmmm… ¡cuenta!

—No hay ningún misterio esta vez. Trasladan a Cristine a Quantico, a la BAU, y me ha pedido que la acompañe. —La cara de Beth cambió de divertida a turbada.

—Bueno, tú mismo estabas pensando en pedir un traslado, ¿no? Esta es tu oportunidad.

—¿Por qué noto sarcasmo en tu tono de voz?

—Porque quizás no me apetezca perder a un amigo.

—No me perderás.

—Lloyd, los dos sabemos cómo va esto, no te hagas el tonto. Cada vez tendremos menos contacto. Además, la idea de

pedir un traslado era para alejarte de mí ¿no? Pensé que quizás habías descartado la opción.

—Beth, yo… me duele verte con otro, creo que eso sí puedes entenderlo. Ponte en mi lugar. Yo también tengo sentimientos, no solo cuentan los tuyos en esta historia.

Lloyd tenía razón y ella lo sabía, aunque no quisiera reconocerlo.

—No sé por qué te duele, si me has buscado una buena sustituta.

—Cristine simplemente está.

—¿Y crees que es un motivo de peso para mudarte con ella?

—No hemos hablado de vivir juntos.

—¿Ah no?, ¿y qué crees que te estaba pidiendo ella Lloyd? De verdad que a veces sois tontos de remate.

En opinión de Beth los hombres eran demasiado cortos como para darse cuenta del subtexto de las cosas.

—Cristine no es así, le gusta su independencia.

—La cuestión es si tú quieres irte o no quieres, no le des más rodeos.

—Directa, como siempre. La cuestión es si tú me darás una oportunidad algún día.

Ante una condicional como esa todo lo directa que era Elizabeth Malone no servía de nada. La sola idea de que él se marchara a vivir con otra mujer, a otra ciudad, la quemaba por dentro, pero no sabía diferenciar y catalogar sus sentimientos. Siempre había tenido su total atención, quizás eran celos patológicos, quizás debía plantearse ir a un psicólogo, y era la primera vez en su vida que Beth se lo planteaba en serio.

—Lloyd, estoy con Nate. No es justo que me hagas una pregunta como esa.

—¿Y es justo para mí sentir esta agonía cada vez que te veo? No Beth, lo mejor es que ponga distancia entre los dos. Tengo que decidirme a dar el paso o no saldremos nunca de este limbo. Tengo que seguir adelante con mi vida, aunque en ella no estés tú.

—Lloyd… Me duele en el alma, nada volverá a ser igual, pero si es lo que sientes, adelante.

Ambos se fundieron en un sentido abrazo. Ella le daba permiso y él tenía claro que nunca podría aspirar a su amor. En esos momentos Beth Malone solo podía pensar en si seguiría o no con Nathaniel después de saber cuál había sido el destino de Connor O´Reilly.

CAPÍTULO 22
YO SOY JANE DOE

Yo soy Jane Doe #23-7431, Marianne Everly para los que alguna vez me conocieron. Ese es mi nombre. Cómo entró Ryan Manner en mi vida es una pregunta sencilla de contestar: como una ligera brisa de mayo que alivia el calor de cuando se acerca el verano. Así llegó él. Yo leía en Central Park, él paseaba, me veía todas las mañanas, yo le veía a él. No le pasé desapercibida, sin duda alguna por mi melena pelirroja, que en ese momento permanecía conmigo gracias a una peluca. Él tampoco me pasó desapercibido, ese aire rebelde e inconformista de los ochenta que tanto me gustaba y que nunca ha pasado de moda del todo. Ese pelo castaño que bailaba al paso que mecía el aire. Esa sonrisa. Era cautivador, distinto a todos los que caminaban delante de mí mientras leía.

Pasaron semanas hasta que decidió sentarse en el mismo banco y dirigirme la palabra. Se presentó, me presenté. Y poco a poco las palabras fueron brotando como un río que desemboca en el mar, con una fluidez natural, como si el curso de las cosas debiera ser ese y no otro. Primero se interesó por mi libro, poesía, *Inside the Wave*, de Helen Dunmore. Aquel libro me ayudaba a asumir los sentimientos que me abordaban a diario sabiendo que moriría pronto, que el cáncer estaba ya en estadio cuatro y que era el final de mi camino. La autora pasó por algo similar, fue su último libro y cada palabra suya la hice mía. Después se interesó por mi vida y yo me interesé realmente por la suya. Me habló del estudio en criogénica que estaba llevando a cabo, inspirado por la enfermedad que mató a su madre, la misma enfermedad que acabaría conmigo.

Le hablé del dolor por el que pasaba a diario y él pronto empezó a absorberlo como propio. Volvía a tener pesadillas, de nuevo con su madre. La veía con el rímel corrido hasta las mejillas

por las lágrimas y una expresión ausente. Todo esto me lo contaba mientras tomábamos café en alguna animada terraza, viendo pasar a la gente y la vida como si fuera algo ajeno a nosotros. Siempre que tenía un descanso en el laboratorio venía a verme, siempre nos encontrábamos en el parque, donde yo pasaba horas y horas, aprovechando hasta el último rayo de sol que Dios quisiera darme. Sí, soy creyente. Lo fui desde niña y aunque la enfermedad había puesto a prueba mi fe, esta seguía siendo fuerte. Cosa que no sucedía con Ryan, que había perdido por completo la suya. Él sentía que Dios le había abandonado desde muy niño. Y le comprendí, porque su padre le había sometido a múltiples vejaciones y palizas. Nadie debería tener que pasar por eso. Nadie. Ni siquiera él. Sí, soy consciente de que estoy muerta. Sí, soy consciente de que fue él quien me asesinó. Sí, soy consciente de que estoy enterrada bajo una lápida sin nombre. Bueno, sí, tengo uno, volvieron a bautizarme como Jane Doe #23-7431.

Nunca nos besamos, si es lo que os estáis preguntando, aunque Dios sabe que me quedé con ganas. Era el chico más atractivo que había conocido, y le conocí en un momento más que inoportuno. Me quedé con ganas sí, pero le odio, porque me robó lo poco que me quedaba por disfrutar de la vida. Pese al dolor, pese al no futuro. Ahora sé que me hubiera quedado un mes, que me habría ido con la llegada del verano. Y si hubiera podido decidir, es como me habría gustado irme.

El odio no es muy cristiano. Estoy intentando hallar el modo de perdonarle, lo intento cada segundo de la vida a este otro lado. Aún no lo he conseguido.

Mi familia, que reside en Seattle, jamás sabrá dónde estoy. No quise vivir esos últimos momentos acompañada. Es una decisión que no entendieron. Mis hermanos dejaron de llamarme porque estaban enfadados. La vida es demasiado mudable como para enfadarse, otra cosa que aprendí gracias a la enfermedad. El tiempo, ese tiempo que nos prestan y del que no somos dueños, el tiempo es lo más valioso y lo más efímero que tenemos, irónicamente.

Quizás algún día Ryan Manner tenga la generosidad de devolverme mi nombre, quizás. Mientras tanto, seguiré

atormentándole en sus sueños noche tras noche. No es decisión mía, es él quien no deja de soñar conmigo y pretende tenerme aprehendida en su memoria, en su alma. Quiere que sea suya para siempre, que todo lo vivido conmigo quede entre ambos lacrado con toneladas de silencio. Mientras tanto, no podré avanzar. No quiere compartirme con nadie más. Mientras tanto, seguiré cerrando los ojos y tratando de atrapar los rayos de sol de primavera con un libro en mi regazo.

EPÍLOGO

El día en el que decidió cruzar la línea que delimitaba lo que los demás esperaban de ella y caminar hacia el lado salvaje, llegó ese punto de inflexión que lo cambiaría todo. Se adentró en la oscuridad y la soledad del bosque, y gritó. Gritó hasta quedarse sin voz. Partió su alma en dos: la Beth Malone que había existido hasta ese momento y la Beth Malone que existiría a partir de ese instante de escisión. Razón y corazón, cada uno en un compartimento estanco. Un salto de fe. Un salto hacia el destino. Se arrodilló en el suelo y sus lágrimas resbalaron por las mejillas hasta quebrarse en el suelo. Impotencia. El fin de su carrera o el fin de su amor. No había marcha atrás. Ya no. Imposible. Segundos después de poner las manos tapando su rostro para desbravecer las lágrimas se levantó, con valentía; siempre había seguido su instinto desde niña, y ahora debía hacerlo más que nunca. Continuó caminando por la colina que conducía a Raven´s Manor. Cuando cogió la pesada y fría aldaba de la puerta no tuvo ocasión de llamar, una sombra la abrió dejando un resquicio para que pudiera entrar. El graznido de un cuervo se confundió con el ruido de la puerta cerrándose tras ella.

Al entrar una severa figura la aguardaba. Agatha Raven estaba allí, delante de ella, con su rostro imperturbable, su colgante de esmeralda y su luto eterno. Nathaniel había vuelto para comprobar que después de todo lo sucedido Caitlin estaba bien y a Beth no le quedó más remedio que ir en su busca. Lo que debían decirse no se podía decir por teléfono.

Agatha la condujo en silencio hasta la sala donde hacía tan solo unos días había conocido a Caitlin mientras tomaban té y esperó. Nate no tardó en bajar. Al verle, creyó morir de dolor, un golpe en el estómago que la dejó sin respiración.

—¿Estás bien? Te has puesto blanca —dijo él ayudándola a sentarse en uno de los sillones.

—Sí, tranquilo, ha sido solo un mareo.

—¿Un mareo? ¿Has comido?

—No, no podía.

—Voy a pedirle a Rose que te prepare algo de cena y que lo traiga Lawrence.

Nate cogió el teléfono de la sala, que solo servía para comunicarse con el interior de la mansión y llamó a las cocinas. Beth no había probado bocado alguno en todo el día, pese a los muffins que le había llevado Lloyd. Después de que él se marchara tuvo claro lo que debía hacer, y esa decisión terminó con el poco apetito que ya de por sí tenía.

—¿En qué pensabas Beth para no comer?

—En todo lo que he venido a hablar contigo. En realidad tampoco es mucho.

—Te escucho.

Nate se sentó a su lado en otro sillón y la miraba sin pestañear.

—¿Estamos solos?

—Caitlin duerme.

—Ya, ¿y tu madre?

—Espera.

Se acercó a la puerta con sigilo y la abrió despacio, detrás no había nadie. Agatha ya había pasado por este momento y entendía que su hijo merecía espacio y soledad para pasar el trago. Porque Agatha tenía claro lo que sucedería. Elizabeth era igual que el inspector Henry Malone. Nate le mostró a Beth que no había nadie para que empezara a hablar.

—Nate, mírame. Te amo. Jamás pensé que estas palabras saldrían de mi boca. Te amo como no he amado nunca a nadie. Y el miedo a querer me ha tenido alejada de relaciones serias durante mucho tiempo.

Él sonrió y los ojos de ella se humedecieron. A Nate le nació besarla, y lo hizo con la pasión que se imprime en un último beso, sin saber aún hacia dónde se dirigiría la conversación.

—Sabía que me querías.

—Ahora déjame tú hablar del tirón, por favor.

El rostro de Nate cambió de forma radical.

—Hay un pero después.

—Sí, hay un pero. Un pero enorme. No puedo estar contigo sabiendo que aquí pasó lo que pasó con tu hermano, y mi padre, y…

—Pensaba que el amor sería más fuerte que todo eso.

—No Nate. —Por la mejilla de Beth resbalaron un par de lágrimas—. El amor no es más fuerte que todo eso. ¿Cómo crees que podría seguir con mi carrera sabiendo lo que sé?

—Vas a hacer lo mismo que hizo él, huir.

—Se llama afrontar la realidad y ser bondadoso con aquel a quien amas.

Lawrence interrumpió apareciendo con un pequeño tentempié para Beth.

—Gracias Lawrence —le dijo Nate al mayordomo. Era tarde y de verdad le agradecía el esfuerzo, a él y a Rose, la cocinera. Lawrence se marchó dejándolos de nuevo a solas con la dureza del momento—. Continúe como continúe la conversación te quedarás a dormir, no dejaré que te marches a estas horas sola a casa.

—Igual no quieres que me quede.

—Somos adultos Beth. Sigue, por favor.

—No voy a denunciar a tu madre, que es lo que debería hacer después de conocer los hechos, y tendré que vivir con ello para siempre. Por el amor que te tengo daré el mismo carpetazo que hace años dio mi padre. Pero aquí acaba nuestra historia Nate.

—¿Hay algún motivo más que a mí se me escape?

—Si te refieres a Lloyd no debería ni contestarte. Él no ha tenido nada que ver en mi decisión.

—¿No?

—No.

—Creo que sientes más por él de lo que te atreves a confesarte a ti misma.

—Eso es una tontería Nate, sé a quién amo. Te lo acabo de decir, lo tengo clarísimo.

—Bien, si es así como quieres que acabe.

—No quiero que acabe, ¿por qué no lo entiendes? Es que no tengo más remedio. Sé que lamentaré mis palabras el resto de mi

vida.

—Mandaré que preparen la misma habitación que la última vez, sabes cómo llegar.

Nate se acercó, le dio un casto beso en los labios y la dejó sola en la habitación. Ella no paraba de llorar. No podía creerse que se marchara así, dejándola casi con la palabra en la boca, movido por un impulso de rabia. Los ojos de Beth recabaron en cada detalle de la sala, primero de forma borrosa y después con mayor claridad. La sala barroca de madera, mármol y papel granate. Dejó de llorar. Fijarse en objetos la ayudaba a romper con el sentimiento de pérdida.

Eran adultos y sin embargo la actitud de él en su opinión era la de un crío. Se tomó el tentempié por no hacer un desplante al servicio, era muy tarde y probablemente se habrían levantado de la cama para prepararlo. Mientras comía decidió que no pasaría allí la noche, no se rebajaría a eso. No le gustaba conducir por Millwood cuando ya había anochecido, el pueblo sumido en la oscuridad le daba muy malas vibraciones. Recordaba la granja de los Manner… tanta tristeza y tanto dolor. Y el mal. El mal flotaba por cada rincón en esa propiedad. Pero aunque no le gustase conducir por allí de noche no se quedaría, deseaba regresar a la seguridad y la calidez de su apartamento; no tenía sentido que durmiera bajo el mismo techo que Agatha Raven y los dos O´Reilly. Se dijo a sí misma que otro día llamaría a Caitlin para explicarle lo sucedido. Beth pensaba conducir despacio, coger el camino más directo a Nueva York con su lista de reproducción favorita puesta en el coche y su Glock muy a mano.

Cuando terminó la cena avisó a Lawrence, que esperaba en la sala del servicio, y le anunció que se iba a marchar. Pensó en dejar una nota para Nate, pero descartó la idea. No se la merecía. Le dio las gracias por todo al mayordomo, se puso su abrigo y rota por completo, se fue.

Un atronador golpe dejaba claro que la pesada puerta de la entrada se había cerrado y Nate bajó corriendo las escaleras. Beth se había marchado, para siempre. Él no iba a renunciar a ella, trataría de convencerla, la haría recapacitar. Estaban hechos el uno

para el otro y era muy capaz de hacérselo ver. Entendía sus motivos, claro que los entendía, pero no los compartía. Quizás el universo en el que se había criado, el hecho de ser vidente, su entorno, le habían conformado de otra manera distinta al resto de los mortales y veía las cosas de otro modo. Quizás soñase con ella esa noche. Quizás el sueño de la tumba se refería a este momento en el que ella se marchaba y no había sido capaz de verlo hasta ahora. Quizás el sueño esta vez tuviese un final que le aclarara cómo recuperarla. A la mañana siguiente pensaría en algo que le permitiera volver a verla. El graznido de un cuervo le acompañó mientras volvía a subir peldaño a peldaño.

¿FIN?

GLOSARIO

☾ **Jane Doe**: Nombre ficticio que se le da a los cadáveres sin identificar en Estados Unidos. El nombre se acompaña de un número, que normalmente es el número de expediente o caso policial. A los hombres se les da el nombre de John Doe.

☾ **AFIS:** Policialmente, el Sistema Automatizado de Identificación Dactilar (Automated Fingerprint Identification System). Es un software empleado por policía y peritos para identificar personas mediante las huellas dactilares.

☾ **CoDIS:** Sistemas de Índice Combinado de ADN. Programa informático que contiene bases de datos locales, estatales y nacionales de perfiles de ADN de personas condenadas, perfiles de ADN de las pruebas halladas en el lugar de los hechos y perfiles de ADN de personas desaparecidas.

☾ **Cementerio de Hart Island:** Situado en la Isla de Hart. Perteneciente al grupo de las Islas Pelham. Hart Island es la isla más oriental del Bronx. Ha sido empleada como hospital psiquiátrico, sanatorio, reformatorio, y fosa común. Actualmente, cementerio público de Nueva York, es donde entierran a los cuerpos sin identificar. Desde 1860 es conocida por ser una de las mayores fosas comunes de Estados Unidos.

☾ **HPHT:** High Pressure High Temperature (Alta Presión Alta Temperatura). La nieve carbónica solo puede endurecerse aplicando una altísima presión y temperatura.

☾ **Custodiol:** Solución acuosa empleada, entre otras cosas, para la preservación de órganos en los trasplantes.

☾ **DUMBO:** Acrónimo de *Down Under the Manhattan Bridge Overpass*, es un barrio artístico y exclusivo en Brooklyn, Nueva York, situado a orillas del East River entre los puentes de Manhattan y Brooklyn.

☾ **BAU:** Unidad de Análisis de Conducta del FBI. Especializada en el perfilamiento criminal y el análisis del comportamiento.

SI QUIERES ESCUCHAR LA MÚSICA QUE ME ACOMPAÑÓ MIENTRAS ESCRIBÍA ESTA NOVELA LEE EL CÓDIGO



AGRADECIMIENTOS

A ti, lector, que has llegado hasta aquí, por estar ahí al otro lado, viviendo esta aventura junto a sus personajes. Espero que la hayas disfrutado.

A mi mujer Esmeralda, sin ti amor no habría sido capaz de dar a luz esta obra. Gracias por estar a mi lado cada día de mi vida y ser lo que completa mi alma. Tú le das sentido a cada palabra. Te amo.

A mi familia.

A mi madre, por todo su amor y su impulso para que haga lo que siempre soñé: ser escritora. Sin ti no estaría aquí mamá. Te quiero.

A mi suegra Pilar. Suegri, estoy segura de que habrías disfrutado muchísimo esta novela. En mi corazón.

A todos mis gatitos, los que están y los que ya nos dejaron aunque siguen con nosotras. Me dais la felicidad absoluta día a día, momento a momento. Os amo.

A mi amiga Orietta, que tanto me ha ayudado con la investigación, mi apoyo incondicional al otro lado del charco, en NYC. Facebook y sus granjas nos unieron hace tanto que ya casi es parte de mi familia.

A mis compañeros de letras y amigos de redes sociales, por su apoyo incondicional todos los días. Me han demostrado que una comunidad de autores y lectores unida es posible. Sois tantos que es imposible nombraros a todos, pero vosotros sabéis quiénes sois.

A mi queridísima Rocío Acuña, sin ti esto sería mucho más difícil. Gracias por ser y por estar. Gracias por todas las risas y las lágrimas

compartidas. Las letras y las redes nos unieron y nos descubrieron que somos gemelas. Un futuro de cafés y achuchones nos espera.

A mi gran amiga Cristina Villar Losa. Por tu apoyo, por las risas, por todos los achuchones vividos y los que nos quedan por vivir. Gracias por estar. Eres una gran persona y ya no concibo la vida sin ti en ella.

A Elisabeth Cortés Barrera, amiga que nació de las letras y se ha convertido en apoyo imprescindible en mi vida. Gracias por escuchar y por todos tus sabios consejos. La magia y la fantasía nos unieron.

A mi querido grupo de Fantasmistas en la niebla. Montse y Reyes, unidas para siempre. No concibo una vida sin vosotras chicas.

En especial, no puedo dejar de mencionar a Marian Leis y Juan Ignacio Manterola, por creer en mí absolutamente siempre y no soltarme de la mano. Gracias.

A Nueva York (NYC), por todos los maravillosos momentos que he vivido en ti.

Y por último, pero no menos importante, al resto de mis amigos, sobre todo a Cristina García Morales y a Montse Carrillo Ortega, por tantísimo vivido y tantos momentos compartidos. Os quiero infinito a ambas. Y a Inesita, por todo y tanto, por el amor que nos demuestras a diario a Esme y a mí, por nuestros podcast diarios, sabes a qué me refiero.

SOBRE LA AUTORA

TERESA PÉREZ LANDA. (Madrid, 1976). Escritora y Editora. Licenciada en Dramaturgia por la RESAD en 1999. Finalicé mis estudios de Edición Profesional con Cursiva (Penguin Random House Grupo Editorial y Universidad Pompeu Fabra) en 2025. Autora de *Jane Doe #23-7431.* Libro I de la serie *La Firma del Miedo, Nos Encontraremos en el Fin del Mundo* y *Mientras Cae la Lluvia*. He sido articulista colaboradora con sección fija en la revista Bar y Restaurante y directora adjunta de la Revista Economist & Jurist. Creadora y administradora de Estamos Leyendo Blog. Siempre estoy escribiendo una nueva novela, ¿cuál será la próxima? Como editora colaboro con autores, agencias literarias, empresas de servicios editoriales y editoriales.

Podéis conocer más sobre mi trabajo en todas mis redes sociales, en la web https://teresaperezlanda.com y en estamosleyendoblog.wordpress.com, así como leer algunos de mis relatos en mi perfil de Wattpad.

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA



Cuando el escritor Joel Valls, en el peor momento de su carrera, abandona todo para trasladarse a vivir al viejo caserón de la famosa bailarina rusa Tatiana Vasiliev y escribir su biografía, el libro que ha perseguido toda su vida, se desatan una serie de acontecimientos que cambiarán su vida para siempre.

Un antiguo secreto por descubrir lo llevará hasta el final del viaje, cerrando un círculo maldito que tiene su principio y su fin en tierras rusas. Una romántica historia que te devolverá la fe en el amor.

https://amzn.eu/d/09lah5zm



El compositor y pianista Zaquiel Rocha debe entregar su última composición a tiempo mientras se halla sumido en una profunda crisis creativa. Como medida desesperada alquila un pazo, en algún lugar de la siempre mágica Galicia, el Pazo das Águedas; allí estará lo más aislado posible y podrá concentrarse. Pero la vida tiene otros planes para él. La trágica historia familiar que arrastra el pazo lo convertirá en el único que podrá dar un desenlace a una antigua y

eterna maldición. Un amor desgarrador y un misterio que entrelazan pasado, presente y futuro se dan cita en esta novela.

https://amzn.eu/d/0aHQIIia